

Intimidad con

Días

IV JORNADA DEL SEMINARIO DE ENRIQUECIMIENTO ESPIRITUAL



Permanezcan en mí

hoy

UNA JORNADA ESPIRITUAL DE CUARENTA DÍAS

Intimidad con *Dios*

4ª Jornada del Seminario
de Enriquecimiento Espiritual

Permanezcan en mí
hoy

UNA JORNADA ESPIRITUAL DE CUARENTA DÍAS

Coordinación general: Erton Köhler, Magdiel Pérez, Marlon Lopes.
Proyecto editorial y coordinación: Miguel Pinheiro Costa.
Edición: Ozeas Caldas Moura

Elaboración: Miguel Pinheiro Costa – Ministerio de Mayordomía Cristiana y Salud– División Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día

Colaboradores (con artículos e investigaciones):
Luis Nunes, Areli Barbosa, Matheus Tavares, Marcos Blanco, Carlos Oliveira, Fernando Lopes, Iván Rosales, Michelson Borges

Coordinación: Miguel Pinheiro Costa
Dirección: Walter E. Steger
Traducción: Milton Bentancor
Proyecto gráfico: Ramildo Bezerra
Diseño del interior: Cleber Rogério Marchini, Verónica Leaniz
Tapa: Ramildo Bezerra
Adaptación de la tapa: Cleber Rogério Marchini, Verónica Leaniz

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Printed in Argentina

Primera edición
MMXI - 30M

Es propiedad. © 2011 Ministerio de Mayordomía Cristiana de la División Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Todos los derechos reservados.

© 2011 ACES

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

ISBN 978-987-567-805-7

Permanezcan en mí hoy. Una jornada de cuarenta días : 4ª Jornada del Seminario de Enriquecimiento Espiritual / Coordinado por Miguel Pinheiro Costa / Dirigido por Walter E. Steger. - 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2011.
112 p. ; 27 x 21 cm. - (Intimidad con Dios)

Traducido por: Milton Bentancor

ISBN 978-987-567-805-7

1. Devoción cristiana. I. Pinheiro Costa, Miguel, coord. II. Steger, Walter E., dir. III. Bentancor, Milton, trad.
CDD 248

Se terminó de imprimir el 21 de julio de 2011 en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

JORNADA IV – Permanezcan en mí hoy

Parte I – Fundamentos del estilo de vida adventista

1 ^{er} día: La primacía de Cristo	7
2 ^o día: Veinticuatro horas en la presencia de Cristo	10
3 ^{er} día: Salvación por gracia.....	13
4 ^o día: Salvo por gracia cada día	15
5 ^o día: El origen histórico y profético de la Iglesia Adventista del Séptimo Día	17
6 ^o día: Teología de la misión	20
7 ^o día: Permanencia <i>versus</i> televisión e Internet–I	22
8 ^o día: Permanencia <i>versus</i> televisión e Internet–II	24

Parte II – Creencias fundamentales integradas al estilo de vida

9 ^o día: Las Sagradas Escrituras.....	28
10 ^o día: La Trinidad.....	31
11 ^o día: Dios el Padre	34
12 ^o día: Dios el Hijo.....	37
13 ^{er} día: Dios el Espíritu Santo	40
14 ^o día: La creación.....	42
15 ^o día: La naturaleza del hombre	44
16 ^o día: El gran conflicto	46
17 ^o día: Vida, muerte y resurrección de Cristo	48
18 ^o día: La experiencia de la salvación	50
19 ^o día: Crecimiento en Cristo	52
20 ^o día: La iglesia	54
21 ^{er} día: El remanente y su misión	56
22 ^o día: La unidad en el cuerpo de Cristo	58
23 ^{er} día: El bautismo	61
24 ^o día: La Cena del Señor	63
25 ^o día: Dones y ministerios espirituales	65
26 ^o día: El don de profecía	68
27 ^o día: Los Diez Mandamientos.....	71
28 ^o día: El sábado	73
29 ^o día: Mayordomía cristiana	74
30 ^o día: Conducta cristiana	76
31 ^{er} día: Casamiento y familia	78
32 ^o día: El ministerio de Cristo en el Santuario celestial	80
33 ^{er} día: La seguridad de la segunda venida de Cristo	82
34 ^o día: Muerte y resurrección	84
35 ^o día: El milenio y el fin del pecado	88
36 ^o día: La Tierra Nueva	90

Parte III – De la convicción a la decisión en el estilo de vida

37 ^o día: La verdadera religión se refleja exteriormente.....	94
38 ^o día: De la convicción a la decisión	96
39 ^o día: Cómo vivir en el Día de la Expiación antitípico	98
40 ^o día: Aguardando preparado la segunda venida de Cristo	100

Presentación

A lo largo de estos últimos años experimentamos diferentes énfasis en el Seminario de Enriquecimiento Espiritual, pero todos con el mismo objetivo: profundizar nuestra intimidad diaria con Dios. Nuestra idea es ir *in crescendo*, de tal forma que en cada jornada descubramos nuevas verdades como parte del proceso de la búsqueda por la plenitud del conocimiento de Cristo.

De acuerdo con lo que ya vieron en el seminario, nuestro objetivo en esta etapa es desarrollar y consolidar el hábito de permanecer en la presencia de Cristo desde la primera hasta la última hora del día. Eso es el “algo más” de esta jornada: permanecer en la presencia de Cristo con el mismo sentimiento de adoración y sumisión con el que comenzamos el día. Y, para alcanzar ese objetivo, la jornada fue elaborada basada en tres aspectos básicos de nuestra fe. Sin prisa, y con oración, estudio, meditación y alabanza, continuemos recibiendo el bautismo diario del Espíritu Santo y experimentando nuevas verdades de la Palabra de Dios.

I. FUNDAMENTOS DEL ESTILO DE VIDA ADVENTISTA

En esta sección estudiaremos ocho temas, donde mostraremos los fundamentos de sustentación de nuestro modo de ser. Comenzaremos por mostrar a Cristo como la piedra angular de esa base y la necesidad de permanecer las 24 horas del día en su presencia. Veremos, también, el papel de la gracia, nuestro origen profético y nuestra misión. Notaremos el cuidado que debemos tener en relación con los placeres y los entretenimientos de este mundo, a fin de que no nos desvíen de nuestro supremo objetivo diario: desarrollar y consolidar el hábito de permanecer en la presencia de Cristo desde la primera hasta la última hora de cada día.

II. CREENCIAS FUNDAMENTALES INTEGRADAS AL ESTILO DE VIDA

Aquí vamos a estudiar las 28 creencias fundamentales de nuestra iglesia. Percibimos que, a lo largo de los años, dimos mucho énfasis al aspecto cognitivo (cognición, conocimiento). Eso es importante, pero no suficiente. Es necesario, también, un abordaje integrador, o sea, cómo el conocimiento de las creencias y de las doctrinas puede mejorar mi vida y la de aquellos con quienes convivo y me relaciono cada día. Si el conocimiento doctrinal no contribuye a un cambio diario, tal conocimiento está bajo sospecha, y debe ser evaluado para verificar dónde está el problema.

III. DE LA CONVICCIÓN A LA DECISIÓN EN EL ESTILO DE VIDA

En los últimos cuatro temas abordaremos la verdad, no como un concepto externo, separado de mí; la verdad debe ser inherente a mi vida, debe estar en mi ser íntimo, debe ser parte de mi vida interior y exterior.

Al vivir con la verdad y por la verdad, seremos desafiados a pautar las decisiones y las convicciones con base en ese principio. Nada menos que la verdad debe dirigirnos en estos momentos solemnes del Día antitípico de la Expiación, cuando aguardamos para dentro de muy poco tiempo la segunda venida de Cristo.

Hacemos votos a fin de que todos seamos ricamente bendecidos con estos mensajes y que, por medio de ellos, reconozcamos más y más cuán amados y queridos somos por Dios.

Esperamos, también, que esta jornada prepare tu corazón para el SEE V, que dentro de dos años más estaremos disfrutando. Estaremos abordando temas relacionados con la familia como una institución responsable de generar miembros espirituales. Cada familia debe ser una iglesia. El título será: “Sacerdotes ministrando en el altar de la familia”. Trabajaremos el papel de los padres como sacerdotes de esa iglesia. Aguarden. Va a ser una enorme bendición. Una competente y dedicada comisión ya está trabajando en su elaboración.

Con cariño,

*Equipo de Mayordomía Cristiana y Salud de la División Sudamericana
de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.*

Fundamentos del estilo de vida adventista



William de Moraes

Parte

I

Parte I – Fundamentos del estilo de vida adventista

1^{er} día: La primacía de Cristo

2^o día: veinticuatro horas en la presencia de Cristo

3^{er} día: Salvación por gracia

4^o día: Salvo por gracia cada día

5^o día: El origen histórico y profético de la Iglesia Adventista del Séptimo Día

6^o día: Teología de la misión

7^o día: Permanencia *versus* televisión e Internet–I

8^o día: Permanencia *versus* televisión e Internet–II

AUTORES

CAPÍTULOS

LUIS NUNES.....	1
FERNANDO LOPES	2
CARLOS OLIVEIRA	3
MIGUEL PINHEIRO COSTA.....	4
UESLEY PEYERL	5
LUÍS NUNES.....	6
IVÁN ROSALES	7
IVÁN ROSALES Y MIGUEL P. COSTA	8



Thiago Lobo

A lo largo de estos últimos años participamos de esta emocionante aventura llamada SEE (Seminario de Enriquecimiento Espiritual), ¡y qué diferencia produjo esto en nuestra vida! En el SEE I anduvimos por los caminos de la comunión y la santidad, donde establecimos definitivamente el hábito de buscar a Dios en la primera hora de cada mañana. En el SEE II, experimentamos la salud y la adoración, una aventura que nos proporcionó profundos cambios en nuestros hábitos y costumbres. El SEE III nos condujo a la bendición total diaria a través del bautismo diario del Espíritu.

El SEE IV, que ahora está en tus manos, trae la jornada *Permanezcan en mí* hoy, teniendo como objetivo el desarrollo y la consolidación del hábito de permanecer en la presencia de Cristo desde la primera hora del día hasta la última. Buscamos conducir a cada participante a una conexión sin interrupciones con Cristo a lo largo del día. Nuestras actividades no pueden sacarnos de la presencia de Aquel que todo lo ve.

Como ya aprendimos en el SEE III, un tiempo propicio para que seamos bautizados por el Espíritu Santo es en las primeras horas de cada mañana, cuando estamos orando, alabando, estudiando y meditando. Entonces, vamos a orar y alabar (cantar himnos sobre Jesús) y después estudiar y meditar en el primer día de la jornada.

Bien, vamos a iniciar por donde todo debe comenzar: Cristo Jesús, nuestro Señor y Salvador. Él es el primero con respecto a las cosas naturales y sobrenaturales, incluso en la cuestión de la salvación. Él debe ser el primero y el bien mayor de nuestra existencia hoy.

Vamos a meditar en Colosenses 1:13–23, que dice:

Vers. 13: “Él nos liberó del dominio de la oscuridad y nos trasladó al reino de su amado Hijo,

Vers. 14: en quien tenemos redención, el perdón de pecados.

Vers. 15: Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación,

Vers. 16: porque por medio de él fueron creadas

todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, poderes, principados o autoridades: todo ha sido creado por medio de él y para él.

Vers. 17: Él es anterior a todas las cosas, que por medio de él forman un todo coherente.

Vers. 18: Él es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, para ser en todo el primero.

Vers. 19: Porque a Dios le agradó habitar en él con toda su plenitud

Vers. 20: y, por medio de él, reconciliar consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en el cielo, haciendo la paz mediante la sangre que derramó en la cruz.

Vers. 21: En otro tiempo ustedes, por su actitud y sus malas acciones, estaban alejados de Dios y eran sus enemigos.

Vers. 22: Pero ahora Dios, a fin de presentarlos santos, intachables e irreprochables delante de él, los ha reconciliado en el cuerpo mortal de Cristo mediante su muerte,

Vers. 23: con tal de que se mantengan firmes en la fe, bien cimentados y estables, sin abandonar la esperanza que ofrece el evangelio. Este es el evangelio que ustedes oyeron y que ha sido proclamado en toda la creación debajo del cielo, y del que yo, Pablo, he llegado a ser servidor”.

Cristo es el primero en el orden natural de las cosas, porque en él todas las cosas del mundo natural tuvieron su origen. Por eso él es llamado *primogénito de la creación*. Tanto las cosas que están sobre la tierra como las que están en los cielos fueron creadas por él. Todas las cosas, sean visibles o invisibles, tuvieron su origen en Jesucristo. Todos los niveles de autoridad en los cielos y sobre la tierra vinieron a la existencia a través de él, sean tronos, poderes, principados o potestades. Él es la fuente originadora de todo y de todos, en todo lugar.

Pero no es solo eso. Él no es solamente el origen, sino también la finalidad del universo. Todo este gigantesco y descomunal espacio, que se mide por los más modernos medios de observación en 20 mil millones de años luz o mucho más, solo encuentra el objetivo de su existencia en Cristo. Nuestra existencia como individuos, nuestros sistemas de valores solo tienen razón de ser y solo encuentran su verdadera finalidad

si Jesús es el objetivo de todas estas cosas. Nosotros, y todo lo que está a nuestro alrededor, somos apenas vacío, un nada, si Jesús no es nuestro origen y nuestro fin. Sin Cristo nada tiene sentido ni valor. Una vez que él es antes que todas las cosas, es de él la primacía. Él es lo principal en el universo entero y debe ser también lo primero en nuestra vida.

Por otro lado, él es el sustentador de todo el universo. La energía que mueve las galaxias con sus billones de cuerpos celestes proviene de él. Jesús no solamente creó el universo, sino que lo mantiene, ofreciendo su energía para que continúe en su marcha y permanezca brillando, iluminando y coloreando el espacio sideral infinito. Eso no es menos verdad en relación con los seres humanos, criaturas dependientes de Dios. Necesitamos de él para vivir: “Cual ciervo jadeante en busca del agua, así te busca, oh Dios, todo mi ser. Tengo sed de Dios, del Dios de la vida. ¿Cuándo podré presentarme ante Dios?” (Sal. 42:1,2). Cristo tiene que ser lo primero, lo principal, pues él es el origen, el medio, el fin y lo que sostiene al universo y a sus habitantes.

Cristo es el primero en el orden sobrenatural de las cosas. La iglesia pertenece a un orden superior. La iglesia, aunque terrena y humana, pertenece al orden sobrenatural de las cosas. Fue fundada por Cristo y en él sus miembros son liberados del imperio de las tinieblas y transportados al reino de la luz, el imperio del Hijo Cristo Jesús y de su amor. Así, los miembros de la iglesia tienen la redención, la remisión de los pecados. Y estas verdades no pertenecen al mundo natural, sino más bien al mundo sobrenatural. Él, Jesús, mantiene una relación con su cuerpo, la iglesia. Él es la cabeza de su cuerpo. Es él quien la comanda, quien la administra, conduce, resuelve sus problemas, en el ritmo y en la manera que él sabe que son los mejores. Los problemas que la iglesia enfrenta, las dificultades innumerables en que vive, están bajo los cuidados del líder. Son también problemas y dificultades de él.

Cristo es el principio porque él es el “Padre eterno” (Isa. 9:6), el ser eterno. Los miembros de la iglesia, mientras estén en este mundo, están limitados por el tiempo. Pero en él ya pueden tener un anticipo de la eternidad. La fuerza inexorable del tiempo que todo consume y destruye se confronta con él, el principio, que todo restaura.

Cristo es el primogénito de entre los muertos. Él dice: “Porque entrego mi vida para volver a recibirla. Nadie

me la arrebatara, sino que yo la entrego por mi propia voluntad. Tengo autoridad para entregarla, y tengo también autoridad para volver a recibirla” (Juan 10:17,18). Tiene dominio sobre la muerte, porque la venció en la resurrección de otros y en la suya. Él dice: “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá, aunque muera” (Juan 11:25).

En Cristo habita toda la plenitud. Él es el contenido que llena todos nuestros vacíos. Los miembros de la iglesia necesitan estar llenos de él, rebosando. Por eso el apóstol Pablo dice más adelante en esta misma epístola: “Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo”, simplemente porque él lo es. Cristo es lo primero en el orden natural y sobrenatural de todas las cosas. Por lo tanto, él es lo primordial.

Cristo es lo primero en el orden de la salvación. Por causa de nuestras obras malignas, vivíamos en la esclavitud del imperio de las tinieblas. Éramos extraños a todas las promesas de la alianza, enemigos de Dios a partir de nuestro mundo interior, de nuestro entendimiento. Pecado, en este caso, es más, mucho más, que apenas un acto. El pecado está presente en nuestros sentimientos negativos, en nuestros deseos pecaminosos de todo tipo. Se manifiesta en nuestra voluntad corrupta, en nuestros pensamientos, en nuestro estado de indiferencia para conocer mejor la voluntad de Dios tal y como es revelada en la Escritura, en nuestra debilidad espiritual, por vivir con mucho menos de los privilegios espirituales que Dios quiere concedernos y no puede, porque nosotros se lo impedimos. Pecado es, además, aquel acto no cometido, simplemente porque no se dio una circunstancia favorable. Pecado es hacer o esperar que los demás hagan aquello que Dios nunca pidió, pecado que caracteriza al fanático. Pecado es también prohibir aquello que Dios nunca prohibió. Son personas que quieren ser más santas que Dios.

La verdad es que somos enemigos de Dios a partir de nuestro nacimiento, pues nacemos con la naturaleza mala, rebelde contra Dios. La solución para nuestro problema espiritual no es, simplemente, mejorar nuestro comportamiento. Es mucho más que eso. Es tener nuestra naturaleza sometida a la voluntad de Dios. Y es imposible que eso acontezca simplemente por una rígida disciplina y severa vigilancia personal.

En el sacrificio de la cruz, en su sangre, Jesús estable-

ció la paz entre Dios y los seres humanos. A través de Cristo fuimos reconciliados con Dios. Éramos extranjeros y enemigos en el entendimiento. Ahora fuimos aproximados por la reconciliación que él realizó en el Calvario. Cristo reconcilió “consigo todas las cosas, tanto las que están en la tierra como las que están en el cielo” (Col. 1:20). La reconciliación involucra mucho más que los seres humanos. Involucra a los mismos habitantes del cielo, que en el conflicto entre el bien y el mal necesitaban contemplar en el sacrificio de Cristo la final y completa solución para el problema del mal. En este proceso el carácter de Dios fue vindicado, Satanás definitivamente fue desenmascarado, expulsado como representante del planeta Tierra, mientras que el hombre fue salvo. Ahora el ser humano puede, por la justicia de Cristo, ser presentado como santo e irreprochable delante del trono de Dios.

Conclusión

Queda así establecido que Cristo es el centro, el origen, la finalidad y quien mantiene toda la iglesia, desde su sistema doctrinal hasta la vida de cada cristiano en forma individual. Cristo tiene la primacía en todas las cosas. Él es el primado.

Guarda en tu corazón

“Así como nuestra vida física es sostenida por el alimento, así nuestra vida espiritual es sostenida por la Palabra de Dios. Y cada alma ha de recibir vida de la Palabra de Dios para sí. Así como debemos comer por nosotros mismos a fin de recibir nutrimento, así debemos recibir la Palabra por nosotros mismos” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, pp. 232, 233).



PhotoDisc

2° día **VEINTICUATRO HORAS EN LA PRESENCIA DE CRISTO**

En el banquete espiritual de la primera hora de la mañana de ayer, nuestro corazón se alimentó con la sublimidad y supremacía de Cristo. Colocamos en nuestro corazón que él es el primero en el orden natural y sobrenatural de las cosas; es el primero en el orden de la salvación. Que él sea el primero y el bien mayor de nuestra existencia.

Hoy vamos a servir una comida que tiene que ver con la importancia de la presencia de Jesús con nosotros en cada momento del día, desde la primera hasta la última hora del día. La mesa ya está servida, y vamos a saborear los siguientes platos espirituales: Cristo como el Dios eterno, el Verbo encarnado, Dios omnipresente, que desea habitar con nosotros.

Como ya aprendimos en el SEE III, una buena hora para que seamos bautizados por el Espíritu Santo es en las primeras horas de la mañana, cuando estamos orando, alabando, estudiando y meditando. Entonces, vamos a orar y a alabar (cantar himnos sobre la presencia de Jesús, del *Himnario adventista*, del CD JA o usted mismo puede componer o colocarle música a versos que hablen de la presencia de Jesús). Después vamos a estudiar y a meditar, en este segundo día de la jornada.

Vamos ahora a oír a nuestro Salvador por medio de su Palabra. Escuchemos: “Les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo” (Mat. 28:20).

“Porque lo dice el excelso y sublime, el que vive para siempre, cuyo nombre es santo: ‘Yo habito en un lugar santo y sublime, pero también con el contrito y humilde de espíritu, para reanimar el espíritu de los humildes y alentar el corazón de los quebrantados’” (Isa. 57:15).

“Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estaré yo en medio de ellos” (Mat. 18:20).

Como aprendimos en el SEE I, Cristo nos habla por su Palabra y nosotros reaccionamos en oración a lo que Él nos dice. Entonces, hablemos con él en oración. Digamos cómo nos sentimos al escuchar sus palabras y cuál es su deseo para nosotros en este día. Oremos sin prisa. Abrámosle nuestro corazón a él como a nuestro mejor amigo. Él está ahí, a tu lado.

Para tener una comprensión más adecuada de la

presencia de Cristo es necesario comprender su naturaleza eterna, la plenitud de su divinidad. Las informaciones que tenemos en las Escrituras son suficientes para no aceptar conceptos equivocados sobre la presencia de Cristo. Entonces, vamos a ellas.

Cristo, el Dios eterno

Cristo es uno con el Padre, siempre existió, “sus orígenes se remontan hasta la antigüedad, hasta tiempos inmemoriales” (Miq. 5:2). En realidad, él es llamado “Padre eterno” (Isa. 9:6). Antes de que las cosas viniesen a la existencia, él ya existía. Los atributos de la Deidad se encuentran totalmente en Cristo. Él no es un semidiós o un ser superdotado de espiritualidad, que fue adoptado por la Divinidad.

En armonía plena con los otros dos miembros de la Divinidad, Cristo actuó en el proceso creativo del universo y su mantenimiento. Nunca hubo un tiempo en el que él no haya actuado, juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo, a favor de los seres creados. Algunas personas piensan que en el Antiguo Testamento se vivía la era del Padre, que cuando Cristo vino a la Tierra ocurrió la era del Hijo y que ahora estamos en la era del Espíritu Santo. Aunque se pueda destacar la actuación más acentuada de cada una de las personas de la Divinidad en esos tres períodos de la historia de la humanidad, siempre estuvieron y actuaron juntos. Cristo estuvo presente en la creación del ser humano: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen” (Gén. 1:26) y acompañó a su pueblo a lo largo de la historia. Su presencia estaba simbolizada en la columna de nube y en la de fuego, mientras los israelitas peregrinaban por el desierto. Como “comandante del ejército del Señor” (Jos. 5:14,15) o como el “ángel del Señor” (Gén. 16:7,13; 18:1, 2, 13,14, 17, 33; 21:17; 18, 22:11,18; 32:24–30; Éxo. 3:1,17; Juec. 2:1, 4, 6:11, 24; 13:2, 24).

Cristo se reveló varias veces antes de su encarnación. Estos eventos son denominados *crisofanías* (un concepto de la teología cristiana utilizado para designar las apariciones de Cristo preencarnado, ocurridas en el Antiguo Testamento) o *teofanías* (el término viene de la lengua griega, compuesto por dos vocablos: *theos* = Dios y *phaneroo* = aparecer, que describe alguna manifestación visible de Dios).

En su esencia, teofanía es un término teológico

que sirve para indicar cualquier manifestación temporaria y, normalmente, visible de Dios. La Biblia nos informa que el ángel del Señor realizó varias tareas semejantes a las de los ángeles en general. A veces, sus apariciones eran simplemente para traer mensajes del Señor Dios, como por ejemplo, en Génesis 22:15 al 18; 31:11 al 13.

Algunas evidencias de que el Ángel del Señor era Cristo

1) Josué 5:14: Josué “se postró rostro en tierra y le preguntó: ¿qué órdenes trae usted, mi Señor, para este siervo suyo?” Si el Ángel del Señor no fuera el mismo Señor, le habría prohibido a Josué adorarlo, como ocurrió con Juan, en Apocalipsis 19:10 y 22:8 y 9.

2) Jueces 13:18: Cuando Manoa, el padre de Sansón, le preguntó al ángel del Señor su nombre, él respondió con una pregunta: “¿Por qué me preguntas mi nombre? –replicó él–. Es un misterio maravilloso”. Comparado con Isaías 9:6, maravilloso es el mismo Señor.

Cristo, el Verbo encarnado

Aunque Cristo se haya revelado algunas veces de manera visible a sus hijos en el Antiguo Testamento, su presencia era constante en el cuidado expreso de manera colectiva a la nación de Israel o a personas individualmente.

Él “es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación, porque por medio de él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, poderes, principados o autoridades: todo ha sido creado por medio de él y para él. Él es anterior a todas las cosas, que por medio de él forman un todo coherente. Él es la cabeza del cuerpo, que es la iglesia. Él es el principio, el primogénito de la resurrección, para ser en todo el primero. Porque a Dios le agradó habitar en él con toda su plenitud” (Col. 1:15–19). “Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo” (Col. 2:9).

“En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. [...] Y el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros. Y hemos contemplado su gloria, la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:1, 14). Al asumir la naturaleza humana y habitar entre

nosotros, Cristo no dejó de ser Dios. Él era totalmente divino y totalmente humano. Este misterio de la piedad es lo que hizo posible la concretización del plan de la redención. La encarnación fue la revelación máxima de la presencia de Dios entre nosotros. “La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamarán Emanuel” (que significa ‘Dios con nosotros’)” (Mat. 1:23).

“La actitud de ustedes debe ser como la de Cristo Jesús, quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. Por el contrario, se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos. Y al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz! Por eso Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:5–11).

Aunque haya dejado de vivir físicamente entre los hombres, Cristo continúa presente con sus hijos. No solamente a través del Espíritu Santo o de su mediación en el Santuario celestial. Sino que está con nosotros por ser totalmente Dios, pues uno de sus atributos es la omnipresencia.

Cristo, Dios omnipresente

La palabra “omnipresencia” deriva de dos vocablos latinos: *omnis*, que significa “todo” y *praesum*, que significa “estar próximo o presente”. La Biblia nos muestra que antes de crear el espacio Dios ya existía (Gén. 1:1). Dios creó el espacio y lo domina (Deut. 10:14, Gén. 14:19). Dios está presente en todo lugar (Jer. 23:23, 24; Sal. 139:7–10). No hay un único punto en todo el universo en el que Dios no esté presente; y donde él se encuentra, está con todo su ser y no apenas con una parte de él.

Dios no puede ser contenido por el espacio (1 Rey. 8:27; 2 Crón. 2:6; Isa. 66:1–2; Hech. 7:48), sino que lo completa absolutamente. Dios no solamente es muy grande, sino que es un ser que no puede ser contenido por el espacio. Dios es espíritu (Juan 4:24; 2 Cor. 3:17), por lo tanto, no tiene un cuerpo que lo limita. Cuando la Biblia habla de la mano de Dios, del dedo,

del brazo, etc. (Deut. 4:34; Sal. 8:3; Luc. 11:20), está usando una figura de lenguaje llamada antropomorfismo (lenguaje que usa la forma humana para explicar los atributos invisibles de Dios).

Dios está en todo lugar, pero es distinto a la creación, diferente de lo que afirma el panteísmo (Dios es todo). Dios es diferente del mundo y no puede ser identificado con él, pero está presente en cada parte de su creación, no solo con su poder, sino también con su esencia y naturaleza.

Cristo “vive en mí”

Si Cristo está presente en todo lugar, significa que podemos orar y adorarlo en cualquier lugar y que ningún lugar es mejor que otro para hacerlo (Juan 4:20). Podemos ir a cualquier sitio, si necesitamos socorro, él está allí, incluso en los lugares más difíciles (Isa. 43:2). Cristo está presente, bien cerca, a tu lado, y él te ve y conoce tu interior (Heb. 4:13). Recuerda, tú no necesitas entrar en la fila o marcar horario para hablar con Cristo. Él está donde tú estés.

Cierta vez un grupo de jóvenes estaba bebiendo en una fiesta, de madrugada, al ritmo de un *trío eléctrico*.^{*} De pronto, la risa y la alegría fueron interrumpidas cuando una de las chicas hizo la siguiente pregunta:

¿Ya pensaron qué sería de nosotros si Jesús volviera ahora? ¡Estaríamos perdidos!

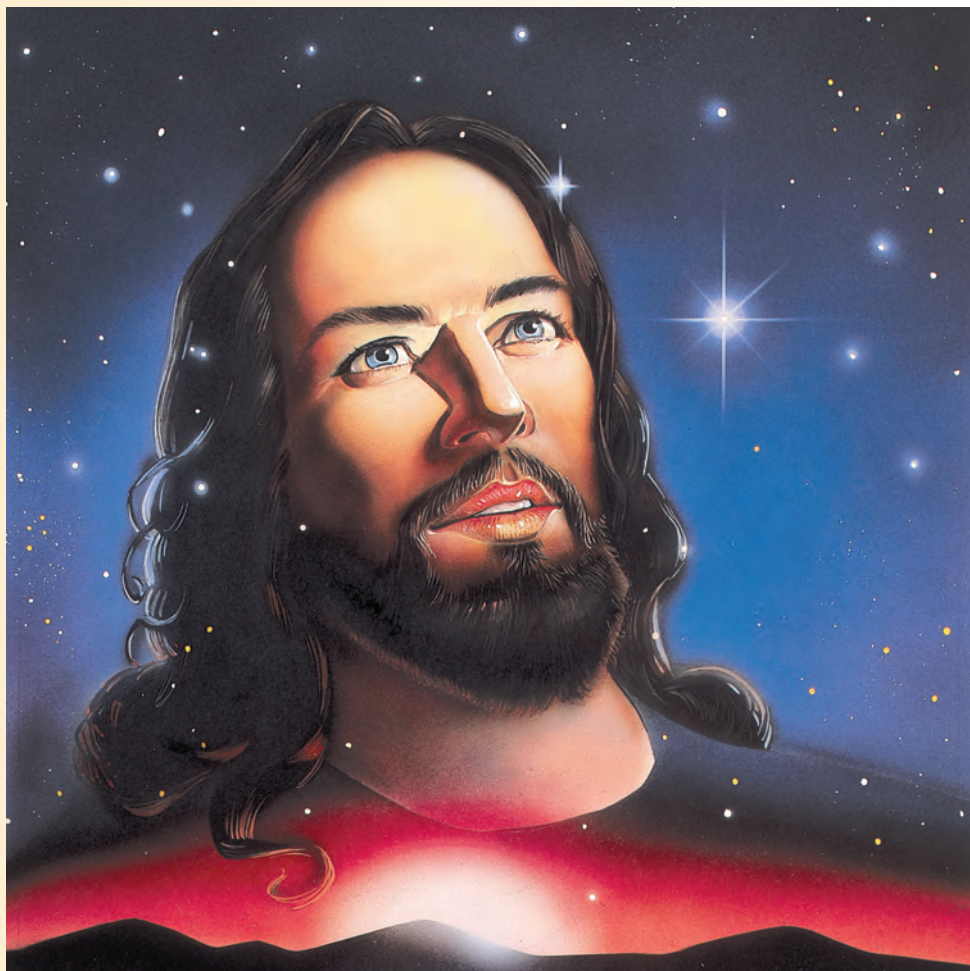
Algunos de ellos habían sido evangélicos o tenían algún conocimiento bíblico. Quedaron en silencio y, uno a uno, salieron. Conversando con esa chica, unos días después, me relató lo que había sucedido. Entonces yo le dije que, si se sintió perdida en aquella situación, no estaba menos perdida ahora que estaba hablando conmigo; pues continuaba lejos de Jesús. Le hice una invitación para que entregara su vida a Cristo y ella aceptó. Hoy es una cristiana feliz.

La comprensión de que Cristo está presente puede provocar miedo en quienes se encuentran alejados de él, pero es reconfortante para sus hijos. En realidad,

incluso el peor pecador se puede alegrar con esta verdad. La presencia de Cristo no es la de un investigador que busca cosas erradas en nuestra vida, o la de un torturador con un látigo intentando castigarnos por nuestras fallas. Su presencia es la de un padre amoroso intentando darnos lo mejor.

Guarda en tu corazón:

“Así como nuestra vida física es sostenida por el alimento, así nuestra vida espiritual es sostenida por la palabra de Dios. Y cada alma ha de recibir vida de la Palabra de Dios para sí. Así como debemos comer por nosotros mismos a fin de recibir nutrimento, así debemos recibir la Palabra por nosotros mismos” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, pp. 232, 233).



Heber Pintos

^{*} *Trío eléctrico* es un tipo de camión o carroza de desfile con un conjunto o banda musical ejecutando en una plataforma equipada con un sistema de amplificación potente, muy común en carnaval u otros eventos festivos de Brasil.

Salvación por gracia

En toda la Biblia, del Génesis al Apocalipsis, solo existe un plan de salvación para la humanidad: la llamada “salvación por gracia”, a través de la fe en el sacrificio salvífico realizado por Cristo en la cruz del Calvario.

Algunos han abogado dos dispensaciones: (1) dispensación de la ley, el Antiguo Testamento y (2) dispensación de la gracia, el Nuevo Testamento. ¿La Biblia presenta realmente esta distinción?

¡Absolutamente no! El plan de salvación es único, completo, perfecto. Siendo Dios omnisciente, no necesita corregir aquello que hace.

Cuando el hombre pecó, lo primero que quiso hacer fue esconderse del rostro del Señor. Al preguntarle: “Adán, ¿dónde estás?”, Dios deseaba que él reconociera y confesara su pecado. A partir de ese momento, el hombre comenzó a apuntar hacia varias direcciones a fin de justificar su error. Colocó la culpa sobre la mujer, que a su vez la colocó sobre la serpiente. La implicación de todo es que, finalmente, la culpa le fue atribuida al mismo Dios, como creador.

Por causa del pecado y sus consecuencias “la paga del pecado es muerte” (Rom. 6:23), Dios les hizo a los representantes de la raza humana, Adán y Eva, la promesa de restauración, que incluía la muerte de su Hijo unigénito (Gén. 3:15). Es interesante notar que inmediatamente después de haber realizado la promesa, el Señor preparó vestimentas para Adán y Eva. Éstas fueron hechas con pieles. Allí, en el Edén, quedó claro para Adán y Eva que “sin derramamiento de sangre no hay perdón” (Heb. 9:22), y que, si queremos ser salvos, necesitamos creer en el sacrificio para el cual la muerte de aquel animal apuntaba, el sacrificio de Cristo (ver *Patriarcas y profetas*, capítulo 4).

Entonces, no podemos pensar en salvación por las obras. Mucho menos en salvación por la ley. Solo existe un medio para que podamos ser salvos: por la gracia, por medio de la fe. Todo el Antiguo Testamento es una ilustración del plan de salvación. La sangre de aquellos inocentes animales no tenía ningún mérito intrínseco. El pecador era justificado no por causa del sacrificio que ofrecía, sino por la fe en el verdadero sacrificio, el del “Cordero de Dios, que quita el pe-

cado del mundo” (Juan 1:29).

La mayor prueba de esto está ilustrada en la experiencia de Caín y Abel. “Tiempo después, Caín presentó al Señor una ofrenda del fruto de la tierra. Abel también presentó al Señor lo mejor de su rebaño, es decir, los primogénitos con su grasa. Y el Señor miró con agrado a Abel y a su ofrenda, pero no miró así a Caín ni a su ofrenda. Por eso Caín se enfureció y andaba cabizbajo” (Gén. 4:3–5). ¿Por qué a Dios le agradó la ofrenda de Abel y no la de Caín? A través de su ofrenda, Caín reconoció parcialmente los derechos de Dios sobre él. Un espíritu secreto de resentimiento y rebelión lo movió a acatar las órdenes de Dios según su propia elección. Obedeció en apariencia. Sin embargo, su forma de proceder revelaba un espíritu desafiante. Caín se propuso justificarse a sí mismo por sus propias obras, ganar la salvación por sus méritos personales. Por otro lado, la ofrenda de Abel fue una demostración de fe en el plan redentor y en el sacrificio expiatorio de Cristo.

Otra prueba inequívoca del método de salvación por la gracia, en el Antiguo Testamento, puede ser vista en el reconocimiento de David de su pecado, en el caso de la historia de Urías y Betsabé. Después de ser descubierto por el profeta Natán, David reconoció públicamente su pecado e imploró el perdón del Señor. Él pidió: “Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones. [...] Tú no te deleitas en los sacrificios ni te complacen los holocaustos; de lo contrario, te los ofrecería. El sacrificio que te agrada es un espíritu quebrantado; tú, oh Dios, no desprecias al corazón quebrantado y arrepentido” (Sal. 51:1, 16,17).

Podríamos agregar experiencia tras experiencia, y todas ellas apuntarían hacia el único modelo de salvación instituido por el Creador: salvación única y exclusivamente por la gracia, por medio de la fe en nuestro Señor Jesucristo.

¿Cuál es, entonces, el papel de la ley, ya que la salvación no es consecuencia de su obediencia? La ley, dice el apóstol Pablo, “vino a ser nuestro guía encargado de conducirnos a Cristo, para que fuéramos justificados por la fe” (Gál. 3:24). El guía al que se refiere el apóstol, un tutor en nuestra cultura, en las familias griegas era una especie de supervisor y acompañante de los niños, mientras ellos eran menores de edad. El

trabajo de este tutor era acompañar a los niños hasta la escuela, protegerlos de peligros, impedir que se comportasen mal, así como disciplinarlos, en el caso que fuese necesario. El apóstol Pablo usa esa figura para mostrar la función de la ley. La ley apunta hacia nuestra condición pecaminosa y nos conduce a Cristo, por medio de quien somos salvos. Entonces, como dice el mismo apóstol, “la ley es buena, si se aplica como es debido” (1 Tim. 1:8). Quererle atribuir a la ley una función que ella no tiene, es legalismo. Fue eso lo que Jesús condenó cuando estuvo en esta tierra.

Hace algunos años, en una iglesia de Inglaterra, el pastor notó que un ex asaltante se arrodilló para recibir la Cena del Señor al lado de un juez de la Suprema Corte de aquel país. El juez era el mismo que, años antes, había condenado al asaltante a siete años de prisión.

Después del culto, el juez y el pastor caminaron juntos y el juez preguntó:

¿Usted vio quién estaba arrodillado a mi lado durante la Cena?

Sí –respondió el pastor–. Pero yo no sabía que usted lo había notado.

Los dos caminaron en silencio por algunos momentos más. Entonces el juez dijo:

¡Qué milagro de la gracia!

El pastor estuvo inmediatamente de acuerdo:

¡Sí, qué milagro maravilloso de la gracia!

Entonces el juez preguntó:

¿A quién se refiere usted?

Obviamente, ¡a la conversión del asaltante!

El juez dijo:

Pero yo no estaba pensando en él. Estaba pensando en mí mismo.

¿Cómo? preguntó el pastor.

El juez respondió:

El asaltante sabía cuánto necesitaba a Cristo para que lo salve de sus pecados. Pero míreme a mí. Me enseñaron desde la infancia a ser un caballero, a cumplir con mi palabra, a hacer mis oraciones, a ir a la iglesia. Pasé por Oxford, recibí mi diploma, fui abogado y finalmente me convertí en un juez.

Pastor, nada, a no ser la gracia de Dios, me podría haber llevado a admitir que yo era un pecador igual a aquel asaltante. Llevé mucha más gracia perdonarme por mi orgullo, mi confianza propia, y llevarme a reconocer que no soy mejor ante los ojos de Dios que aquel asaltante que envié a la prisión. ¡Y qué maravillosa es la gracia! Hay personas buenas que no entrarán en el Cielo solo porque su orgullo les impide llegar al Salvador (Steven J. Cole, *Not the Healthy but the Sick World*, 1º de marzo de 1997 – Extraído y adaptado del libro *En esto creemos*).

Guarda esto en tu corazón

“Así como nuestra vida física es sostenida por el alimento, así nuestra vida espiritual es sostenida por la palabra de Dios. Y cada alma ha de recibir vida de la Palabra de Dios para sí. Así como debemos comer por nosotros mismos a fin de recibir nutrición, así debemos recibir la Palabra por nosotros mismos” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, pp. 232, 233).



Erio Köhler

SALVO POR GRACIA CADA DÍA

“Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte. Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica” (Efe. 2:8–10).

Implicaciones de vivir por la gracia

Ya aprendimos que nos es dada una porción de gracia para cada día. Nos es dada para atender las necesidades de ese día, y, por eso, debe ser renovada diariamente, en las primeras horas de cada mañana. Cuando somos bautizados en el Espíritu Santo recibimos ese poder vivificante y santificador para cumplir con nuestros deberes espirituales de ese día. Sin la gracia, quedamos descalificados para una vida de obediencia aceptable delante de Dios.

La gracia nos lleva a odiar el pecado en todas sus manifestaciones. Sin ella nos transformamos en rehenes de nosotros mismos y, consecuentemente, del enemigo de Dios y de nuestras almas. En adoración vamos a analizar algunas implicaciones de vivir inmersos en la gracia y en la misericordia hoy.

Mirar firmemente a Jesús

Ya vimos que es por la contemplación que somos transformados. No hay nada en nosotros que pueda agradar a Dios y calificarnos para la salvación. Cuando nos miramos a nosotros mismos y nos proyectamos desde el presente hacia el futuro, ¿qué vemos? Vejez, enfermedad, sufrimiento, desesperación, muerte y perdición eterna. El Espíritu Santo dice: “Mira hoy firmemente a Jesús”. La palabra profética nos advierte acerca del engañador y su programa diario para nuestra vida: “El poder maléfico de Satanás induce a los hombres a mirarse a sí mismos en lugar de contemplar a Jesús” (Elena de White, *Fe y obras*, p. 27).

Subyugar al pecado en todas sus manifestaciones

Inmoralidad, ambición, falsedad, odio, egoísmo, orgullo, falta de dominio de la lengua y otros hábitos pecaminosos acariciados; ¿de qué pecados tu corazón necesita ser purificado? ¿Existe algún área de tu vida fuera del control del Espíritu Santo? En este momento habla con Jesús sobre este asunto. Hoy es el día de subyugar y vencer todas esas tendencias pecaminosas.

Vencer hoy puede ser un gran paso para vencer mañana y, así, hacerlo sucesivamente. No ocultes ningún pecado que haya atormentado tu vida. La palabra profética dice: “No eliminar algún pecado significa acariciar un enemigo que sólo espera un momento de descuido para causar nuestra ruina... La gracia divina es nuestra única esperanza” (Elena de White, *Exaltad a Jesús*, p. 137).

Es bien probable que en este momento estemos preguntándonos: ¿Pero cómo es posible esto? La presión es muy grande. Hace mucho tiempo que vivo con esta realidad (infidelidad conyugal, infidelidad en los diezmos y en las ofertas, pornografía, dependencia de drogas “lícitas” e ilícitas, etc.). Escucha una vez más la palabra profética: “Cuando las tentaciones os asalten, cuando los cuidados, las perplejidades y las tinieblas parezcan envolver vuestra alma, mirad hacia el punto en que visteis la luz por última vez. Descansad en el amor de Cristo y bajo su cuidado protector. Cuando el pecado lucha por dominar el corazón, cuando la culpa oprime al alma y carga la conciencia, cuando la incredulidad anubla el espíritu, acordaos de que la gracia de Cristo basta para vencer al pecado y desvanecer las tinieblas” (Elena de White, *La maravillosa gracia de Dios*, p. 109).

Vivir cada día como un agente de la gracia

Cada día las noticias de las cosas que los hombres separados de Cristo hacen parecen asustarnos más y más. Como Juan, a veces nace en nosotros este sentimiento: “Señor, ¿por qué no acabas ahora con esto y no mandas ya tus juicios sobre estos incrédulos pecadores?” Pero en lugar de pensar así, deberíamos reflexionar: ¿Quiénes somos nosotros? ¿Por qué estamos aquí viendo y oyendo estas cosas todavía? ¿Cuál es nuestra misión para con todos aquellos que todavía no conocen el evangelio? En adoración y reflexión escuchemos la palabra profética: “En derredor nuestro hay almas que van hacia una ruina tan desesperada y terrible como la que sobrevino a Sodoma. Cada día termina el tiempo de gracia para algunos. Cada hora, algunos pasan más allá del alcance de la misericordia. ¿Y dónde están las voces de amonestación y súplica que induzcan a los pecadores a huir de esta pavorosa condenación? ¿Dónde están las manos extendidas para sacar a los pecadores de la muerte? ¿Dónde están los que con humildad y fe perseverante ruegan a Dios por ellos?” (Elena de White, *Patriarcas y profetas*, edición 2007, p. 86).

Vivir cada día a la luz de la eternidad

La gracia de Cristo cambia nuestra disposición natural de pensar y actuar. El apóstol Pablo dice que por ella pensamos en las “cosas que son de lo alto”, o sea, en “todo lo verdadero, todo lo respetable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo digno de admiración” (Fil. 4:8) ¿Por qué pensamos así? Porque cada día el cristiano que vive por la gracia tiene su vida enfocada en la eternidad.

Estamos aquí pero no somos de aquí. Las tendencias heredadas o adquiridas para el mal deben ser vencidas y controladas por el odio natural que la gracia implanta en el corazón contra el pecado. La convivencia pacífica con el pecado acariciado nos roba nuestra meditación para buscar habitualmente a Dios en la primera hora de cada mañana. Pasamos a tener una relación superficial y, consecuentemente, perdemos la motivación por las cosas espirituales y por el cielo.

Escuchemos en este momento un recado más del Espíritu Santo: “El Cielo no sería deseable para las personas de ánimo carnal; sus corazones naturales y profanos no serían atraídos por aquel lugar puro y santo; y si se les permitiera entrar, no hallarían allí cosa alguna que les agradase. Las propensiones que dominan el corazón natural deben ser subyugadas, por la gracia de Cristo, antes que el hombre caído sea apto para entrar en el cielo y gozar del compañerismo de los ángeles puros y santos. Cuando el hombre muere al pecado y despierta a una nueva vida en Cristo, el amor divino llena su corazón; su entendimiento se santifica; bebe en una fuente inagotable de gozo y conocimiento; y la luz de un día eterno brilla en su senda, porque con él está continuamente la Luz de la vida” (Elena de White, *Los hechos de los apóstoles*, edición 2007, pp. 130, 131).

Mantener una relación diaria y profunda con Dios

Para aumentar más y más nuestro odio por el pecado, el Espíritu Santo nos guía a la Palabra de Dios. Y, al oír su voz, nos llenamos de la gracia. De esa forma pasamos

a recibir nutrición para producir cada día el fruto del Espíritu Santo. ¿Qué ocurre cuando vamos al banquete y comemos el pan que desciende del cielo, o sea, toda palabra que sale de la boca de Dios? ¿De qué manera eso influye en nuestra forma de ser durante el día? En espíritu de adoración meditemos en los beneficios de la Palabra de Dios:

- * Nos asegura que en Cristo obtenemos fuerzas para la lucha contra nuestra naturaleza carnal, terrenal.
- * A través de ella el Espíritu Santo viene al alma como el Consolador.
- * Cada palabra que contiene es introducida por el Espíritu Santo en la mente del cristiano.
- * Nos garantiza que, por la influencia de la gracia de Dios, su imagen es reproducida en nosotros y nos transformamos en nuevas criaturas.
- * La vivencia de los principios que contiene hace que el amor tome el lugar del odio, y que el cristiano busque la semejanza de carácter con Dios (ver *El Deseado de todas las gentes*, p. 355).

Y es la gracia de Cristo en nosotros lo que nos hace sus testigos. Solo podemos ser victoriosos por la sangre del Cordero, y por la palabra de nuestro testimonio (ver *Joyas de los testimonios*, t. 1, p. 170, 171).

Nuestro crecimiento en la gracia, nuestra felicidad y utilidad, todo depende de nuestra unión con Cristo y el grado de fe que ejercemos en él. Aquí está la fuente de nuestro poder en el mundo (ver *El camino a Cristo*, p. 68).

Guarda en tu corazón

“Así como nuestra vida física es sostenida por el alimento, así nuestra vida espiritual es sostenida por la palabra de Dios. Y cada alma ha de recibir vida de la Palabra de Dios para sí. Así como debemos comer por nosotros mismos a fin de recibir nutrimento, así debemos recibir la Palabra por nosotros mismos” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, pp. 232, 233).



Daniel de Oliveira

EL ORIGEN HISTÓRICO Y PROFÉTICO DE LA IGLESIA ADVENTISTA DEL SÉPTIMO DÍA



AFC

Los adventistas del séptimo día somos el pueblo de la Biblia. Nuestro pueblo ha sido guiado por la Biblia desde el comienzo. Pero ¿cómo surgió nuestra iglesia?

A fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, tanto en Europa como en el Nuevo Mundo, las personas tenían algunos cuestionamientos sobre sí mismas, sobre el mundo en el que vivían, la existencia de un universo, el sentido de la vida humana y su finalidad. Muchas cosas comenzaron a ser cuestionadas, incluido el modo en que el hombre veía el mundo y lo explicaba, su relación con la naturaleza y con los seres vivos. Como refirió el filósofo Emanuel Kant, el ser humano estaba saliendo de la minoridad.

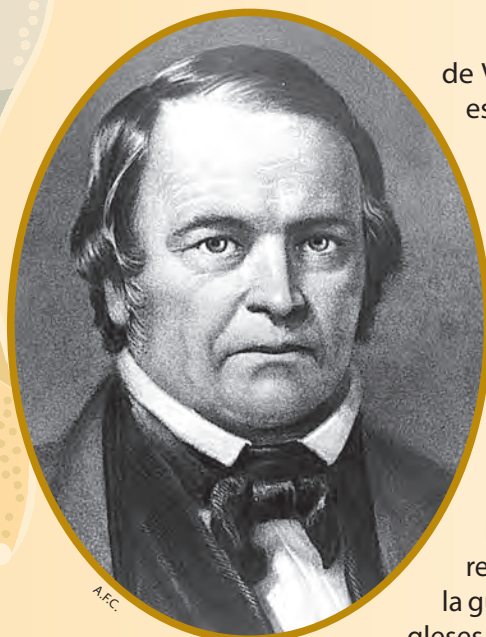
En algunas iglesias cristianas surgió el deseo de saber más acerca de Dios y de su relación con la historia humana. Se sintió la necesidad de profundizar la fe en un Dios personal y el deber de transmitir al mundo, en constante mudanza y agitación, la imagen de un Dios de amor, que deseaba salvar y transmitir vida

nueva a todas las personas. A ese fenómeno lo llamamos despertar o reavivamiento.

Entre las principales características del reavivamiento de ese período se destacan: interés por el estudio de la Biblia, reforma de las costumbres y reflexión escatológica (o sea, una atención particular sobre la enseñanza bíblica del regreso de Jesús y de las señales del fin del mundo). Es en ese contexto que comienza la propagación de las ideas de Guillermo Miller, en Estados Unidos, a partir de 1831; y más tarde, a partir de 1861, de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.¹

Guillermo Miller (1782 – 1849)

Guillermo Miller² nació el 15 de febrero de 1782, en Pittsfield, en el estado de Massachusetts, Estados Unidos, en una familia piadosa y modesta. Se casó a los 21 años y se instaló en Poultney, en el Estado



de Vermont. Hombre estudioso, con gran sentido de justicia, ejerció las funciones de juez y de comisario de la pequeña localidad en la que vivía.

Miller compartía las ideas deístas de su tiempo. Sin embargo, los horrores que presenció en la guerra contra los ingleses entre 1812 y 1814

lo afectaron profundamente. Dos años después de la muerte de su padre, tenía cuestionamientos acerca de la muerte. Se instaló en Low Hampton, en el estado de Nueva York, para administrar los bienes de su padre y cuidar de su madre. Comenzó a frecuentar la iglesia de su tío, que era pastor bautista. Cierto día fue invitado a leer la predicación en sustitución del diácono de servicio. El texto de Isaías 53 le llamó la atención. Comenzó a estudiar la Biblia, principalmente las profecías bíblicas de Daniel y Apocalipsis. El cumplimiento de las profecías le dio la prueba que necesitaba para creer en la veracidad de las Escrituras.

Adoptando el principio de interpretación que reconoce que, en profecía, un día profético simboliza un año literal, al leer en la *versión King James* de la Biblia en inglés el capítulo 9 de Daniel, quedó impresionado por la precisión de los eventos allí descriptos. Los comentarios de dicha versión tomaban como punto de partida para las profecías de las 70 semanas de Daniel 9, el séptimo año del reinado de Artajerjes, o sea, el año 457 AC.

Dado que 70 semanas en profecía equivalen a 490 años, partiendo del año 457 a.C., concluyó que el cumplimiento de ese periodo profético ocurriría en el año 33 de nuestra era, y que el Ungido a quien se le quitaría la vida en la última semana se refería a Cristo, que murió alrededor del año 31.

Para Miller esa profecía estaba relacionada con la profecía de Daniel 8:14, que dice: "Va a tardar dos mil trescientos días con sus noches. Después de eso, se purificará el santuario". Aplicando el mismo principio bíblico de día por año, era obvio que esos 2.300 días representaban 2.300 años. Considerando, como en el

caso de las 70 semanas, el año 457 AC como punto de partida para esos 2.300 años, tendríamos su desenlace en el año 1843. Él creía que el santuario que sería purificado era la tierra, y que el regreso de Jesús ocurriría en 1843. Esa conclusión se dio en el año 1818, dos años después de comenzar su estudio de la Biblia.

Guillermo Miller no fue el primero, ni el único, que llegó a esas conclusiones. Él desconocía que ideas semejantes habían sido concebidas por el jesuita Manuel Lacunza, por Gutierrez de Rozas, por Adam Burwell, por R. Scott, por el misionero inglés Joseph Wolff y por muchos otros.⁴

El movimiento millerita

En 1831, Guillermo Miller comenzó a propagar sus ideas. El resultado de esa iniciativa fue el inicio de un gran reavivamiento. Durante ese periodo predicó más de ochocientos sermones y muchas comunidades aceptaron su mensaje. Pastores de diferentes confesiones religiosas se adhirieron a la predicación de Guillermo Miller. Con el apoyo de Josué Himes, pastor bautista, y de Josías Litch, pastor metodista, el movimiento tomó otra amplitud. Se editaron revistas, como por ejemplo *Signs of the Times* y *The Midnight Cry*, y varios folletos fueron distribuidos.

Los años 1840 a 1843 fueron dedicados a la predicación del mensaje de advertencia en vista del inminente regreso de Jesucristo. "Los cálculos iniciales de Miller lo habían conducido al año 1843, aproximadamente"⁵ Pero fue con la ayuda de Josué V. Himes, Josías Litch y Samuel S. Snow que la fecha del regreso de Jesús fue fijada para el 22 de octubre de 1844.⁶

El día 23 de octubre trajo la amarga verdad: Jesucristo no había regresado. El día 10 de noviembre de 1844, a través de una declaración oficial en Boston, los responsables por el movimiento millerita reconocieron el error en relación con la interpretación del acontecimiento, sin colocar en duda la cronología bíblica. Muchos miembros del movimiento millerita lo abandonaron y regresaron a sus iglesias de origen. Los que quedaron, intentaron buscar respuestas para sus cuestionamientos, y mantener su confianza en la Palabra de Dios. Guillermo Miller visitó a algunos de esos grupos, intentando animarlos para que guarden la fe. Miller murió, ciego, el 20 de diciembre de 1849.

Del gran movimiento millerita que, según algunos, habría alcanzado el número de 1 millón de seguidores, varias denominaciones se formaron:

*The Evangelical Adventists, organizados en 1858.

*The Advent Christians, organizados en 1861.

* Iglesia Adventista del Séptimo Día, organizada en 1863.

* The Church of God, organizada en 1866.

* The Life and Advent Union.

* The Church of God in Christ Jesus.

La existencia de esas denominaciones demuestra un poco la amplitud y la importancia que el movimiento millerita tuvo en EE.UU. a finales del siglo XIX.⁷

El nacimiento de la Iglesia Adventista del Séptimo Día

Jesús no volvió el 22 de octubre de 1844 como los milleritas esperaban. Se cumplió el texto bíblico: “Lo tomé de la mano del ángel y me lo comí. Me supo dulce como la miel, pero al comérmelo se me amargaron las entrañas” (Apoc. 10:10). A semejanza de los discípulos de Jesús que quedaron decepcionados y chasqueados con su muerte y sepultura (Luc. 24:25–27), los milleritas también experimentaron una gran decepción, ya que el tiempo establecido para el regreso de Cristo había pasado y él no había regresado. La razón del chasco experimentado por los milleritas fue que se preocuparon más con el tiempo que con el lugar donde la profecía debería cumplirse: “el Santuario celestial”.⁸

Como consecuencia de la desorientación que siguió al chasco del 22 de octubre de 1844, un grupo de personas compuesto por José Bates, Hiram Edson, Jaime White y personas más cultas como J. N. Andrews, Juan Loughborough y Urías Smith, intentó estudiar mejor la Biblia y encontrar una explicación para lo que había acontecido.

Fue Hiram Edson quien descubrió que todo estaba correcto en la predicación de Miller, excepto la relación “santuario = tierra”.⁹ Un estudio de mayor alcance de la Biblia, realizado por O. R. L. Crosier los llevó a concluir que la profecía de Daniel 8:14 apuntaba hacia el ministerio de Cristo en el Santuario celestial. Tal evento fue tipificado por el Día de la Expiación, en el libro de Levítico (capítulo 16). Por lo tanto, el Santuario que debía ser purificado a partir del 22 de octubre de 1844 era el Santuario celestial y no la tierra.

Otras verdades bíblicas fueron presentadas, como la verdad sobre el sábado, primeramente introducida por Raquel Oakes, en 1844, y defendida de manera más sistemática por José Bates.¹⁰

Con el pasar del tiempo, se hizo necesaria la existencia de una organización. En 1852, ya existían dos mil miembros, había publicaciones impresas periódicamente. Por eso fue necesario definir reglas de orga-

nización y darles credenciales a los pastores. Había, sin embargo, algunas resistencias en adoptar un nombre y una organización. Fue necesario esperar hasta 1860 para que se acepte, en la Asamblea General, realizada en la ciudad de Battle Creek, el nombre “Adventistas del Séptimo Día”, que identificaba a ese grupo de creyentes. El nombre “adventista” traducía la esperanza del regreso de Jesucristo. Y la expresión “del séptimo día” apuntaba hacia la observancia del sábado como día de reposo semanal. El 3 de mayo de 1861, se registró la “Asociación Publicadora de los Adventistas del Séptimo Día”; en octubre del mismo año, la “Asociación de los Adventistas del Séptimo Día de Michigan”. Finalmente, en 1863, fue fundada la “Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día”, que contaba con 3.500 adventistas, 30 pastores y 152 iglesias.

Pensamiento :

“En los anales de la historia humana, el desarrollo de las naciones, el nacimiento y la caída de los imperios, parecen depender de la voluntad y las proezas de los hombres; y la marcha de los eventos parece, en gran medida, estar determinada por el poder, la ambición y los caprichos de ellos. Pero en la Palabra de Dios se descorre el velo, y encima, detrás y a través de todo el juego y contrajuego de los intereses, el poder y las pasiones humanas contemplamos a los agentes del que es todo Misericordioso que cumplen silenciosa y pacientemente los designios y la voluntad de él” (Elena de White, *Profetas y reyes*, edición 2007, p. 224).

Guarda en tu corazón:

“Así como nuestra vida física es sostenida por el alimento, así nuestra vida espiritual es sostenida por la Palabra de Dios. Y cada alma ha de recibir vida de la Palabra de Dios para sí. Así como debemos comer por nosotros mismos a fin de recibir nutrimento, así debemos recibir la Palabra por nosotros mismos” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, pp. 232, 233).



William de Moraes

En el banquete de ayer fuimos servidos por el Espíritu Santo con platos preparados con los ingredientes históricos y proféticos del surgimiento de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Gracias a Dios formamos parte de una iglesia que no es propiedad de un hombre. Nuestra iglesia no tiene un dueño, un propietario humano. Su líder máximo es Jesucristo, por medio de la acción del Espíritu Santo.

El llamado para llevar las buenas nuevas de la salvación al mundo no puede ser visto solo como un desafío de un líder humano. El llamado involucra más que una actividad con vistas al aumento de los miembros de la iglesia. Con el noble propósito que buscamos, de permanecer en la presencia de Cristo desde la primera hasta la última hora de cada día, necesitamos comprender de modo más amplio la teología de la misión.

La misión en el Antiguo Testamento

La caída del hombre hizo de la misión una necesidad imperiosa (Gén. 3:1–8). La pérdida de la vida eterna, del hogar eterno, de la inocencia y la pureza moral interrumpieron el ambiente de felicidad edénico. Así, es propósito de Dios restaurar al hombre y a su hogar. Por eso la misión se inicia con Dios. Su naturaleza es buscar al hombre perdido, concientizarlo de su culpa y ofrecerle la salvación (Gén. 3:9–15). Dios le dirigió al hombre cuatro preguntas con el objetivo de concientizarlo de su transgresión: ¿Dónde estás? ¿Quién te dijo que estás desnudo? ¿Acaso comiste del fruto

del árbol que yo te prohibí comer? ¿Qué es lo que has hecho? La respuesta del hombre al apelo divino fue la resistencia. Dios no insistió en la concienciación, sino que le reveló la salvación (Gén. 3:15, de acuerdo con Gál. 3:16).

Fue por la elección que Dios transfirió la misión al hombre. La primera información explícita es referente a Enós, cuando “se comenzó a invocar el nombre del Señor” (Gén. 4:26). Esta expresión es usada en el Antiguo Testamento para indicar un culto público. Años después, la Escritura registra la elección de Noé, de la casa de Lamec, descendiente de Enós (Gén. 6:13, y los versículos siguientes). Desde ese punto se da una sucesión de elegidos que, finalmente, alcanza al pueblo de Israel. Es necesario que se tenga en mente la razón de ser de la elección, lo que

queda bien claro en la elección de Abraham. En Génesis 12:3 se dice: “Por medio de ti serán bendecidas todas las familias de la tierra”. La finalidad de la elección no es hacer del elegido un favorito, sino investirlo con la responsabilidad de ser una bendición para todos los pueblos (Gén. 18:18, 19; 22:18; 26:4; 28:14). La elección divina reside en la libre voluntad de Dios y en el amor que él tiene por su pueblo, y no porque hubiese alguna grandeza o superioridad inherentes al pueblo (Gén. 7:6–8). La elección es para la realización de una misión mundial, y no para crear un pueblo favorito.

La santidad de carácter es el primer requisito para el éxito del ejercicio de la misión (Deut. 4:6–9). Dios quería hacer de Israel un reino de sacerdotes y una nación santa (Éxo. 19:5, 6; de acuerdo con Lev. 19:2). A la santidad la seguían las bendiciones que le eran inherentes. Las bendiciones de Dios incluían salud: “No traeré sobre ustedes ninguna de las enfermedades que traje sobre los egipcios” (Éxo. 15:26, de acuerdo con Deut. 7:15). La prosperidad en todos los aspectos de la vida marcaría la experiencia de Israel (Deut. 28:1–14; 4:6–8; 7:13; Éxo. 31:2–6; 35:31–35). La superioridad de las leyes de Dios llevaría a los pueblos a reconocer la grandeza de sus estatutos.

El propósito de todos estos valores, desarrollados en el pueblo de Israel, tenía como objetivo transformar a la nación en un eficiente testigo de Dios (Isa. 43:10–12; 44:8). Dios pretendía que la nación fuese luz para

los gentiles (Isa. 49:6, 66:18–20). Con eso, Dios quería librar a los israelitas del preconceito, de todo etnocentrismo y nacionalismo exacerbado, que harían imposible la misión. Israel debía así hacer converger los pueblos al pueblo de Dios, a fin de que fuesen incluidos en la nación de Israel y partícipes de las bendiciones prodigadas por Dios (Isa. 49:6–9, 12, 18, 22; 54:4, 5; Zac. 8:22, 23). Por eso se dice que la misión en el Antiguo Testamento es, predominantemente, centrípeta o convergente. Elena de White apoya esta enseñanza con las siguientes palabras: “Los hijos de Israel debían ocupar todo el territorio que Dios les había asignado. Las naciones que habían rehusado adorar y servir al Dios verdadero debían ser desposeídas. Pero Dios quería que mediante la revelación de su carácter por parte de Israel, los hombres fuesen atraídos a él. La invitación del evangelio debía ser dada a todo el mundo. Por medio de la enseñanza del sistema de sacrificio, Cristo debía ser elevado ante las naciones, y habrían de vivir todos los que mirasen a él. Se unirían con su pueblo escogido todos los que, como Rahab la cananea y Rut la moabita, se apartaran de la idolatría para adorar al Dios verdadero. A medida que aumentase el número de los israelitas, debían ensanchar sus términos hasta que su reino abarcase el mundo” (Elena de White, *Profetas y reyes*, edición 2007, p. 12). A través de las bendiciones dadas a Israel con base en la santidad, Dios quería atraer a los pueblos de toda la tierra para reconocerlo como su Dios, e integrarlos en la comunión de su pueblo.

La misión en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento la misión comienza con Dios, como aconteció en el Antiguo Testamento. Jesucristo es el iniciador y el modelo de toda actividad misionera. Él vino “a buscar y salvar lo que se había perdido” (Luc. 19:10). Él vino “para servir y para dar su vida en rescate por muchos” (Mar. 10:45). El mensaje central del evangelio es al mismo tiempo la naturaleza misma de la misión de Cristo. Eso significa obligatoriamente que él necesitaba sufrir. “La misión de Cristo podía cumplirse únicamente por medio del sufrimiento. Le esperaba una vida de tristeza, penurias y conflicto, y una muerte ignominiosa. Debía llevar los pecados del mundo entero. Debía soportar la separación del amor de su Padre” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, p. 71).

La extensión de la misión de Cristo ha sido entendida en tres aspectos principales: predicación, enseñanza y sanidad. Mateo entiende la misión de Cristo de esa misma forma, al declarar que “Jesús recorría toda

Galilea, enseñando en las sinagogas, anunciando las buenas nuevas del reino, y sanando toda enfermedad y dolencia entre la gente” (Mat. 4:23; comparar con Mat. 9:31). Lucas agrega que Jesús realizaba esa misión con el poder del Espíritu Santo (Luc. 4:14). Ese fue el mismo patrón de misión que Jesús entregó al enviar a los doce (Mat. 10:1–42), los setenta (Luc. 10:12–25) y los ciento veinte (Hech. 1:8, 15; comparar con Hech. 2:1–8, 33).

El imperativo de la misión entregado a la iglesia fue: “vayan y hagan discípulos de todas las naciones” (Mat. 28:19), dentro de los mismos moldes en los que Jesús realizó la misión, y de la misma forma en que sus seguidores la realizaron en los primeros años de la iglesia cristiana. Sin embargo, se debe decir que a “ir y hacer discípulos” le antecede “esperar la promesa del poder del Espíritu Santo”. No se puede salir para predicar, enseñar y curar sin primero esperar para recibir el poder del Espíritu Santo (Luc. 24:49; comparar con Hech. 1:4–5, 8). La meta de evangelización no se alcanza con el agregado de nuevos miembros a la iglesia a través del bautismo. De hecho, solo es alcanzada cuando el nuevo converso es instruido por la iglesia, cuando espera y recibe cada día la plenitud del Espíritu Santo. Y testificando así, se transforma en un cristiano productivo (Hech. 2:41–47).

El gran objetivo del evangelismo es hacer cristianos e iglesias productivos. En ese proceso es imposible dispensar aquello que caracterizó la vida de Cristo y de los primeros cristianos: el don del Espíritu Santo. “Antes que un solo libro del Nuevo Testamento fuese escrito, antes que se hubiese predicado un sermón evangélico después de la ascensión de Cristo, el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles que oraban. Entonces el testimonio de sus enemigos fue: ‘Habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina’” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, p. 410).

Guarda en tu corazón:

Así como nuestra vida física es sostenida por el alimento, así nuestra vida espiritual es sostenida por la Palabra de Dios. Y cada alma ha de recibir vida de la Palabra de Dios para sí. Así como debemos comer por nosotros mismos a fin de recibir nutrimento, así debemos recibir la Palabra por nosotros mismos” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, pp. 232, 233).

PERMANENCIA VERSUS TELEVISIÓN E INTERNET I

En esta época de tanto progreso, cada día la ciencia proporciona comodidades y beneficios que facilitan la vida y proveen entretenimientos. Los medios de comunicación incorporaron a la televisión y a las computadoras en el hogar. La vida moderna permite que buena parte de la sociedad tenga, por lo menos, uno de esos medios. Sin embargo, su uso inadecuado puede afectar las relaciones, el comportamiento y la vida espiritual personal y familiar.

En la jornada de esta mañana vamos a analizar cómo el enemigo de Dios quiere perjudicar nuestra comunión. Vamos a considerar algunas investigaciones sobre los efectos de la televisión y de Internet y sobre cómo (y cuánto) pueden influir en nuestra vida espiritual.

Estrategias del enemigo

En la historia del Edén, la Palabra de Dios nos dice que Eva fue tentada cuando estaba sola, o sea, lejos de Dios y de su marido. El enemigo aprovechó esa situación para incitarla al mal, utilizando tres elementos: el apetito, la visión y la codicia (Gén. 3:1-6). Los mismos recursos fueron utilizados por el enemigo para tentar a Jesús (Luc. 4:1-3) y, de acuerdo con la advertencia apostólica, existe el peligro de que los hijos de Dios amen al mundo (1 Juan 2:16).

Cuando nos desconectamos de Dios le damos la oportunidad a las estratagemas del enemigo. Él está constantemente intentando entrar en nuestra mente para cumplir con sus propósitos. ¿Cómo lo logra? Elena de White advierte que “todos deben custodiar los sentidos, no sea que Satanás obtenga la victoria sobre ellos; porque son las vías de acceso al alma” (Elena de White, *El hogar cristiano*, p. 364). Cuando ella habla de las “vías de acceso”, se está refiriendo a nuestra mente.

Las tácticas del enemigo no cambiaron. Él intenta afectar nuestros sentidos, apela al apetito, a la visión y a la ambición para tener acceso a nuestra mente. Por eso, Elena de White continúa diciendo: “Tendrá que ser usted fiel centinela que vele sobre sus ojos, oídos y otros sentidos si quiere gobernar su mente y evitar que manchen su alma pensamientos vanos y corruptos. Solo el poder de la gracia puede realizar esta obra tan deseable”. Y agrega: “Todos los que llevan el nombre de Cristo necesitan velar, orar y guardar las avenidas del alma; porque Satanás está obrando para corromper y destruir, si se le concede la menor ventaja” (Elena de White, *El ho-*

gar cristiano, pp. 364, 365).

Al afectar nuestros sentidos, el enemigo de Dios intenta despertar pensamientos “vanos y corruptos”. Juntamente con los ángeles caídos, el diablo está “creando una condición de parálisis de los sentidos, para que las recomendaciones, amonestaciones y reproches no sean oídos; y para que, si llegan a oír, no produzcan efecto en el corazón ni reformen la vida” (Elena de White, *El hogar cristiano*, p. 364). El resultado es que “los sentidos de muchos están embotados por la complacencia del apetito y por la familiaridad con el pecado” (Elena de White, *El hogar cristiano*, p. 364, 365).

Antes de continuar, detente y considera, en oración y sumisión, algunas conclusiones que podemos sacar de lo que acabamos de analizar:

1. El enemigo induce a las personas al pecado a través de las avenidas del alma.
2. Él utiliza nuestros sentidos, estimulando el apetito, la visión y la codicia.
3. Cómo lo consigue:
 - a. Nos induce a pensamientos vanos y corruptos.
 - b. Paraliza los sentidos para que no oigan la voz de Dios.
 - c. Insensibiliza la mente por la complacencia con el apetito.
 - d. Produce familiaridad con el pecado.
4. El enemigo actúa cuando descuidamos nuestra relación con Dios.
5. Solamente la influencia de Dios y su gracia pueden ser contrapuestos a los estratagemas del enemigo.

Televisión, Internet y la mente

Una de las características de la sociedad posmoderna es la frase: “No tengo tiempo”. Pero esta misma sociedad se transformó en un importante consumidor de los programas de la televisión e Internet, los cuales absorben el tiempo destinado a la familia, al desarrollo personal y, especialmente, a la comunión con Dios.

Las estadísticas que evalúan el uso de la televisión y de Internet entre los jóvenes están presentando datos alarmantes. Uno de los más importantes está relacionado con el tiempo. Las encuestas muestran que los niños pasan cada vez más tiempo frente a la televisión, computador o video juegos, llegando a estar cerca de seis horas diarias delante de las pantallas. Nota los efectos que eso produce:

* La actividad en la web está creando barreras entre padres e hijos.

* Los niños construyen centros multimedios en sus hogares, con los que se despiertan por la mañana y

duermen a la noche.

* Internet es menos usada para fines provechosos, como el estudio, y más para sociabilizar.

* Los niños están multiconcentrados: "Mientras navegan en la web, están hablando con un amigo y haciendo el *download* de una música, todo eso simultáneamente" (ver la página: www.theguardianmedia.com).

Otros estudios destacan que los medios de comunicación ejercen "influencias en las creencias, actitudes y conducta de grandes sectores de la población". Se debe agregar esto al hecho que "a través de mensajes positivos y negativos [...] modifican, en mayor o menor grado, el modo de vida de muchas familias



Daniel de Oliveira

y contribuyen para cambiar, para bien o para el mal, las formas de comunicación en la familia, sin que los afectados descubran ni cómo ni en qué medida" (ver: www.dyaweb.es).

En este análisis se puede percibir que tales medios ejercen un impacto en la mente, ya que afectan las conductas sin que se pueda evaluar si es para el bien o para el mal. ¿Cómo logran hacerlo? Las investigaciones destacan que las historias que aparecen en la televisión "difunden insistentemente lo que es deseable, lo que tiene éxito, lo que es satisfactorio o importante". O sea, captan la atención, seduciendo al público con elementos deseables y, de esa forma, consiguen transmitir influencias que modifican la conducta del espectador. No hay necesidad de profundizar más; usando el sentido común, podemos inferir que esos personajes usan la visión y la lujuria para seducir, apelando al apetito.

Las personas que permanecen por muchas horas en Internet pueden sufrir daños cerebrales.

El especialista en neurociencias Gary Small, de la Universidad de California, "ha señalado que en su investigación, realizada con 24 adultos mientras utilizaban Internet, ha descubierto que los internautas experimentados duplicaban la actividad en áreas del

cerebro que controlan la toma de decisiones y el razonamiento complejo que los novatos. [...] La generación experta en tecnología, a los que llama 'nativos digitales', siempre están explorando en busca de algo nuevo, lo que puede provocar estrés e incluso daños en las redes neuronales. [...] [Small] asegura que se trata de un cambio evolutivo que pondrá los conocimientos en tecnología al frente del nuevo orden social. [...] Aunque la tecnología puede acelerar el aprendizaje e impulsar la creatividad, también puede tener desventajas, ya que puede crear adictos a Internet cuyos únicos amigos son virtuales. Esto ya ha provocado un drástico aumento en el diagnóstico de desórdenes de déficit de atención, según el científico" (<http://www.adn.es/tecnologia/20081027/NWS-1739-efectos-uso-internet-actividad-cerebral.html>. Ver información adicional en: www.elespectador.com).

Estos estudios demuestran que las personas que usan Internet y televisión en exceso tienen algo en común:

- * Dedican tiempo.
- * Son inducidas a ideas, pensamientos y sensaciones que pueden modificar la conducta.
- * Tienen una percepción diferente de la realidad.
- * Tienen dificultad para concentrarse y analizar mas profundos.
- * La comunicación y los vínculos entre las personas son modificados.
- * En ambos medios, las herramientas son el apelación a la visión, al apetito y a la seducción de la lujuria de esta vida

Guarda en tu corazón :

"Aunque estemos rodeados de una atmósfera contaminada y corrupta, no necesitamos respirar sus miasmas; antes bien, podemos vivir en la atmósfera pura del cielo. Podemos cerrar la entrada a todas las imaginaciones impuras y a todos los pensamientos profanos, elevando el alma a Dios mediante la oración sincera. Aquellos cuyo corazón esté abierto para recibir el apoyo y la bendición de Dios, andarán en una atmósfera más santa que la del mundo y tendrán constante comunión con el cielo" (Elena de White, *El camino a Cristo*, edición 2007, p. 52).

PERMANENCIA VERSUS TELEVISIÓN E INTERNET—I I



William de Moraes

Televisión e Internet en la vida espiritual

No debemos pisar en el terreno encantado del enemigo. Cuando percibas que la “serpiente” está cerca, sal de ese lugar y ve por otro camino. Está siempre atento y presta atención a todos los detalles. Según la enseñanza bíblica, cuando dejamos de ser “sobrios” y de “velar” el enemigo puede devorarnos (1 Ped. 5:8; RVR). Ser sobrio es tener nuestra mente despierta, lúcida y vigorosa para razonar y percibir la realidad.

Velar es estar atento. Eso incluye evitar quedar solo, sin la presencia de Dios. Muchas veces tenemos la tentación de quedar tranquilos y desconectados de Dios. Cuando eso sucede, nos conectamos con otros medios, sin analizar la posibilidad de que el enemigo nos esté llevando al abismo, así como la llevó a nuestra madre, Eva. Al percibir cualquier indicio de peligro, debemos huir. De lo contrario, el enemigo hechizará nuestra mente y pasará a controlar nuestro apetito, nuestra visión y nuestra conducta.

En esas condiciones perderemos completamente

la noción de que somos hijos de Dios y cometeremos las peores barbaridades, sin percibir lo que estamos haciendo. La televisión, Internet y la música pueden arruinar la mente que esté vacía de la Palabra de Dios, pudiendo llevar a la ruina a aquellos que no buscan a

Dios. Por lo tanto, ¡cuidado! Lo que vemos, oímos y decimos termina por determinar lo que somos.

En el contexto de la comunión, nuestra vida se asemeja, cada vez más, a aquello que contemplamos. El apóstol Pablo destaca: “Así, todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados a su semejanza con más y más gloria por la acción del Señor, que es el Espíritu” (2 Cor. 3:18). Tendremos un mejor parecido con Cristo y con lo que el Cielo desea, si contempla-

mos “con rostro descubierto”. Elena de White agrega: “¡Qué magnífica victoria! Mirándole nos transformamos en un ser distinto. Consideremos lo siguiente: nosotros contemplamos y captamos los rayos luminosos en el rostro de Jesucristo. Recibimos tanto como podemos soportar. [...] Por medio del poder transformador del Espíritu Santo llegaremos a ser asimilados a la imagen del Objeto bendito que contemplamos” (Elena de White, *Alza tus ojos*, p. 266). Y agrega: “Aun al observar un momento el sol en su gloria meridiana, cuando apartamos nuestros ojos, su imagen aparecerá en todo cuanto veamos. Así ocurre cuando contemplamos a Jesús; todo lo que miramos refleja su imagen, la imagen del Sol de Justicia. No podemos ver ninguna otra cosa, ni hablar de ninguna otra cosa. Su imagen está impresa en los ojos del alma, y afecta toda porción de nuestra vida diaria, suavizando y subyugando toda nuestra naturaleza. Al contemplar, somos conformados a la semejanza divina, a la semejanza de Cristo. Ante todos aquellos con quienes nos asociamos

reflejamos los brillantes y alegres rayos de su justicia” (Elena de White, *Testimonios para los ministros*, p. 395).

Nuestra conducta, pensamientos e impulsos reflejan lo que permitimos que las avenidas del alma más absorban. Como dice el dicho popular: “Somos lo que consumimos”. Nuestra mente responde y reacciona de acuerdo con el contenido que le proporcionamos. Una forma de evaluar lo que sostiene nuestra mente es preguntarnos: “¿Es Cristo quien ocupa todo el tiempo en mi vida cada día? ¿Es él quien aparece primero en mis pensamientos? Cuando tomo decisiones al respecto de proyectos, incluyendo los momentos de ocio, ¿puedo imaginar a Cristo mirándome y diciendo: ‘Hijo, estoy feliz porque tomaste la decisión que yo tomaría si estuviese en tu lugar’?”

La forma en que vivimos cada día determina hacia dónde estamos yendo. Por lo tanto, debemos atender cuidadosamente el mandamiento de Jesús: “Estén alerta y oren” (Mat. 26:41). El apóstol Pablo complementa la idea diciendo: “Para que Satanás no se aproveche de nosotros, pues no ignoramos sus artimañas” (2 Cor. 2:11). Por medio de la recomendación de orar y estar alerta, la Biblia nos aconseja ser precavidos. El apóstol Pablo nos muestra el porqué de esa vigilancia: “Para que Satanás no se aproveche de nosotros, pues no ig-

noramos sus artimañas” (2 Cor. 2:11).

Todos los que ya hicimos los Seminarios de Enriquecimiento Espiritual I, II y III tenemos una responsabilidad aún mayor de colocar en práctica esa verdad. Ya nos hicimos el hábito de colocar a Dios en primer lugar. No tiene sentido dejar a Cristo de lado y volver nuestros ojos hacia aquello que pervierte el apetito y compromete la visión de la eternidad. Recordemos el concepto que ya aprendimos: No podemos desechar hoy aquello por lo que luchamos la vida entera para conseguir. Por lo tanto, ¡seamos juiciosos!

Guarda en tu corazón :

“Aunque estemos rodeados de una atmósfera contaminada y corrupta, no necesitamos respirar sus miasmas; antes bien, podemos vivir en la atmósfera pura del cielo. Podemos cerrar la entrada a todas las imaginaciones impuras y a todos los pensamientos profanos, elevando el alma a Dios mediante la oración sincera. Aquellos cuyo corazón esté abierto para recibir el apoyo y la bendición de Dios, andarán en una atmósfera más santa que la del mundo y tendrán constante comunión con el cielo” (Elena de White, *El camino a Cristo*, edición 2007, p. 52).

Creencias fundamentales integradas al estilo de vida adventista



Shutterstock

Parte

II

Parte II – CREENCIAS FUNDAMENTALES INTEGRADAS AL ESTILO DE VIDA

9º día: Las Escrituras Sagradas
10º día: La Trinidad
11º día: Dios, el Padre
12º día: Dios, el Hijo
13^{er} día: Dios, el Espíritu Santo
14º día: : La creación
15º día: La naturaleza del hombre
16º día: El gran conflicto
17º día: Vida, muerte y resurrección de Cristo
18º día: La experiencia de la salvación
19 ºdía: Crecimiento en Cristo
20º día: La iglesia
21^{er} día: El remanente y su misión
22º día: La unidad en el cuerpo de Cristo
23^{er} día: El bautismo
24º día: La Cena del Señor
25º día: Dones y ministerios espirituales
26º día: El don de profecía
27º día: Los Diez Mandamientos
28º día: El sábado
29º día: La mayordomía cristiana
30º día: Conducta cristiana
31^{er} día: Casamiento y familia
32º día: El ministerio de Cristo en el Santuario celestial
33^{er} día: La certeza de la segunda venida de Cristo
34º día: Muerte y resurrección
35º día: El milenio y el fin del pecado
36º día: La Tierra Nueva

Autores

Capítulos

Matheus Tavares	9, 10, 11, 12, 13, 25
Michelson Borges	14
Areli Barbosa	15, 28, 31
Miguel Pinheiro Costa	16, 17, 27, 30
Luís Nunes	18
Carlos Oliveira	19, 20, 21, 22, 29
Fernando Lopes	23, 24, 26
Marcos Blanco.....	32, 33, 34, 35, 36



Shutterstock

La Iglesia Adventista del Séptimo Día sostiene 28 creencias fundamentales en la Biblia. En las próximas 28 jornadas volveremos a estudiar estas creencias, no solamente en su aspecto cognitivo o del conocimiento teórico, sino en su aspecto integrador.

La idea es percibir cómo el conocimiento de cada una de estas creencias puede mejorarme diariamente a mí, puede mejorar a mi familia, a los miembros de mi iglesia, a mis vecinos y a mi comunidad. Entendemos que no es suficiente conocer o memorizar cada una de estas creencias. Es necesario integrarlas al estilo de vida en el día a día. Esa será nuestra preocupación y abordaje en las próximas jornadas.

Hace un tiempo, revisando algunos papeles ya envejecidos por el paso del tiempo, encontré uno que me llamó la atención y que ya no recordaba. Cómo hace el tiempo que las cosas, que son tan importantes en un determinado momento, ¡se olviden tan rápidamente! ¡Y que emociones avasalladoras se transfor-

men, con el paso del tiempo, solamente en suaves recuerdos! Fue lo que sentí cuando encontré aquel papel amarillento, escrito hace mucho tiempo, cuando en los sueños y los encantos juveniles encontré mi primera pasión. Comencé a leer los primeros versos del poema que le escribí para expresar lo que sentía: "A veces me encuentro perdido pensando / pensando en cosas que no sé explicar. / Tal vez motivos de desilusión / o incluso un toque de soledad". A medida que continuaba leyendo, fui recordando momentos de mi adolescencia, amigos y situaciones vividas. ¿Cómo es posible que un pedazo de papel amarillento tenga tanto poder para traer a mi mente recuerdos que hacía tanto tiempo que estaban adormecidos?

Con plena seguridad tú ya viviste algo parecido con antiguas cartas, notitas, poemas, cuadernos de escuela o fotografías y cosas del género. Recuerdos que estaban grabados en tu mente, personas que tuvieron un papel muy importante en tu vida, innumerables alegrías y tristezas originadas en situacio-

nes vividas intensamente, vienen a la superficie por un registro que posee la fuerza de hacernos viajar de vuelta en el tiempo y revivir emociones experimentadas en el pasado.

Fue Dios quien nos hizo así. Por eso mismo se preocupó por dejarnos una carta de amor, en relatar parte de una historia de amor eterno, escrita en forma de poemas, parábolas y narrativas, que registran para nosotros aquello que el tiempo podría apagar. Por eso nos dejó su Santa Palabra, la Biblia.

La Biblia es el registro de nuestra historia; no solamente la historia de la humanidad, sino también la lucha entre el bien y el mal dentro de esa historia. Al leer sus páginas y meditar en el mensaje que contiene, no encontramos solamente relatos, meras informaciones. El conocimiento sobre Dios que ofrece la Biblia tiene como objetivo cambiar nuestra vida y hacernos creer en él. Por eso es tan importante para nosotros. Nos enseña cómo Dios cuidó y protegió la vida de innumerables personas, y por eso nos da la seguridad que estará con nosotros también. Esto me hace recordar una frase que escribí en la primera página de mi Biblia: “Solo temeremos al futuro si nos olvidamos de aquello que Dios hizo en el pasado”. Antes que nada, la Biblia es la fuente de esperanza y confort que nos capacita para enfrentar las luchas del día a día. ¿Y qué mensaje es este, que tiene tanto poder? La Biblia es un relato de un Padre amoroso buscando a sus hijos perdidos.

Este poema de amor de Dios tardó unos mil cuatrocientos años en ser escrito por más de cuarenta personas. Dios lo hizo así porque sería difícil que un único ser humano consiguiera expresar con su lenguaje toda la maravilla de la obra divina.

Los seres humanos somos limitados y, por más que no nos guste admitirlo, relatamos solamente parte de lo que observamos. Imagina que cinco personas son testigos de un accidente de tránsito y la policía va a tomar declaraciones de cada una de ellas. Cada una dirá en esencia lo que ocurrió, pero los detalles serán diferentes; pues cada uno los captará según sus filtros personales y podrá describir de acuerdo con el recurso de lenguaje que dispone. Si la Biblia hubiese sido escrita por una persona, como lo son muchos libros que son considerados sagrados, correríamos el riesgo de seguir la historia relatada desde un punto de vista único, lo cual sería extremadamente limitado y peligroso. Pero Dios, en su infinita sabiduría, nos reveló su Palabra a través de varias personas, con culturas diferentes y separadas por el tiempo y el espacio. Pero cuando leemos los textos no podemos identi-

car tantas diferencias. Es como si una sola mente estuviese por detrás del proyecto. No hay contradicción de mensajes. Y esta Palabra divina se hace comprensible para todos, tanto para los más escolarizados como para los que menos oportunidades tuvieron. Eso sucede porque, por detrás de los cuarenta escritores había una única mente guiando el proyecto: Dios el Espíritu Santo.

Siendo el Espíritu Santo el ser divino que guió todo el proyecto de la Biblia, queda claro que para comprender su mensaje necesitamos de la orientación de él. Así, la Palabra de Dios solo debe ser abierta y estudiada con oración, rogándole al Espíritu Santo que la haga clara para nuestra mente. Jamás podremos leerla como un libro común, y tampoco se revela a cualquier lector descuidado. La verdad es como un tesoro escondido, es necesario cavar hondo para poder encontrarla.

Tú ya debes haber intentado leer la Biblia innumerables veces. Quien sabe, ya comenzaste el famoso Año bíblico una decena de veces. Y siempre que llegas a las secciones de las genealogías, con aquellas informaciones de padre de alguien, hijo de alguien, y así sucesivamente, tú desistes porque es muy cansador. O, por más que hayas avanzado en la lectura, existen tantos nombres de ciudades, personas, reyes, reinos y otras informaciones que parecen tan distantes y, a veces, innecesarias, que desistes de continuar leyendo. Hay momentos que presenta un lenguaje complicado, términos y conceptos extraños. Realmente la Biblia es un libro difícil de leer y de comprender, si buscamos la verdad de manera superficial. Dios no se revelará a aquel que no quiere realmente conocerlo. Sin embargo, quien lo busque de todo corazón, encontrará en las páginas sagradas a ese Dios maravilloso que se revela en ella. Es el espíritu con el que buscamos la verdad lo que marcará la diferencia.

La Biblia solo revelará sus tesoros a aquellos que sean persistentes en su estudio y en oración. No basta una lectura apurada, descuidada y superficial. Son necesarios dedicación y esfuerzo que llevarán, si nuestro real y sincero deseo es ese, al encuentro de la verdad. Es como una chica apasionada que recibe una carta de amor. Ella lee con todo el cuidado imaginable como si pudiese beber de aquellas palabras. Y la va a leer otras veces para absorber cada palabra y los minuciosos detalles que puedan demostrar todo el cariño y el amor contenidos en aquellas letras. Prestará atención a la disposición de las palabras, a la melodía de su lectura y a sus significados. Al leer recordará tantas cosas que vivieron juntos, y soñará con momen-

tos de felicidad y alegría cuando se puedan volver a encontrar. ¡Y cuál no será el sentimiento que arderá en su corazón ante la presencia de aquel a quien ama tan profundamente! Esa carta será guardada en el mejor lugar posible para ser preservada. La joven enamorada dedicará las mejores horas del día para poder disfrutar de la lectura de aquella carta y, quién sabe, hasta dormirá con ella en su cabecera. ¿Por qué no tenemos ese mismo apego y cariño a la carta de amor que nuestro Dios nos envió? ¿Por qué tratamos a la Biblia como algo de poco o de ningún valor si es el mensaje de amor de nuestro Señor y Creador?

Como buena parte de las personas, siempre creí que la Biblia era un libro difícil y cansador para leer. Mi madre me obligaba a leer algunas porciones o a hacer el año bíblico, que nunca terminé, por lo menos no de la forma esperada. Hasta que un día tuve un encuentro con Jesús y decidí estudiar su carta de amor con dedicación y cariño. Decidí buscar la verdad, por más escondida que pudiera estar. Y realmente fue lo que percibí: cada vez que leía el mismo párrafo, surgían nuevas ideas y mensajes más profundos, y más apegado a ella quedaba yo. La lectura de sus páginas se transformó en un placer. No solo encontré la verdad que tanto buscaba, sino que la continuo encontrando, cada vez más profunda. Por medio de este mensaje conocí, no de escuchar hablar, no por la boca de otros, no por el testimonio de alguien, a un Dios maravilloso que cambió mi vida. Él me concedió una felicidad que jamás pensé encontrar y me dio una razón para amar y vivir. Encontré a Dios en la primera lectura, pero descubrí que cuanto más profundizo en el estudio de su Palabra, más íntimamente lo conozco y lo amo. Y puedo ver que él siempre estuvo conduciendo mi vida hasta aquí.

Solamente con su Palabra, el Dios eterno creó toda la naturaleza que está a tu alrededor, mundos, galaxias y el universo. Esa Palabra tiene poder para crear, recrear y transformar, no solamente cosas, sino también tu vida.

Escucha la Palabra de Dios que ahora te habla al corazón diciéndote que lo debes conocer más.

Toma tu Biblia y léela, buscando oír esa Palabra poderosa. Asume las promesas que en ellas están escritas, pues son promesas de Dios para ti. Deléitate con la carta de amor que Dios te dejó con los más variados estilos. Lee sus poemas, canta sus himnos, emocionate con sus historias, aprende con sus enseñanzas, ten esperanza con sus profecías y cree en sus verdades. La Biblia es la suprema verdad que Dios dejó para ti. Es la carta divina en la que Dios afirma que él te ama

¡con amor eterno!

Aquellos que ya participaron de los Seminarios de Enriquecimiento Espiritual I, II y III, y que ya consolidaron el hábito de buscar a Dios en la primera hora de cada mañana, pasaron a amar y a seguir a Cristo.



Eric Köhler

Cuando la búsqueda de Dios por medio de la oración y el estudio de la Biblia se transforman en parte del estilo de vida, la persona se siente amada por Jesús, y ese sentimiento resultará en esperanza, paz, motivación y felicidad. La continuidad de ese hábito hará que cada día la persona encuentre la verdadera razón para vivir.

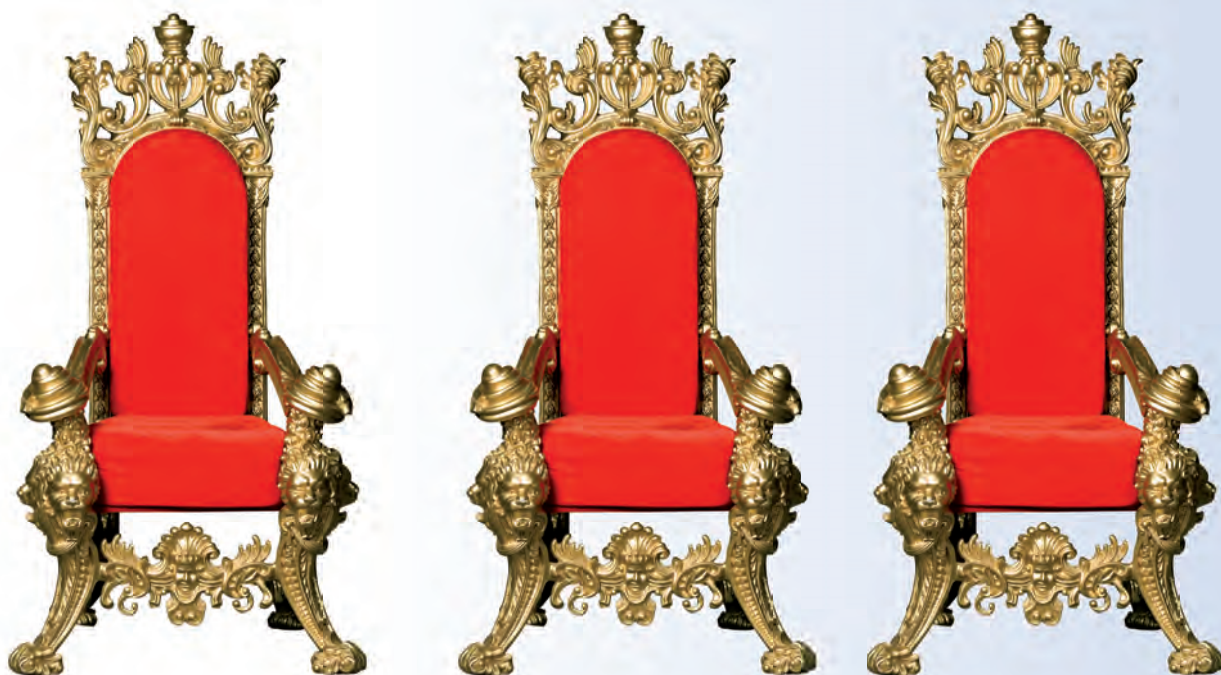
Para reflexionar:

Tal como pudiste notar, la Biblia es una declaración de amor de Dios para ti.

¿De qué forma esto puede mejorar tu vida, la de tu familia y la de tus amigos?

¿Te sientes amado por Jesús? ¿Qué tal orar durante todo el día pidiendo que tu amor por Cristo y su Palabra aumente cada día más?

LA TRINIDAD



Shutterstock

Un Dios maravilloso

La ceremonia de casamiento es algo que impacta a todos. Parece que entramos en una atmósfera diferente: la decoración es detallada, la música es especialmente seleccionada, hay profusión de flores, los invitados están vestidos con elegancia, el personal encargado de la recepción es gentil y atento.

El matrimonio nos concede una vislumbre, aunque muy pálida, de lo que es la relación entre los miembros de la Deidad. Evidentemente Dios no es casado ni posee distinción sexual. Sin embargo, el concepto se expresa en una frase bien conocida que dice: “los dos se funden en un solo ser” (Gén. 2:24). Nadie, en su sano juicio, espera que al ser pronunciada esta frase, el novio y la novia sufran algún tipo de mutación y se transformen en un ser híbrido con cuatro brazos y dos cabezas. El hecho es que, aunque casados, ambos conservan su individualidad.

El plan de Dios para la familia humana era que el hombre y la mujer experimentaran, dentro del casamiento, una integración profunda. Adán y Eva debían disfrutar de una relación íntima, con objetivos iguales, unidad en propósitos y planes, un conocimien-

to profundo y total el uno del otro, que permitiera la convergencia de las emociones y, hasta incluso, una identificación intelectual. Casi como si sus corazones latiesen al mismo ritmo.

El primer matrimonio tenía un conocimiento íntimo el uno del otro. Y esa intimidad es mucho más que una relación sexual. Es un saber los deseos, los anhelos y las voluntades del otro. Adán podía mirar a Eva y –casi– saber lo que ella estaba pensando. Podría hasta anticipar sus reacciones frente a las circunstancias, debido a la profundidad del conocimiento mutuo.

El amor era el elemento primordial de la unidad entre ellos, y se revelaba en el altruismo, o sea, en el donarse a sí mismo en favor del otro. El amor afectaba la relación de los dos en todo sentido. Y Dios compartió eso con nosotros, pues solamente encontramos la verdadera felicidad si amamos de esa manera.

Como nuestro maravilloso Dios nos creó a su imagen y semejanza, podemos decir que poseemos trazos que representan características del suyo. No somos dioses, no tenemos omnipotencia, ni omnisciencia ni omnipresencia; no somos inmutables, ni

tampoco eternos. Pero Dios, en su infinita gracia, nos regaló la posibilidad de amar, crear, crecer, vivir y más. Además de esto, nos concedió, por medio del matrimonio, una idea, aunque pálida, de cómo es la relación entre los miembros de la Trinidad celestial.

Dios nos creó macho y hembra, como individuos diferentes que se complementan. Así podemos disfrutar de toda la profundidad del amor y de una feliz relación. Fue Dios quien colocó en el corazón de Adán la necesidad de una compañera. Pero no se detuvo allí. Suplió esa falta con un regalo especial: Eva.

De ninguna manera estamos diciendo que Dios es casado, o que posee sexo, o cualquier cosa parecida. Eso sería una blasfemia. Sin embargo, lo que sabemos de la Trinidad, y, dicho sea de paso, es un conocimiento bastante limitado, indica que hay una perfecta unión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Es algo tan profundo que no sabemos evaluarlo totalmente. Entre ellos existe unidad de propósito, de pensamiento, de acción; pero encima de todo hay un amor completo, irrestricto, incondicional y abarcador. Así, tenemos un único Dios, que se manifiesta en tres personas iguales y coeternas, individuales, pero unidas íntimamente.

De acuerdo con la revelación bíblica, la Deidad está compuesta por tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. No tenemos un Dios que ahora es Padre, después es Hijo y en otro momento es o será Espíritu Santo. Por el contrario, tenemos un Dios Trino, manifestado en tres personas coeternas, igualmente perfectas, completas y todopoderosas. Es ese Dios maravilloso que lucha por nuestra salvación y que anhela tener un encuentro con nosotros.

¿Quién es Dios? Y, ¿cómo es él? Han sido las preguntas que el ser humano plantea hace mucho tiempo. Muchos pueblos crearon dioses para sí; en general, basados en los elementos cotidianos, como los fenómenos de la naturaleza, características del mundo y hasta sentimientos y cualidades inherentes al ser humano. Como la creación siempre es un espejo del creador, proyectaban en sus dioses elementos que son peculiares del hombre, o sea, sus dioses eran a imagen y semejanza de la humanidad. Por eso, esas divinidades se peleaban entre sí, se enojaban y descargaban su rabia con el pueblo, aquí en la tierra. Esos dioses adoran ser adulados y necesitan ser convencidos para

realizar alguna cosa buena a favor de la humanidad.

Desde pequeños nos enseñan a identificar a Dios el Padre como un señor de barbas blancas, siempre distante, tal vez con una mirada investigativa sobre nuestra persona, buscando algún error o falla en nuestra conducta para castigarnos con plagas y maldiciones. Por otro lado, parece que Jesús es un ser de voz dulce y gentil, clamando a ese Padre e intercediendo para que no seamos destruidos. Y, gracias al amor y al sacrificio del Hijo, el Padre nos libra de la condenación. El Espíritu Santo es el ser menos conocido de la Divinidad y, tal vez por eso, se habla tan poco sobre él.

Sin embargo, nos olvidamos de que en el inicio de la Biblia, en el relato de la creación del mundo, el Espíritu Santo ya aparece como creador, en un mundo aun caótico. En el evangelio de Juan (1:1, 2) y en la epístola a los Hebreos (1:2), encontramos declaraciones que indican que Jesús fue el creador de todas las cosas. Sin embargo, el mismo Jesús declara, en el evangelio de Marcos (13:19), que Dios creó el mundo. Estos textos nos muestran que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo estaban presentes en la creación del mundo; que nosotros fuimos creados por el Dios Trino y, por eso, podemos comprender cuando Dios dice: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza” (Gén. 1:26). Vemos aquí al Creador hablando y trazando planes en el plural. Es interesante notar que todas las otras criaturas surgieron por una orden expresa de Dios, pero el ser humano fue formado por sus divinas y poderosas manos. Quedo pensando en el trabajo de elaboración, en la discusión sobre el proyecto, en el molde de cada detalle. Cuánto cariño demostrado para con un ser tan frágil como nosotros.

El apóstol Pablo también hace una referencia magnífica al trabajo conjunto del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en el plan de salvación, al hablar de la “gracia del Señor Jesucristo”, del “amor de Dios” y de la “comunidad del Espíritu Santo” (2 Cor. 13:14). En realidad, “en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo” (2 Cor. 5:19). ¿No es maravilloso ver que Jesús no estaba aquí luchando solo por nosotros, sino que el Padre y el Espíritu Santo estaban juntos en la batalla por nuestra salvación?

Podemos afirmar que nuestro Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, está interesado en nuestra redención, lucha por nosotros y quiere restablecer la rela-

ción con nosotros. Jesús no necesita estar intentando convencer al Padre para que nos acepte y nos ame. Somos amados por el Padre y por el Espíritu Santo tanto como por Jesús.

El sacrificio realizado por nuestra salvación involucró a las tres personas de la Deidad. Fue un sacrificio de nuestro maravilloso Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Dando las últimas instrucciones a sus discípulos, antes de su muerte, Jesús dijo que todo lo que pidamos en su nombre, él lo hará (Juan 14:13). Después se refirió al mismo tema, pedir en su nombre, agregando: “Y no digo que voy a rogar por ustedes al Padre, ya que el Padre mismo los ama porque me han amado y han creído que yo he venido de parte de Dios” (Juan 16:26, 27). ¡Jesús está diciendo que el Padre nos ama! Él atiende nuestras oraciones no por amor a Jesús, simplemente, como si fuese forzado a hacerlo, sino que nos oye y nos da aliento, respondiendo nuestros anhelos, porque nos ama profundamente.

Recordemos el texto de Juan 3:16, que dice: “Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito”. Dios ama al mundo de manera increíble y, por eso, por causa de su inmenso amor, nos dio a su bendito Hijo. Dios no nos ama solamente por causa de Jesús. Él mismo nos ama y, en virtud de ese amor, nos dio a Jesús. Nosotros tenemos un Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que nos ama de forma extraordinaria y, debido a ese amor, nos quiere rescatar y salvar. El hecho es que en la entrega de Jesús vemos la entrega de las demás personas de la Deidad.

Tal vez no consigamos comprender toda la complejidad de la relación de la Trinidad. Son muchos conceptos teológicos que se mezclan, y hay muchos misterios, o sea, verdades no reveladas para nosotros. Pero, es así que debe ser, pues Dios es infinitamente superior a nuestro limitado entendimiento.

Muchos se olvidan de que Dios es creador y nosotros –apenas– criaturas. No hay manera de comprender completamente a Aquel que es infinito. Podemos, de cierto modo, absorber parcialmente pequeños rayos de luz que emanan de su trono majestuoso; pero lo que tenemos es poco, y ni siquiera en la eternidad conseguiremos entrar en sus consejos y entender todo lo que concierne a su persona y poder.

Dios nos revela aquello que podemos entender y

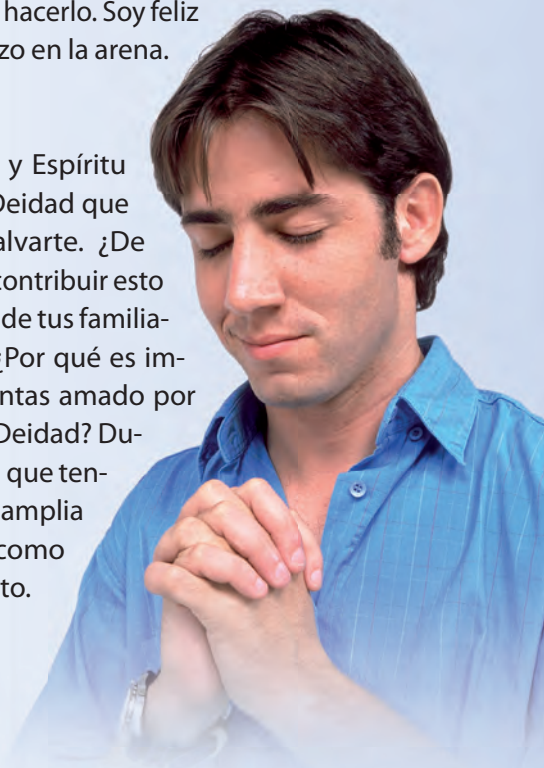
que se hace necesario para nuestra relación con él. Eso basta. Cuando abordamos este asunto, sobre el que no tenemos revelación suficiente y por tratarse directamente de nuestro supremo Creador, es necesario que seamos cautelosos y celosos, respetando nuestros límites, y que adoremos reverentemente la magnificencia de su ser.

Infelizmente, el ser humano, en un intento arrogante de dominar todo el conocimiento, establece conjeturas sobre la divina Trinidad, como si esta pudiese ser expresada en conceptos humanos, intentando abarcar en una definición a Aquel que jamás podrá ser completamente definido por mentes humanas. Esto es muy peligroso. Sabemos lo que necesitamos saber: que él nos ama infinitamente y que podemos, por su gracia y misericordia, relacionarnos con este Dios que es todopoderoso.

Escuché una historia acerca de un niño que corría al mar y buscaba agua para llenar el pocito que había construido en la arena de la playa, con la intención de vaciar el gran océano y, de cierta manera, dominarlo en aquel espacio. Creo que somos como ese niño, al enfrentarnos con este tema. Pero aprendí que no necesito dominar el mar para ser feliz y sentirme amado, porque jamás podré hacerlo. Soy feliz con mi pequeño pozo en la arena.

Para reflexionar:

Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo forman una Deidad que está unida para salvarte. ¿De qué manera puede contribuir esto para tu felicidad y la de tus familiares y amigos hoy? ¿Por qué es importante que te sientas amado por los miembros de la Deidad? Durante el día, ora para que tengas una visión más amplia del amor de Dios, como fue revelado en Cristo.



Elio Köhler



Soy amado por Dios

Muchas personas siguen a Dios por miedo. En realidad, no son seguidoras, son esclavas. Esclavizadas por un temor. Aunque no lo comprendan, simplemente respetan, pues les enseñaron a actuar de esa manera. Pero no necesitamos ir tan lejos. ¿Ya pensaste en las razones por las que sigues a Dios? ¿Lo sigues por amor o por temor? Tal vez no sepas la respuesta; sin embargo, permíteme hacerte una pregunta: ¿Realmente crees que Dios te ama? Al cometer un pecado grave, ¿logras volver y orar a Dios, como lo hacías antes de cometer la equivocación? ¿O sientes que necesitas darte un tiempo, hacer alguna cosa buena y, quién sabe, sufrir algo para poder redimirte delante de él?

La carta de amor que Dios nos dejó presenta algunas de sus características. De estas vamos a subrayar tres:

1. *Dios es inmutable en sus atributos* (Sant. 1:17). ¿Ya percibiste que cambiamos de humor varias veces durante el día? Nos levantamos de una manera, las actividades del trabajo alteran ese estado y, a la noche, podemos estar con otro humor. El carácter y la personalidad que desarrollamos pueden sufrir alteraciones durante la vida. Pero Dios es completamente diferente. Él no cambia nunca sus atributos. Eso nos da

la seguridad de que él es siempre el mismo y que en cualquier situación podemos confiar en él.

2. *Dios es eterno* (Isa. 40:28). Nos sorprendemos cuando alguien supera los cien años y nos deslumbramos al pensar en la vida sin fin que tendremos en el cielo. Nuestro Dios, sin embargo, es mucho más que todo eso, pues él no tiene comienzo ni fin. Él es el único ser en todo el universo que no está subordinado al tiempo ni sufre su influencia.

3. *Dios es amor* (1 Juan 4:8). El amor divino no puede ser confundido con lo que humanamente llamamos “amor”, que es limitado y, en general, está vinculado con un deseo egoísta. El amor de nuestro Dios es totalmente altruista. O sea, piensa primero en el otro. Y no es resultado de nuestra acción. Nosotros amamos porque él nos amó primero.

Estas características de Dios nos llenan de esperanza y alegría, pues tenemos un Dios que nos ama de manera incondicional. Su amor no cambia de acuerdo con nuestras acciones, y ese amor es eterno. Como él mismo lo dice: “Con amor eterno te he amado” (Jer. 31:3). ¡Cuán maravilloso es ser amado de esa manera, con amor infinito! ¡Tú eres un amado de Dios!

En la mente de muchas personas, el mensaje de que Dios es amor no condice con la realidad que ellas

observan. ¿Cómo un Dios que ama permite tanto sufrimiento? Terremotos, hambre, pestes, guerras, violencia, pobreza, miseria, todas esas cosas parecen testificar en contra de la aceptación de la idea de que Dios pueda ser, realmente, amor. Puede parecer cómodo explicar eso teológicamente o cuando el dolor no es nuestro. Le decimos a un enfermo que él debe confiar en Dios. Y nosotros, ¿confiamos en él? Cuando nuestro hijo es quien yace en un lecho de hospital, desahuciado por los médicos, ¿confiamos en Dios? Y si él llega a fallecer, ¿seguiremos creyendo que Dios es amor? ¿Qué amor es ese que permite que una criatura inocente sufra y que no atiende al clamor de nuestro corazón? Sin sombra de duda, el sufrimiento humano es la gran prueba en relación con la aceptación o no de la idea de que Dios nos ama. Ha sido así desde los tiempos de la antigüedad y será así hasta el fin.

Los discípulos de Jesús encontraron a un ciego de nacimiento al lado del camino. En su cultura y tradición la enfermedad podría ser vista como una especie de castigo divino por algún pecado cometido. Cuanto más pecaminoso el acto, más severa sería la enfermedad infligida. Había, sin embargo, una cuestión teológica que se levantaba, pues era fácil explicar la realidad de la enfermedad de esa manera si el individuo la había adquirido durante su vida. Pero ¿y cuando la persona nacía con alguna enfermedad? Surgían dos posibilidades: o el bebé estaba pagando por el error de sus padres, o estaba pagando por algún pecado propio, cometido en el vientre de su madre (los judíos creían que un bebé podía pecar incluso antes de nacer, como hacía Esaú luchando contra Jacob en el vientre de Rebeca, cf. Gén. 25:22).

Imagino la mirada de compasión de Jesús hacia aquel hombre; y sobre todo hacia sus propios discípulos. Ellos estaban inmersos en una cultura religiosa errónea y no lograban comprender las acciones y enseñanzas de Jesús. No eran personas malas o mezquinas para con el sufrimiento ajeno. Eran ciegos, espiritualmente hablando. Su comprensión de quién era Dios les impedía disfrutar de una experiencia más profunda y feliz.

Los discípulos oían que Dios es amor, pero su práctica religiosa enseñaba lo contrario. Tantos rituales practicados invariablemente durante años, solamente para sentirse menos indignos y estar aptos para un

encuentro con el Señor cuando él apareciera. Mal sabían ellos que estaban frente al Creador de todas las cosas, sin ninguna parafernalia ritualista o ceremonial. Caminaban lado a lado con Aquel que mantiene el universo por la fuerza de su palabra. En su misericordia y tierno amor, Jesús les respondió que aquella enfermedad no era fruto de un desvío de la ley de Dios ni un castigo dado por el Señor. Sino que Dios usaría aquella situación de ceguera para la gloria de Dios y la transformaría en bendiciones en la vida de aquel hombre y de tantos otros. Jesús curó a aquel hombre, le restableció la salud y la dignidad.

¿No es verdad que todavía pensamos como los discípulos? ¿Cuándo vamos a entender que el amor de Dios por nosotros siempre es el mismo? ¿Que, sin importar lo que hagamos o dejemos de hacer, él continuará amándonos de la misma forma, pues su amor no está condicionado a nuestras acciones ni es conquistado por nuestra bondad o esfuerzo? Dios eligió amarnos desde la eternidad, y es por ese amor que existimos.

Mientras tú lees este texto tus pulmones se llenan de aire, tu corazón late y, tal vez ahora, por haberlo mencionado, tú notas tu respiración y comienzas a oír el latir de tu corazón en el pecho. El sol nace y se pone todos los días, independientemente de toda la malignidad del ser humano, como si Dios estuviese diciendo con cada amanecer que todavía hay una oportunidad de salvación.

Cada detalle de su tierna creación, la belleza de las flores, el color de los pájaros, la diversidad de la vida marina, las bellas montañas quebrando la monotonía de la llanura, el viento que parece peinar la hierba, los pequeños animales en su laboriosa e incansable labor, como si estuviesen en una línea de producción, la risa feliz y bella de un niño que se divierte con los juegos de su padre, la mirada apasionada de un joven que encuentra su primer amor, así como todas las posibilidades de ser, sentir, expresar y vivir experiencias únicas y fantásticas, fue él, el autor de la vida, el Dios de amor, quien nos las concedió, para nuestra felicidad.

En la belleza y alegría, tal vez sea fácil ver el amor de ese Dios maravilloso. Sin embargo, es necesario aprender a ver su bondadosa mano en medio de los momentos de dolor y sufrimiento. A lo largo de mi vida he aprendido a reconocer el amor de mi Señor

en situaciones difíciles más que en las de bonanza y calma. Creer que todo lo que acontece en mi vida es para mi bien, porque sé que él cuida de mí, le ha garantizado paz a mi corazón. No puedo decir que los dolores acabaron, que los problemas se hicieron más fáciles, o que mi cuerpo no enfrenta enfermedades. En realidad, todos los acontecimientos de mi vida siguen como antes, pero tengo paz. Y esa paz, que no viene del conocimiento de los acontecimientos o el dominio de las circunstancias hace que el peso sea aliviado y se pueda dormir tranquilo cada noche. Es la convicción de ser amado lo que trae confianza que fortalece cada día.

Algunos se sienten solos en este mundo; y, verdaderamente, esta vida es muy dura para vivirla solo. Sienten que no son amados. Se sienten incomprendidos, no aceptados por los demás y que nadie se interesa en ellos. Tal vez ya te hayas sentido así en algún momento, o ese momento insiste en perdurar y se está transformando en tu realidad cotidiana.

Cada día enfrentas una batalla y algunos pensamientos ruines ya andan dando vueltas en tu cabeza. Conoces la Biblia, oíste muchos mensajes y amigos que intentaron encontrar una explicación para tu dolor, pero nada de esto te conforta. Lo que necesitas es creer que Dios nos ama. Cuando alguien dice que te ama y tú no crees en eso, ¿de qué vale ese amor para ti? ¿Cuánto bien te puede hacer tal amor si tú no crees en él? Es necesario creer en el amor de Dios y sen-

tirlo fluir en tu vida. Debes dejar que las promesas de Dios sean tu esperanza. Invítalo a formar parte de tu día, desde la primera hora de la mañana, y que te ayude a vivir en su presencia a cada paso.

Sal hoy para enfrentar este día con una sonrisa en los labios. No porque esté todo resuelto, sino por creer que tú tienes un Dios que cuida de ti, que te ama por sobre todas las cosas, que es capaz de cambiar el curso del universo solo para salvarte. Levanta la cabeza y ten la paz que solamente él puede dar. Siéntete amado y querido. Y, quién sabe, sal cantando aquella canción que dice: "Tan bueno es Dios. Tan bueno es Dios. Tan bueno es Dios para mí".

Que el Padre de amor te bendiga desde la primera hasta la última hora de este día.

Para reflexionar:

¿De qué manera el hecho que tú eres un hijo amado de Dios puede contribuir para mejorar tu autoestima? Pensándolo bien, ¿tienes razón alguna para vivir triste y melancólico, como si no tuvieses el origen que tienes? En tu ADN y en cada célula está escrito que Dios te ama. ¿Existe alguna cosa en tu vida que te impide ver ese amor? Ora y piensa sobre estas cosas en las próximas 24 horas.



Shutterstock

DIOS EL HIJO



Thiago Lobo

Mi increíble Salvador Jesús

Hacía mucho calor aquella tarde. Mi compañero y yo esperábamos que una brisa suave amenizase la situación. Ya habíamos visitado varias casas y hasta aquella hora no habíamos vendido siquiera un libro. Nos miramos el uno al otro y decidimos que era hora de volver a casa. Antes de hacerlo, nos detuvimos en una tienda en la esquina y pedimos un poco de agua. La señora que atendía nos preguntó qué hacíamos en aquella calle todos los días y por qué no habíamos pasado por su negocio hasta ese momento. Mi amigo, más que rápido, sacó el prospecto y presentó los libros que vendíamos. Ella quedó encantada y pidió el material que hablaba sobre remedios y tratamientos naturales.

Al salir, le dije a mi compañero que en realidad me tocaba a mí realizar la presentación, no a él. Un poco avergonzado me pidió disculpas, y me dijo que lla-

máramos en la próxima casa; al final de cuentas, ya estábamos allí. Me resistí bastante a hacerlo. Estaba cansado, con hambre, y el calor parecía consumir cualquier disposición para el trabajo. Llamé en el portón una vez y nadie apareció. Insistí una segunda vez, nuevamente sin respuesta. Cuando comenzábamos a alejarnos, un rostro surgió en la puerta entreabierta y dijo:

—Esperen un poco.

Pasaron algunos minutos hasta que la señora, con una mirada un tanto asustada, abrió la puerta por completo y vino hasta el portón, retirando el candado para invitarnos a entrar. Quedamos un poco desconcertados frente a tanta hospitalidad. Comenzamos a conversar y, sin muchos preliminares, le presenté el material. Debido al cansancio decidí mostrarle solamente lo que trataba sobre el tema de salud. Pero cuando estaba terminando mi oferta, mi dedo abrió,

sin querer (hoy sé que fue providencia divina), una página ilustrada que hablaba del libro *Vida de Jesús*.

Inmediatamente ella preguntó por ese libro. Sin tener excusa para darle, tuve que presentar todo el material. Al final de la presentación ella preguntó el valor. Confieso que se lo dije sin ninguna voluntad de vendérselo, me quería ir. Toda la colección tenía un valor significativo y ella no parecía tener condiciones financieras como para comprarla. Con una sonrisa dijo que quería toda la colección de la mejor encuadernación que tuviera. Quedé pasmado. Tanto es así que mi amigo comenzó a completar el pedido.

Nos quedamos en aquella casa el resto de la tarde explicándole a aquella señora y a sus hijos quiénes éramos nosotros y qué hacíamos; y lo más importante, quién era Aquel hombre de la ilustración que tanto había llamado su atención.

Sus ojos brillaban. Parecía beber cada palabra que decíamos.

Ella nos contó que junto con su esposo estaban buscando una religión para seguir y enseñársela a sus hijos, y que oraba a Dios para que enviase a alguna persona que le mostrase el camino que debía seguir.

Hasta hoy me emociono cuando me acuerdo de esa familia. Fueron bautizados y son fieles miembros de iglesia. Dios sabía que ella no estaba interesada en saber sobre salud. Lo que buscaba era a Jesús y, cuando él le fue presentado, se

apasionó y nunca más lo abandonó.

¿Alguna vez pensaste que, a veces, estamos preocupados en presentar doctrinas distintivas, una iglesia bonita y organizada, estudios bíblicos profundos, una lógica profética irrefutable, todo el conocimiento sobre el estilo de vida saludable, pero nos olvidamos de mostrarles a Jesús a las personas? Ciertamente, esas otras cosas son importantes, sin embargo, parece que queremos convencer intelectualmente a las personas y dejamos de revelar a Aquel que tiene el verdadero poder de transformar vidas.

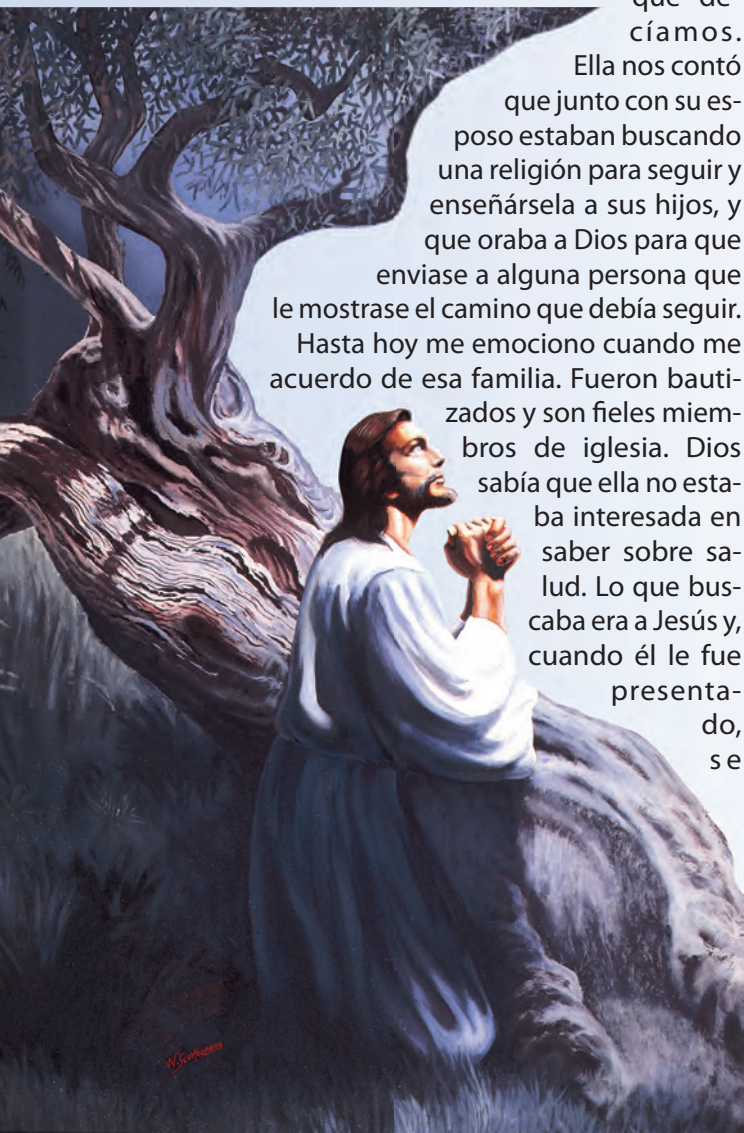
Y no necesitamos ir muy lejos. Nosotros mismos nos acostumbramos de tal manera a la religión, que pasa a ser un enmarañado de rituales y normas que deben ser cumplidos. Nuestros intereses se focalizan en disputas teológicas, en períodos y detalles proféticos. Y cuando un predicador se levanta para hablar de la persona de Jesús, muchos esbozan cierto aire de chasco, como si esperasen oír algo nuevo y estuviesen cansados de ese asunto.

Jesús fascina a cualquiera que entra en contacto con él. Muchos intentan compararlo con líderes espirituales y divinidades de otras religiones. Sin embargo, Jesús es incomparable. Todos los supuestos salvadores de la humanidad fueron hombres que, por algún proceso de iluminación o purificación, llegaron –según esas creencias– al estado de divinización.

Jesús es diferente. La Biblia presenta a Jesús como el Dios que se hizo hombre y habitó entre nosotros. Él no fue un hombre que se divinizó. Fue Dios que se humanizó. Nadie puede ser como él. Su naturaleza es única en todo el universo. Él es totalmente Dios y totalmente hombre. En Cristo lo humano y lo divino se encuentran en una unión misteriosa. Dios se interesó tanto en nosotros que se hizo hombre. Qué humillación para Aquel que es todopoderoso e inmortal, transformarse en un ser sujeto a la muerte. El eterno ingresó a nuestro tiempo y a nuestra historia. El Rey del universo nació aquí como un frágil ser humano. ¡Eso es amor!

La humillación de sí mismo de nuestro Dios Jesucristo avanzó hasta un nivel más profundo aún. Como si no bastase rebajarse a la forma de la criatura, también se ofreció como siervo de esta. Toda la vida de Jesús aquí en la tierra fue de servicio y abnegación.

Cristo podría haber exigido honra, gloria y reconocimiento de parte del pueblo y de sus discípulos. Pero, al contrario de toda y cualquier expectativa, él comía con los pecadores, aliviaba el sufrimiento de los afligidos por el pecado, sanaba enfermos, alimentaba a los hambrientos y consolaba a los cansados, cuando



Wanderley Scottgagna

él mismo iba a necesitar consuelo por todo el peso que llevaba sobre sus sagrados hombros. Sin embargo, no pensaba en sí mismo. Olvidándose de su propio sufrimiento, lo transformaba en motivación para salvar a las personas.

Como si no bastase todo esto, incluso lavó los pies de los discípulos. Y en el auge de su dolor, colgado en la cruz, se acordó de su madre y le pidió a Juan que la cuidara. Qué amor es ese que es capaz de olvidar-se de sí mismo para hacer felices a los demás, que no le dan valor y que muchas veces no reconocen su abnegado sacrificio. A veces pienso en cómo contemplaron los ángeles aquellas escenas de entrega total. Tal vez ni ellos, que conocían en mayor profundidad el carácter de Dios, hubiesen imaginado que el amor divino pudiese ir tan lejos, al punto de que Jesús se entregara a la muerte en aquella terrible cruz.

Exactamente por su muerte y resurrección es que Jesús también es diferente de cualquier supuesto salvador de la humanidad. Él es el único que se resucitó a sí mismo. Él afirmó tener poder para eso: “Entrego mi vida para volver a recibirla” (Juan 10:17). Jesús no dependía de algún otro ser para resucitar. Él es la resurrección misma, pues la muerte no puede contener al autor de la vida. Entonces, si nuestro Salvador es la vida, si tiene poder para recibirla, incluso estando muerto, ¿no puede resucitarnos del polvo de la tierra? ¡Ciertamente, sí!

Esa es la seguridad que debemos tener en nuestro corazón, que todo aquel que cree en el nombre del Hijo de Dios no necesita temer a la muerte, porque tenemos un Dios que tiene poder sobre la muerte. Nuestro temor debe ser el de apartarnos de este Salvador amante, pues lejos de la Vida caminamos hacia la muerte. La esperanza del cristiano en Jesús va más allá de la muerte. Él nos dejó la confortante promesa: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida” (Apoc. 2:10).

¡Jesús es maravilloso! Entonces, ¿por qué hablamos tan poco con respecto a él? ¿Por qué damos más atención a discusiones infructíferas, perdiendo tiempo con programas de televisión y lecturas que no agregan ningún valor a nuestra vida, cuando deberíamos estar meditando en la vida del Ser más increíble de todo el universo? Jesús debe ser el tema de nuestras conversaciones, el centro de nuestros pensamientos, el blanco de nuestras acciones y la razón de nuestra vida.

Aquella mujer que compró mis libros aquella tarde calurosa y sofocante me enseñó una lección que jamás olvidaré: Las personas están cansadas de sermones técnicos y de programas especiales que en-

tretienen más de lo que nutren la vida espiritual. Lo que anhelan, desesperadamente, es conocer a Jesús, el Hijo de Dios. Desean encontrarse con él para poder experimentar la paz y el amor que solamente él puede concederles. Son como aquellos griegos que le preguntaron a Felipe si podían ver a Jesús (Juan 12:20–23). No pidieron milagros, explicaciones teológicas acerca del mesianismo o cualquier otra cosa importante, pero que no era fundamental. Querían conocer a Jesús.

Cuántas personas están pereciendo a nuestro alrededor, anhelando ser tocadas por Jesús y nosotros no lo estamos revelando al mundo. Nuestros vecinos, amigos, compañeros de trabajo y de facultad andan ansiosos por algo que le dé sentido a sus vidas. Buscan respuestas para sus angustias más profundas. Y como nosotros no los conducimos a Jesús, se están perdiendo, yendo al encuentro de falsos salvadores que solo pueden ofrecer nada. Cavan cisternas rotas, mientras nosotros tenemos el agua de vida y no mitigamos su sed. Eso ocurre porque tenemos miedo o por la vergüenza de exponernos. Tales personas están perdidas y nos olvidamos de presentarles el Camino. La doctrina y las profecías son importantes, pero no valen de nada si no conducen a Jesús. Él es el camino, la verdad y la vida. Presentemos a Jesús a las personas. Exaltemos la cruz. Compartamos su amor. ¡Y el mundo conocerá el poder del evangelio! Sin embargo, no se puede dar aquello que no se tiene.

Para reflexionar:

De manera práctica, ¿cómo puede mejorar tu vida hoy el hecho de que Jesús es tu Salvador? ¿Qué lecciones puedes sacar para tu vida de la manera en que trató a las personas?

Por la gracia y el poder del Espíritu Santo coloca en tu corazón la siguiente decisión: *Hoy quiero vivir como Jesús vivió. Quiero amar como él amó.* Durante las próximas 24 horas ora en relación con este asunto.

DIOS EL ESPÍRITU SANTO



o, podríamos decir, más revelada. Él da las profecías, conduce a las personas, bautiza a quien cree, concede dones y da poder para que el evangelio sea llevado a los confines del mundo.

Lo que queda claro en la Biblia, de acuerdo con lo que aprendimos en el Seminario de Enriquecimiento Espiritual III, es que el Dios Espíritu Santo es una persona real, que siente, actúa y toma decisiones. Siendo así, es un ser real y completo, pues piensa, siente y actúa. Lo que puede ser complicado es el nombre por el cual lo conocemos. Cuando hablamos de Jesús tenemos un nombre, por decirlo de alguna manera, real; además de conocerlo como el Hijo. El Padre, a pesar de no tener un nombre humano, tiene una designación al relacionarlo con el Hijo,

que establece, de cierta manera, una relación entre dos personalidades, ya que difícilmente consideramos, o comprendemos, a un padre y un hijo que no sean dos personas.

Mi Dios Espíritu Santo

Millares de personas tienen una comprensión equivocada de Dios Espíritu Santo. Por eso caen en el engaño satánico de pensar que una posesión (en realidad demoníaca) o un éxtasis de sentimientos y emociones descontroladas son manifestaciones de su santa presencia. O, en el otro extremo, por temor a esas manifestaciones, se apartan completamente de su influencia e intentan vivir un cristianismo frío, no envolvente y sin poder para transformar la vida.

Dios Espíritu Santo aparece por primera vez en las Sagradas Escrituras en el relato de la creación de nuestro mundo, yendo y viniendo “sobre la superficie de las aguas” (Gén. 1:2). David pide que el Espíritu Santo no sea retirado de él (Sal. 51:11). En Isaías 63:10 se dice que el Espíritu Santo puede ser contristado. En los evangelios y demás libros del Nuevo Testamento el Espíritu Santo aparece de manera más explícita

que establece, de cierta manera, una relación entre dos personalidades, ya que difícilmente consideramos, o comprendemos, a un padre y un hijo que no sean dos personas. Cuando pensamos en el nombre “Espíritu Santo”, que le damos a la tercera persona de la Deidad, viene a nuestra mente, influida por la cultura greco-romana, la idea de algo no material, no físico, algo como un humo, una sombra, una neblina. En fin, es difícil visualizar al Espíritu Santo en pie de igualdad junto con el Padre y el Hijo. Es, tal vez, por esta percepción que algunas personas entienden mal a la persona del divino Espíritu Santo, tratándolo como si fuese algo sin forma, sin mente, sin personalidad, un no-ser, una energía o una especie de forma activa de Dios.

Cualquier definición que difiera de la que afirme que el Espíritu Santo es Dios, tanto como el Padre o el Hijo, es contraria a la Biblia y no es fruto de la Revelación, sino un intento de adaptar la Palabra de Dios a aquello que nuestra mente quiere creer, o sea, un vil engaño.

Incluso entre aquellos que dicen creer en lo que la Biblia revela, hay algunos que ven al Espíritu Santo



como una mera fuerza que puede ser dominada, o una energía que debe ser transmitida, como si él fuese una especie de poder místico, o incluso mágico, que puede ser manipulado por el ser humano. Eso es una blasfemia. Es de esa forma que algunos líderes religiosos han lidiado con Aquel que es bendito eternamente.

Sin embargo, principalmente entre los miembros de nuestra iglesia, las personas, por miedo a desviarse del camino, o incluso por tener una religión ritualista, controlada y definida por ellas mismas, ignoran la presencia del Señor Espíritu Santo en los cultos y hasta lo expulsan de su propia vida. Pero, nos olvidamos de que no es posible vivir el cristianismo verdadero sin la presencia del Espíritu Santo como guía de nuestras vidas. Cualquier intento de religión sin comunión diaria y real con él será un fracaso y llevará a que nos enfriemos en el liberalismo o en la falsa experiencia del legalismo. En ese caso, la religión se resumirá en rituales y costumbres, será fría y vacía de sentido, será una religión que no transforma y, además de todo esto, del tipo que no conduce al cumplimiento de la misión.

El mismo Jesús dijo que el Señor Espíritu Santo sería nuestro Consolador, que estaría siempre a nuestro lado, y que convencería al mundo de pecado, de justicia y de juicio. ¿Puedes imaginar una vida cristiana sin estos elementos? ¡Es imposible! Entonces, creo que una cuestión queda bien clara en nuestra mente: necesitamos, urgentemente, del Señor Espíritu Santo en nuestra vida.

La presencia del Señor Espíritu Santo no lleva a la esclavitud mental. Jamás hará que un éxtasis de sentimientos des gobierne tu sentido de la realidad. Jesús fue el mayor ejemplo de la actuación del Espíritu Santo en la vida de una persona, y no conocemos ningún relato que diga que él quedaba en trance, saltando, gritando, girando, contorsionándose o hablando en lenguas sin sentido. En realidad, conocemos a un Jesús manso, suave y gentil, con el control total de sus emociones, con mente abierta y liberada por el po-

der de la verdad. Y así debe ser en la vida del cristiano sincero. La presencia del Espíritu Santo en nuestra vida traerá paz y serenidad. Liberará nuestra mente de los engaños satánicos por el poder de la verdad de su Palabra, y hará de nosotros hijos e hijas de Dios.

Parafraseando a Martin Luther King, puedo decir que “yo tengo un sueño”. Ese sueño está constantemente delante de mis ojos. Anhele el día en el que el pueblo de Dios, con la fuerza y la libertad que trae la verdad, y repleto con el poder de la presencia del Señor Espíritu Santo en la vida, proclamará este mensaje maravilloso de modo tan espectacular y sorprendente que nadie será capaz de impedirlo. Tal poder ya fue visto en escala reducida en los tiempos apostólicos. Sin embargo, está a disposición de todo aquel que lo desea y lo busca intensamente. ¡Eso es lo que nos falta! Necesitamos del Señor Espíritu Santo en nuestras vidas hoy, ahora, en este instante. ¿Ya clamaste a Dios por eso hoy?

El Señor Espíritu Santo es real. No es una energía vacía. Es una persona y, por lo tanto, tú puedes comunicarte y relacionarte con él.

Para reflexionar:

Un amigo siempre me repetía una frase que decía: “El mundo desconoce el poder de un hombre entregado al Espíritu Santo al ciento por ciento”. E inmediatamente me preguntaba: “¿tú serás ese hombre?”. En el nombre de Jesús, ¡responde “Sí”! Pídele ahora al Espíritu Santo: “Bautízame una vez más de acuerdo con lo que haces todos los días y dame ese poder vivificante y santificador para las próximas 24 horas”. De acuerdo con lo que aprendiste en el Seminario de Enriquecimiento Espiritual III, vive hoy en la plenitud de la bendición del Cielo y lleva esa atmósfera a todas las personas con quienes entres en contacto.



LA CREACIÓN

Hechos para otro mundo

“Mira hacia afuera. ¡Mira el cielo!” Mi esposa repetía la orden cada vez que nuestra hijita Marcella (que en ese entonces tenía un año y medio de edad) insistía en jugar mirando el suelo del auto. Viajábamos rumbo a la ciudad de Lavras, en el estado de Minas Gerais, a fin de participar de una semana de clases en un curso de posgrado en la Facultad Adventista de Minas Gerais (Fadminas), donde yo dictaba clases de Ciencia y Religión. La carretera estaba bastante sinuosa y, cuando faltaban unas dos horas para llegar a la facultad, Marcella comenzó a sentirse descompuesta, justamente por no prestarle atención al consejo de la madre. Tuvimos que parar el auto para que ella se pudiera recuperar.

En esta jornada por la vida, debemos siempre recordar este consejo: “¡Mira hacia el Cielo, mira más allá!” Cuando concentramos nuestra atención solamente en las cosas de este mundo, en las banalidades

de los medios de comunicación, en las conversaciones frívolas, en las teorías humanas, la vida se hace desagradable como un viaje mareado, sin sentido y vacía. Muchos viven fastidiados, se acaban acostumbrando al malestar y tal vez ignoren el remedio.

En el libro *Cristianismo Puro e Simples* [Cristianismo puro y simple], C. S.

Lewis escribe: “Las criaturas no nacen con deseos, a menos que exista satisfacción para ellos. Un bebé siente hambre: bien, existe una cosa llamada comida. Un patito quiere nadar: bien, existe una cosa llamada agua. [...] Si yo encuentro en mí mismo un deseo que ninguna experiencia en este mundo puede satisfacer, la explicación más probable es que fui hecho para otro mundo”.

Hechos para otro mundo. Por eso es bueno estar constantemente mirando hacia allá, para no olvidarnos de nuestro origen y de nuestro destino. En Colosenses 3:1 y 2, el apóstol Pablo aconseja: “Ya que han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios. Concentren su atención en las cosas de arriba, no en las de la tierra”. Cuando aceptamos a Jesús como Salvador y Señor, experimentamos el nuevo nacimiento, un nuevo origen, y le damos un nuevo rumbo a nuestra vida. Las “cosas de arriba” comienzan a tener precedencia sobre las cosas temporales, pasajeras. Al mirar hacia lo alto, la existencia aquí en la tierra asume un nuevo sentido y las cosas son colocadas en su debida posición. El viaje se hace placentero y, aunque vengan curvas y obstáculos en el camino, se hace más fácil transponerlos.

Cuando te sobrevenga el desánimo y el “mareo” que acometen a los viajeros de la vida, no te olvides: mira para lo alto, mira para el Cielo, mira a Jesús. Recuerda que tú tienes un noble origen y un futuro maravilloso.

Creados en un jardín, no en una caverna

Es justamente esa comprensión de nuestro origen

y de nuestro destino como humanos que el enemigo de Dios lucha por nublar nuestra mente, para que volvamos los ojos hacia abajo y quedemos descompuestos. Y es amplio el menú de teorías de las que dispone. Una de ellas, el evolucionismo.

Apocalipsis 14:6 y 7 dice: “Luego vi a otro ángel que volaba en medio del cielo, y que llevaba el evangelio eterno para anunciarlo a los que viven en la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo. Gritaba a gran voz: Teman a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adoren al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales”.

Si Juan hubiera usado una computadora para registrar la visión, diríamos que “copió” parte del texto de Éxodo 20:11 y lo “pegó” en su libro profético. Apocalipsis 14 llama nuestra atención a una cuestión determinante de la adoración: debemos temer (respetar) a Dios. ¿A qué Dios? Al todopoderoso y único Dios creador del universo, nuestro creador y redentor.

Sin embargo, el evolucionismo afirma que todos los seres vivos en la Tierra evolucionaron a partir de un ancestro en común que habría surgido en el pasado remoto. Para los evolucionistas naturalistas, Dios es innecesario en este proceso. Somos solamente animales racionales. Nada tenemos de especial en relación con los otros seres, a no ser la capacidad mental. Y hay más: la historia de la creación, tal como es relatada en el libro de Génesis, sería apenas un mito. Pura leyenda o alegoría.

Sucede que cuando desconsideramos el relato bíblico de la Creación, ocasionamos un efecto dominó en toda la teología cristiana. Si no hubo un árbol del conocimiento del bien y del mal ni la transgresión voluntaria de nuestros primeros padres, consecuentemente la muerte, las enfermedades y el dolor son inherentes a la creación. ¿Para qué habría muerto Jesús, si el pecado forma parte de una historia mitológica? Y el regreso de Jesús para rescatar a quienes aceptaron la redención, ¿sería otro mito? Obviamente que no.

La verdad es que la doctrina de la creación le confiere sentido a la vida justamente porque muestra el tipo de existencia que Dios proyectó para sus criaturas. En el mundo ideal de Dios, seres dotados de libre albedrío vivirían felices, libres del sufrimiento y capaces de desarrollar todas las maravillosas facultades con que fueron dotados. El pecado estragó todo, pero el plan de la recreación está de pie y es gratuitamente ofrecido por Jesús a cada ser humano. Mientras el nuevo cielo y la Tierra Nueva no llegan, Dios nos presenta en su Palabra la guía para una vida plena, incluso aquí, de este lado de la eternidad:

* Alimentación: Génesis 1:29 nos presenta la dieta apropiada para el ser humano.

* Matrimonio: Génesis 2:24 muestra el tipo de relación ideal entre el hombre y la mujer: (1) ambos dejan la casa de los padres, (2) se casan, (3) se transforman en “una sola carne”. Esa es la secuencia de eventos que, cuando es seguida, hace del casamiento una bendición.

* Mayordomía: Génesis 1:28 muestra que Dios encargó al hombre y a la mujer de cuidar la naturaleza, como buenos administradores. Eso es compromiso ecológico.

* Trabajo: El hecho de que el creador haya colocado al primer matrimonio en un jardín, para que ellos lo cuiden, revela desde los inicios de la historia de este planeta la nobleza y la importancia del trabajo.

Resumiendo: el relato de la creación en Génesis ofrece los pilares de la vida con propósito. Si no fuimos creados como la Biblia registra, la moral, la santidad del matrimonio, los valores éticos, etc., son vaciados de sentido. Si solamente somos animales racionales, ¿por qué deberíamos confiar en nuestros padrones de conducta? Al final, “si Dios no existe, todo está permitido”, como tan bien lo expresó Dostoievski.

Gracias a Dios, Jesús vino a este mundo en la condición de segundo Adán para mostrarnos que hay esperanza para la humanidad. Refiriéndose a la resurrección de Cristo, el escritor G. K. Chesterton dice que “[los amigos de Cristo] estaban contemplando [...] el primer día de una nueva creación, con un nuevo cielo y una Nueva Tierra, y, bajo las apariencias de un jardinero, Dios paseaba nuevamente por el jardín, no en el fresco de la noche, sino en el amanecer” (Citado por James Stuart Bell y Anthony P. Dawson, en *La biblioteca de C.S. Lewis*, p. 46).

Recuerda: fuimos hechos para otro mundo y debemos mirar hacia lo alto, al mundo que vendrá y que perdimos por algún tiempo. Pero que será nuestro de nuevo, si aceptamos a Jesús como Salvador y permitimos que él nos vuelva a crear.

(Michelson Borges, periodista y editor en la Casa Publicadora Brasileira; mantiene el blog: www.criacionismo.com.br)

Para reflexionar:

Tu origen está inseparablemente relacionado con el Dios creador de los cielos y de la tierra.

¿De qué forma esto te puede ayudar en tu vida hoy?

Piense y ore sobre eso durante las próximas 24 horas.

LA NATURALEZA DEL HOMBRE

La afirmación de que Dios creó los cielos y la tierra ha causado mucha crítica, indiferencia y escepticismo. La comprensión de esas discordias está en el conflicto entre el bien y el mal. Al presentar el evolucionismo como verdad, el enemigo de Dios intenta derrumbar muchos de los pilares que fundamentan la fe cristiana, como por ejemplo, el sábado. Si el ser humano y la tierra vinieron a la existencia por un proceso evolutivo, no hubo una semana de creación y, consecuentemente, nunca existió el sábado como el séptimo día de la semana. En consecuencia, los diez mandamientos de la Ley de Dios pierden toda su veracidad.

La explicación más segura para los orígenes del mundo es la que está en la Biblia: Dios es el creador. En sus planes estaba la idealización de un lugar donde los seres humanos pudiesen tener su hábitat ideal para crecer y desarrollarse. “El Padre y el Hijo emprendieron la grandiosa y admirable obra que habían proyectado: la creación del mundo. La tierra que salió de las manos del Creador era sumamente hermosa” (Elena de White, *La historia de la redención*, p. 20).

“Pues lo hiciste poco menos que un dios, y lo coronaste de gloria y de honra; lo entronizaste sobre la obra de tus manos, todo lo sometiste a su dominio: todas las ovejas, todos los bueyes, todos los animales del campo, las aves del cielo, los peces del mar y todo lo que surca los senderos del mar” (Sal. 8:5-8). El salmista estaba refiriéndose al hombre que salió de las manos del Creador.

No había en toda la naturaleza alguien a quien Dios le hubiese confiado tantos poderes. Al hombre, Dios le dio vida, poder de elección, reproducción y autoridad. El ser humano iba a poder decidir, pensar



y reflexionar. También iba a poder generar nuevas vidas, iba a tener autoridad, inteligencia y dominio sobre todo lo que fue creado en la tierra.

Fue una semana entera de creación, con tantos elementos creados y conducidos para un propósito final: la creación del hombre y de la mujer. Por una semana Dios invirtió su tiempo en producir un mundo que sería la morada de ese matrimonio.

Elena de White dice: “El hombre estaba dotado originalmente de facultades nobles y una mente bien equilibrada. Era perfecto y estaba en armonía con Dios. Sus pensamientos eran puros; sus designios, santos. Pero por causa de la desobediencia, sus facultades se pervirtieron y el egoísmo tomó el lugar del amor. Su naturaleza se debilitó tanto por causa de la transgresión, que le fue imposible, por su propia fuerza, resistir el poder del mal. Fue hecho cautivo por Satanás, y hubiera permanecido así para siempre si Dios no hubiese intervenido de una manera especial. El

propósito del tentador era frustrar el plan divino en la creación del hombre, y llenar la Tierra de miseria y desolación. Quería señalar todo este mal como el resultado de la obra de Dios al crear al hombre” (Elena de White, *El camino a Cristo*, edición 2007, p. 11).

Al describir la formación del hombre, la Biblia dice que este fue formado del barro y Dios sopló en él aliento de vida (Gén. 2). Así, barro + aliento = “alma viviente” (Gén. 2:7). La vida recibida de Dios debía ser eterna, en el caso que el hombre continuase siendo obediente a las órdenes de Dios. Si pecase, moriría y finalmente volvería al polvo; como dice Eclesiastés 12:7, donde el Sabio dice: “Volverá entonces el polvo a la tierra, como antes fue, y el espíritu volverá a Dios, que es quien lo dio”.

Al intentar hacer caer al primer matrimonio, el enemigo de Dios negó la seriedad y la gravedad del pecado, con su frase mentirosa: “¡No es cierto, no van a morir!” (Gén. 3:4). Elena de White dice que él hizo eso por envidia. “Satanás fue una vez un ángel a quien se honraba en el cielo, el que seguía en orden a Cristo. Su semblante, como el de otros ángeles, era benigno y denotaba felicidad. Su frente, alta y espaciosa, indicaba poderosa inteligencia. Su figura era perfecta, y su porte noble y majestuoso. Pero cuando Dios dijo a su Hijo: ‘Hagamos al hombre a nuestra imagen’, Satanás sintió celos de Jesús. Deseó que se le consultase acerca de la formación del hombre, y porque esto no se hizo, se llenó de envidia, celos y odio. Deseó recibir los más altos honores después de Dios, en el cielo” (Elena de White, *Primeros escritos*, p. 145).

¿Cuál era el plan de Dios al colocar su imagen en el ser humano? La creación del hombre a imagen de Dios es uno de los mejores medios para comprender a Dios.

Dios creó al hombre como un ser integral. Dios es, en ese sentido, también un ser integral, total. Nada sucede, en cualquier parte del universo, desde la caída de un gorrión hasta el llanto de uno de sus hijos, sin que él lo vea. No solamente creó el universo, sino que también lo mantiene continuamente. Toda la natura-

leza es importante para Dios. Él consideró todo era muy bueno; y ese “todo” incluía al ser humano, comisionado por Dios para cuidar de los demás seres creados, además de cuidar su propio cuerpo.

Dios no solamente nos creó indivisibles (no tenemos “un alma”, sino que somos “un alma viviente”), sino también libres. Eso también refleja la imagen de Dios en el hombre. Nuestra capacidad de ir más allá, no solamente de descubrir, sino de ser conscientes de todo el proceso de descubrimientos, es lo que nos da una calidad única entre todas las criaturas de la Tierra.

Cuando Dios deseó miríadas de ángeles, Dios creó miríadas de ángeles. Sin embargo, cuando quiso poblar la Tierra con seres humanos, creó solamente dos: un hombre y una mujer. Y los hizo compartir el cuidado de las cosas y los seres creados. Eso

significa que, en cierta forma, ellos serían responsables por el carácter de todas las generaciones futuras. Dios también permitió que los seres humanos pensaran y actuaran, no que simplemente reaccionaran, y que incluso pudieran discordar con sus ideas. Y cuando nuestros primeros padres se rebelaron contra Dios y sus órdenes, él no los rechazó simplemente ni los abandonó como un padre chasqueado. Dios, que había ideado el plan de la salvación antes de crear al hombre, iba a poner en práctica dicho plan a través de la encarnación de su Hijo, Jesucristo.

Todo lo que el enemigo de Dios nos robó por medio del pecado, Jesús nos lo restituyó por medio de su sacrificio. La imagen y la semejanza divinas en el ser humano serán completamente restauradas por medio del sacrificio de Jesucristo, el “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).

Para reflexionar:

¿De qué forma el hecho de haber sido creado a la imagen y la semejanza de Dios puede mejorar mi autoestima? ¿Cómo ayuda esta verdad en mi relación con las demás personas? Dios me dotó de todos los recursos para que pueda vivir con dignidad hoy. Ora y piensa en esto durante las próximas 24 horas.



EL GRAN CONFLICTO

□ ¿Ya te pusiste a pensar en que estás participando de una guerra donde tu enemigo te sigue invisiblemente a cada paso que das? ¿Pensaste alguna vez que él usa toda su astucia y estrategia de engaño para derrotarte? ¿Eres consciente de que en este conflicto está en juego la salvación diaria? Nuestra jornada de hoy focalizará la necesidad de comprender y considerar la importancia de esta enseñanza de Cristo y la extrema necesidad que tenemos de entender plenamente la Palabra de Dios como nuestra única salvaguardia contra este enemigo.

¿Dónde comenzó y cuál fue el desenlace de este gran conflicto, en su fase inicial? ¿Hacia dónde fue transferido? ¿Cómo volvió a actuar el enemigo en ese nuevo ambiente? ¿Cómo fue derrotado y cómo podemos salir victoriosos en este conflicto? Meditemos en las respuestas.

Dónde comenzó el conflicto

“Se desató entonces una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron al dragón; éste y sus ángeles, a su vez, les hicieron frente, pero no pudieron vencer, y ya no hubo lugar para ellos en el cielo. Así fue expulsado el gran dragón, aquella serpiente antigua que se llama Diablo y Satanás, y que engaña al mundo entero. Junto con sus ángeles, fue arrojado a la tierra” (Apoc. 12:7–9).

Es posible que en este momento tengas algunas preguntas. ¿Por qué pecó Lucifer? Ya que Dios sabía las consecuencias del pecado para el universo, ¿por qué no destruyó al ángel rebelde cuando comenzó su rebelión, antes de que engañase a otros ángeles?

Para que podamos estudiar este tema, desde la perspectiva correcta, vamos a escuchar la palabra profética: “Satanás estaba decidido a echar por tierra el plan de Dios. Ni debíamos intentar comprender los motivos por lo que el ser más cercano a Cristo en los atrios celestiales introdujo la envidia y los celos en las huestes angelicales. Les comunicó a muchos su insatisfacción, y hubo una guerra en el cielo que culminó con la expulsión de Satanás y de sus simpatizantes. No necesitamos concentrar nuestra mente a fin de desentrañar la razón por la que Satanás actuó como lo hizo. Si hubiese razón, habría una excusa para el pecado. Pero el pecado no tiene justificación alguna. No hay razón por la que los seres humanos transiten por el mismo terreno que anduvo Satanás” (Elena de

White, *Cristo triunfante*, p. 21).

Lo que podemos entender es que, aunque el surgimiento del pecado sea inexplicable e injustificable, sus raíces pueden ser encontradas en el orgullo de Lucifer. Los pasajes de Ezequiel 28:17 e Isaías 14:13 y 14 dejan claro que, por causa del orgullo, Lucifer se rebeló contra Dios, su carácter y su ley. Por causa de esa rebelión, Satanás se transformó en adversario y enemigo de Dios. Después de ser rechazado en todos los mundos no caídos, decidió establecer su reino aquí, en la Tierra.

El conflicto vino a la Tierra

“Luego de ser expulsado del cielo Satanás decidió establecer su reino en este mundo. Por su medio el pecado entró en el mundo y con el pecado la muerte. Al escuchar su versión tergiversada de Dios, Adán cayó desde su elevada posición y un diluvio de aflicciones se derramó sobre nuestro mundo” (Elena de White, *Cristo triunfante*, p. 21).

Cristo, quien derrotó a este enemigo en el Cielo, afirmó: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (Luc. 10:18).

Viviendo felices diariamente en la presencia del Padre, como antes vivía la tercera parte de los ángeles que pecaron, el matrimonio edénico, inexplicablemente, fue seducido y engañado. No había disculpas para colocarse contra Dios dudando de sus palabras y de su amor. “La transgresión de Adán no tiene justificación. Dios había hecho provisión para satisfacer todas sus necesidades. No necesitaba nada más. Sólo se estableció una prohibición [...]. Y Satanás usó esta limitación con el fin de diseminar sus sugerencias malévolas” (Elena de White, *Cristo triunfante*, p. 21).

Con la caída de Adán y Eva, el nuevo planeta estaría para siempre arruinado por el pecado, y el ser humano se degradaría y se pervertiría de tal forma que se haría igual al propio Satanás. Estaría eternamente perdido.

Solo había una salida para que Dios fuese justo y amoroso al mismo tiempo: cumplir con el plan de la redención (Apoc. 13:8), por medio de su Hijo, “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Sin vacilar ni dudar, el Padre le hizo a Adán y a Eva la primera promesa de salvación, diciéndole a la serpiente, instrumento del enemigo de Dios: “Pondré enemistad entre tú y la mujer, y entre tu simiente y la de ella; su simiente te aplastará la cabeza, pero tú le morderás el talón” (Gén. 3:15).

De la misma forma que inexplicablemente ocurrió

el “misterio de la iniquidad”, también sería necesario el misterio inexplicable del amor: la venida del Siervo sufriente mencionado en Isaías 53 (lee este capítulo, medita en él y considera el contraste entre estas fuerzas antagónicas).

Por medio del pecado, era el plan del enemigo de Dios hacer de cada criatura un ser igual a sí mismo. Rápidamente se dio cuenta de que eso era imposible. ¡Cómo debió haberse alegrado al ver a su primer seguidor, Caín, hacer lo que él mismo le haría a Cristo! ¡Cómo debió haber vibrado, al percibir que las multitudes antediluvianas estaban haciendo exactamente lo que él quería! La raza humana fue tan lejos que tuvo que ser destruida por un diluvio, debido a su pecaminosidad y depravación. Pero el enemigo no desistió. Continuó su obra maléfica con los descendientes de Noé, prolongándola hasta nuestros días. “Pero cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su Hijo” (Gál. 4:4) para ponerle fin a la acción del Enemigo. El Cordero “que fue sacrificado desde la creación del mundo” (Apoc. 13:8) debía manifestarse, de acuerdo con lo que las Escrituras predecían.

Cómo fue derrotado

“A la muerte de Cristo, Satanás comprendió que había sido derrotado. Vio que su verdadero carácter había sido revelado claramente a todo el cielo, y que los seres celestiales y los mundos que había creado Dios estarían plenamente de parte de Dios. Vio que quedarían definitivamente cortadas sus perspectivas de futura influencia sobre ellos. La humanidad de Cristo demostraría por los siglos eternos la cuestión que definía la controversia” (Elena de White, *Mensajes selectos*, t. 1, p. 299).

Pero el enemigo no desiste de atacar a toda persona que cree en el Hijo de Dios y arremete de día y de noche. Nos dice la Palabra de Dios: “Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales” (Efe. 6:12).

Como ser un vencedor

“Ellos lo han vencido por medio de la sangre del Cordero y por el mensaje del cual dieron testimonio” (Apoc. 12:11).

Detente por un momento y medita: El pecado arruina, destruye, hace del hombre un enemigo de Dios. Pero la sangre de Cristo nos purifica de todo pecado, aunque sea como la escarlata. Ora y alaba a Dios por la dádiva de su Hijo.

Cristo nos proporciona todo lo que necesitamos para que vencamos las tentaciones del enemigo de Dios: su Palabra, su ejemplo, su sangre, su gracia, su misericordia, su Espíritu. Pero debemos apropiarnos de todos esos medios. Y es allí donde tenemos que hacer nuestra parte. Debemos decidir usar las armas del Cordero. El uso que hagamos de ellas determinará nuestra victoria o nuestra derrota.

Podemos ser victoriosos en este conflicto cuando decidamos buscar diariamente los recursos divinos en la primera hora de cada mañana. Medita en este texto: “Bien sabe Satanás que todos aquellos a quienes pueda inducir a descuidar la oración y el estudio de las Sagradas Escrituras serán vencidos por sus ataques” (Elena de White, *El colportor evangélico*, p. 91).

Conclusión

Tenemos delante de nosotros una batalla, un conflicto por toda la vida, con el enemigo de Dios y sus seductoras tentaciones. Él empleará todos los argumentos, todos los engaños, para causar nuestra caída. Sabiendo esto, “debemos hacer esfuerzos fervientes, perseverantes, para ganar la corona de la vida. No debemos deponer la armadura ni dejar el campo de batalla hasta que hayamos ganado la victoria y podamos triunfar en nuestro Redentor. Mientras tengamos la mirada fija en el Autor y Consumador de nuestra fe, estaremos seguros. Pero debemos colocar nuestros afectos en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Por medio de la fe debemos elevarnos cada vez más en la adquisición de las gracias de Cristo. Contemplando diariamente sus incomparables encantos, debemos crecer más y más a la semejanza de su imagen gloriosa. Mientras vivamos así en comunión con el cielo, Satanás nos tenderá en vano sus redes” (Elena de White, *Mensajes para los jóvenes*, p. 102).

Para reflexionar:

Como vimos, en gran medida, nuestro mayor conflicto cada día es contra nuestro yo no consagrado. Sin embargo, cuando combatimos nuestras inclinaciones carnales con las armas del Cordero nos transformaremos en más que vencedores. ¿Cómo me puede ayudar esto a vivir mejor hoy? Ora y piensa en ello durante las próximas 24 horas.

17° día **VIDA, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE CRISTO**

Cada día estamos envueltos en una guerra y no podemos permanecer neutrales. Estamos del lado del bien o del mal, en cada pensamiento y acción. Las preguntas que nos debemos hacer son: ¿Qué debo hacer para estar siempre del lado del bien? ¿Cuál es el ideal del Padre para mi vida en las próximas 24 horas? En la jornada de hoy buscaremos la respuesta para estas y otras preocupaciones, al estudiar la vida, la muerte y la resurrección de Cristo.

La forma como Cristo vivió revela cómo desea el Padre que yo viva hoy. Por medio de su muerte, el Salvador provee liberación del pecado en todas sus manifestaciones. Él pagó todo lo que la justicia requería. Por su resurrección, venció la muerte, se hizo vencedor de la confederación de las fuerzas del mal y extendió los beneficios de su victoria a todos sus hijos.

La vida de Cristo: ejemplo de inspiración

Pedro vivió junto a Jesús durante todo su ministerio público y lo acompañó en las situaciones más diversas. Mira su testimonio: “Para esto fueron llamados, porque Cristo sufrió por ustedes, dándoles ejemplo para que sigan sus pasos. ‘Él no cometió ningún pecado, ni hubo engaño en su boca.’ Cuando proferían insultos contra él, no replicaba con insultos; cuando padecía, no amenazaba, sino que se entregaba a aquel que juzga con justicia” (1 Ped. 2:21–23).

Cristo vino como el segundo Adán, se revistió de humanidad y decidió no usar sus poderes divinos al enfrentar las dificultades y las tentaciones mientras vivió aquí. Como hombre, tuvo hambre y sed, sintió frío, cansancio, tristeza y hasta lloró. Pero nunca le dio lugar al diablo, ni cedió en ningún momento a las tentaciones. No hubo ninguna mancha de pecado en su vida.

Jesús vivía en la presencia del Padre en comunión y obediencia, desde la primera hasta la última hora del día. Él mismo afirmó: “Yo he obedecido los mandamientos de mi Padre” (Juan 15:10). Sus acusadores buscaban una forma de acusarlo, pero él los desafiaba diciendo: “¿Quién de ustedes me puede probar que soy culpable de pecado?” (Juan 8:46). “Él tenía poder infinito solamente porque era perfectamente obediente a la voluntad de su Padre. El segundo Adán soportó la prueba y la tentación para llegar a ser el dueño de toda la humanidad” (Elena de White,

Mensajes selectos, t. 3, p. 160).

Jesús vino para mostrar cómo deseaba el Padre que Adán viviese y cómo le gustaría que nosotros vivamos. Así como no hay excusa para el pecado de Adán, tampoco la hay para el nuestro. La palabra profética dice: “Cristo fue tentado en forma cien veces más cruel que Adán, y en circunstancias mucho peores en todo sentido. El engañador se presentó como un ángel de luz, pero Cristo resistió sus tentaciones. Redimió la vergonzosa caída de Adán y salvó al mundo” (Elena de White, *La maravillosa gracia*, p. 42).

“Cristo tomó sobre sí nuestra naturaleza y vivió nuestra vida para mostrarnos que es posible para nosotros ser semejantes a él” (Elena de White, *Dios nos cuida*, p. 82).

Antes de continuar, medita y ora con respecto al siguiente mensaje: “Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia. Entonces, cuando el Señor nos contempla, él ve no el vestido de hojas de higuera, no la desnudez y deformidad del pecado, sino su propia ropa de justicia, que es la perfecta obediencia a la ley de Jehová” (Elena de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 253, 254).

Por su muerte: rescate y salvación

En la cruz, Cristo unió y rescató a la raza humana. “Entró una sola vez y para siempre en el Lugar Santísimo. No lo hizo con sangre de machos cabríos y becerros, sino con su propia sangre, logrando así un rescate eterno” (Heb. 9:12).

Cristo invadió la fortaleza del imperio de las tinieblas y nos rescató definitivamente para su Reino. El apóstol Pablo registró así ese rescate: “Él nos liberó del dominio de la oscuridad y nos trasladó al reino de su amado Hijo” (Col. 1:13).

Aquellos que no tenían esperanza vieron la luz y la salvación. “Recuerden que en ese entonces ustedes estaban separados de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, a ustedes que antes estaban lejos, Dios los ha acercado mediante la sangre de Cristo. Por lo tanto, ustedes ya no son extraños ni extranjeros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios” (Efe. 2:12, 13, 19). Todos fuimos unidos en la dádiva de la cruz. La muerte que era nuestra, él la lle-

vó sobre sí y la vida que era de él pasó a ser nuestra.

Pero el ser humano debe hacer su parte: creer y recibir diariamente al Hijo como salvador y justificador: “[...] para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Y además agrega el apóstol Juan: “Y el testimonio es este: que Dios nos ha dado vida eterna, y esa vida está en el Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida” (1 Juan 5:11,12). El enemigo ahora no tiene ningún derecho más sobre aquellos que creen en Cristo. Ni siquiera la muerte puede separar al creyente de su Salvador: “Entonces Jesús dijo: Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá, aunque muera; y todo el que vive y cree en mí no morirá eternamente” (Juan 11:25, 26).

Por su resurrección: victoria sobre el imperio de la muerte

La resurrección era el tema central de la predicación de los apóstoles. El Cristo que había sido muerte, pero que había resucitado victorioso sobre la muerte y sobre el imperio del mal, volvería otra vez y sacaría a los muertos del sepulcro, concediéndoles la vida eterna.

Esa predicación atacaba directamente el odio del enemigo de Dios y de sus seguidores. ¿Puedes imaginar la segunda venida de Cristo sin la resurrección? Satanás ha intentado cegar a la humanidad en este tema con la doctrina de la inmortalidad. “Si al morir el hombre, su alma entraba en el gozo de la eterna felicidad o caía en la eterna desdicha, ¿de qué servía la resurrección del pobre cuerpo reducido a polvo?” (Elena de White, *Notas biográficas*, p. 55).

El apóstol Pablo destacó la relevancia de esta doctrina con las siguientes palabras: “Si no hay resurrección, entonces ni siquiera Cristo ha resucitado. Y si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación no sirve para nada, como tampoco la fe de ustedes. Aún más, resultaríamos falsos testigos de Dios por haber testificado que Dios resucitó a Cristo, lo cual no habría sucedido, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado. Y si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es ilusoria y todavía están en sus pecados. En este caso, también están perdidos los que murieron en Cristo. Si la esperanza que tenemos en Cristo fuera sólo para esta vida, seríamos los más desdichados de todos los mortales. Lo cierto es que Cristo ha sido levantado de entre los muertos, como primicias de los que murieron” (1 Cor. 15:13–20).

Es imposible que alguien crea en Cristo y no crea

en la doctrina de la resurrección. Al concluir, me gustaría que imagines cómo será el momento de la resurrección, cuando abracemos a nuestros seres queridos que murieron “en Cristo”. En oración, medita en las palabras del apóstol Pablo: “Fíjense bien en el misterio que les voy a revelar: No todo moriremos, pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque final de la trompeta. Pues sonará la trompeta y los muertos en Cristo resucitarán con un cuerpo incorruptible, y nosotros seremos transformados. Porque lo corruptible tiene que revestirse de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: ‘La muerte ha sido devorada por la victoria.’ ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? [...] ¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!” (1 Cor. 15:51–57).

Para reflexionar:

Lo que Cristo tiene reservado para nosotros es glorioso e inimaginable. Que ninguno de nosotros quede afuera de la vida eterna. El apóstol Pablo nos da el desafío para este día: “Por lo tanto, mis queridos hermanos, manténganse firmes e inmovibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que su trabajo en el Señor no es en vano” (1 Cor. 15:58).

¿De qué forma puede esto mejorar tu vida hoy? Ora y piensa en ello en las próximas 24 horas.



LA EXPERIENCIA DE LA SALVACIÓN

En su aspecto objetivo, la salvación no es solamente una doctrina, sino una persona. En su aspecto subjetivo, no ocurre en el vacío, sino por obra del Espíritu Santo, en la vida de cada ser humano que la acepta por fe en Cristo Jesús. En relación con el pasado, el pecador experimenta los aspectos iniciales de la salvación: la atracción, el arrepentimiento y la justificación y sus resultados.

El pecador es atraído a Dios por la manifestación del amor de Cristo, proclamado en la vida y la muerte de Jesucristo. “Pero yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo” (Juan 12:32). Cuando Cristo atrae a las personas con su amor eterno y su benignidad, son conducidas al arrepentimiento por la actuación del Espíritu Santo (Jer. 31:3; Ose. 2:14; 11:4). “Arrepiéntanse y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados” (Hech. 2:37, 38, 3:19). El arrepentimiento es un “cambio radical en nuestra actitud hacia Dios y el pecado” (*Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*, p. 133).

Bajo la actuación del Espíritu Santo los pecadores perciben la seriedad del pecado y sienten tristeza y culpabilidad por él. Sienten el deseo de confesarlo y abandonarlo, porque perciben que sus pecados ofenden la santidad de un Dios puro y bueno. El arrepentimiento verdadero, por lo tanto, lleva al pecador a renunciar a sus pecados y confesarlos (Lev. 5:5). De esta manera, el arrepentimiento alcanza su punto culminante en la conversión del pecador (ver, *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*, p. 133).

El arrepentimiento no es resultado del esfuerzo humano, aunque ocurra antes del perdón. El arrepentimiento es un don que Dios le da al pecador, quien es conducido por la bondad de Dios a esa experiencia, por la operación del Espíritu Santo quien “convencerá al mundo de su error en cuanto al pecado, a la justicia y al juicio” (Juan 16:8, cf. Hech. 5:31 y Rom. 2:4). El pecador es, de esta manera, perdonado y justificado. Cuando esto ocurre, es liberado de la culpa, de la condenación y del poder esclavizador del pecado. Se transforma en una persona espiritualmente libre. “Por lo tanto, no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús, pues por medio de él la ley del Espíritu de vida me ha liberado de la ley del peca-

do y de la muerte” (Rom. 8:1, 2). Justificación, por lo tanto, “es el acto divino por el cual Dios declara justo a un pecador penitente, o lo considera justo” (*Diccionario bíblico adventista*, p. 687).

La justificación abre el camino para otras realidades en la vida de aquel que fue justificado: santificación, adopción como hijos, certeza de la salvación, vida victoriosa y vida eterna (Rom. 8:29, 30, 33, 34).

La santificación sigue a la justificación. Ambas están íntimamente relacionadas, nunca separadas y siempre distintas. Por la justificación pasamos a tener derecho a la vida eterna. Por la santificación nos adaptamos a ella. La santificación es la actuación divina en la vida del pecador arrepentido que lo hace santo, o sea, separado para Dios. “Y en virtud de esa voluntad [la de Dios] somos santificados mediante el sacrificio del cuerpo de Jesucristo, ofrecido una vez y para siempre” (Heb. 10:10). “Y eso eran algunos de ustedes [impíos]. Pero ya han sido lavados, ya han sido santificados, ya han sido justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Cor. 6:11).

La santificación sigue al acto de la justificación, como un proceso que dura toda la vida. Es la búsqueda constante y continua de la semejanza con Cristo. Es el deseo íntimo de querer ser más santo cada día. Es la búsqueda de la perfección en todos los aspectos de la vida, por la obra del Espíritu Santo. Y ese proceso se inicia con la justificación, que es descrita por el apóstol Pablo, en Tito 3:3 al 7, como el lavamiento de la regeneración y de la renovación por el Espíritu Santo. Es en ese punto que la justificación y la santificación, aunque son distintas, se relacionan íntimamente en la vida del pecador. En la justificación el pecador recibe del Espíritu Santo el poder para vivir una vida santa, lo que el apóstol Pablo llama el lavamiento de la regeneración y la renovación por el Espíritu Santo. De esa manera, los hijos de Dios por creación fueron hechos hijos de Dios por perdón. Son ahora hijos adoptivos de Dios. No se debe, sin embargo, entender la adopción como inferioridad, sino –por el contrario– como superioridad. Los derechos de los hijos adoptados en el plan de salvación superan a aquellos que disfrutaban los hombres antes de la caída. Basta con citar el hecho de que el centro del gobierno de Dios va a transferirse al planeta Tierra y que el Señor habitará en la tierra recreada y renovada (Apoc. 21:1–3). Dios vivirá entre los hombres para siempre.

La justificación trae consigo la humilde certeza y la alegría de la salvación. Y, por el poder del perdón, tenemos una nueva vida en Cristo Jesús, una vida victoriosa (2 Cor. 5:17). De esta forma, intentando cada día tener mayor comunión con Dios y luchando contra las tendencias pecaminosas que habitan en nosotros, proseguimos en el camino cristiano convencidos de que Jesús ya tomó todas las providencias necesarias para darnos el derecho a la vida eterna. Nuestro carácter, por lo tanto, necesita ser transformado interiormente, porque el pecado alcanza mucho más que nuestro comportamiento. Está arraigado en lo más íntimo de cada persona. Es justamente ahí donde Dios actúa con el poder del Espíritu Santo para transformarnos de acuerdo con el modelo: Jesucristo.

Dios quiere actuar mucho más allá que en nuestro exterior. Él quiere transformar nuestra voluntad, nuestros deseos, nuestros sentimientos, pensamientos, carácter, estado y hasta nuestra naturaleza. Y está claro que Dios quiere cambiar nuestra apariencia, nuestros actos, nuestras palabras, actitudes, forma de vestir, estilo de vida, recreación, nuestros gustos musicales, todo.

La búsqueda de esta experiencia de renovación debe ser diaria. El apóstol Pablo dice que el hombre interior necesita ser renovado cada día, con el poder vivificante y santificador del Espíritu Santo (2 Cor. 4:16; Efe. 3:16). Esa fue la experiencia de Cristo en las primeras horas de cada mañana, al recibir el bautismo del Espíritu Santo. Aquellos que están viviendo en la práctica las enseñanzas del Seminario de Enriquecimiento Espiritual III también experimentan ese poder en la intimidad.

¿Por qué necesitamos de esa experiencia como creyentes justificados y santificados? El apóstol Pablo nos responde: “Para que por fe Cristo habite en sus corazones. Y pido que, arraigados y cimentados en amor, puedan comprender, junto con todos los santos, cuán ancho y largo, alto y profundo es el amor de Cristo; en fin, que conozcan ese amor que sobrepasa nuestro conocimiento, para que sean llenos de la plenitud de Dios. Al que puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir, por el poder que obra eficazmente en nosotros, ¡a él sea la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones, por los siglos de los siglos! Amén” (Efe. 3:17–21).

Para reflexionar:

Por medio de la gracia, el Señor Jesús opera diariamente mi justificación y santificación, proporcionándome el poder para vivir como un ser salvo. ¿Cómo debe afectar eso mi actitud en relación con mis hermanos en la fe y con la comunidad en general? Busca algún modo para compartir con alguien hoy esta experiencia de salvación. Piensa y ora sobre este asunto en las próximas 24 horas.



Dynamic Graphics

CRECIMIENTO EN CRISTO

“Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; y a otros, pastores y maestros, a fin de capacitar al pueblo de Dios [...]. Al vivir la verdad con amor, creceremos hasta ser en todo como aquel que es la cabeza, es decir, Cristo” (Efe. 4:11–15).

La hormona del crecimiento (HC) es una sustancia producida por una glándula en el cerebro llamada hipófisis. Esta hormona promueve el crecimiento durante la infancia y continúa teniendo un papel importante en el metabolismo durante la vida adulta. La deficiencia de esta hormona del crecimiento provoca varias anomalías, entre ellas, el enanismo (www.novonordisk.com.br y www.copacabanarunners.net).

Creer es una ecuación inseparable de la vida física y espiritual. El crecimiento físico exige cuidado, ambiente, alimento, ejercicio y entrenamiento adecuado, como también una vida que tenga un propósito. ¿Cómo crecemos en Cristo y maduramos como cristianos? ¿Cuáles son las evidencias del crecimiento espiritual?

La vida cristiana comienza con la muerte. En realidad, con dos muertes:

(1) La muerte de Cristo. La cruz está en el centro del plan de Dios para la salvación. Sin ella, el enemigo de Dios y sus fuerzas demoníacas no habrían sido derrotados, no habría sido resuelto el problema del pecado, ni aplastada la muerte. Sin la cruz, no podría haber perdón de los pecados, ni vida eterna ni victoria sobre el enemigo de Dios. La cruz fue el sacrificio supremo.

La verdad es que Cristo, al dar su vida en la cruz, aplastó el poder del enemigo. En la cruz el Salvador ganó la batalla. “Su mano derecha y su brazo santo le habían conquistado la victoria. Como Conquistador, plantó su estandarte en las alturas eternas. [...] Todo el cielo se asoció al triunfo del Salvador. Satanás estaba derrotado, y sabía que había perdido su reino” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, p. 462).

(2) La muerte del yo. El apóstol Pablo definió apropiadamente esta verdad al afirmar: “He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí” (Gál. 2:20).

La vida cristiana, por lo tanto, no comienza con el nacimiento. Comienza con la muerte. Hasta que el

“yo” muera, hasta que sea crucificado, no hay ningún comienzo. Elena de White expresa esta misma idea al declarar: “La vida del cristiano no es una modificación o mejora de la antigua, sino una transformación de la naturaleza. Se produce una muerte al yo y al pecado, y [surge] una vida totalmente nueva. Ese cambio puede ser efectuado únicamente por la obra eficaz del Espíritu Santo” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, p. 98). El apóstol Pablo habla tanto de la muerte al pecado como de la resurrección a una nueva vida, a través de la experiencia del bautismo: “¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús, en realidad fuimos bautizados para participar en su muerte? Por tanto, mediante el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó por el poder del Padre, también nosotros llevemos una vida nueva” (Rom. 6:3, 4).

Algo sucede con alguien que acepta a Jesús como Salvador y Maestro. Simón, el titubeante, se transformó en Pedro, el corajudo. Saulo, el perseguidor, se transformó en Pablo, el proclamador. Tomás, el incrédulo, se transformó en el misionero de ultramar. La cobardía dio lugar a la valentía. La incredulidad dio lugar a la antorcha de la fe. La envidia fue sustituida por el amor. El interés propio se deshizo, dejando aparecer la preocupación por el prójimo. No había más lugar para el pecado en el corazón. El “yo” estaba crucificado.

En la vida cristiana la muerte del “yo” no es una opción, sino una necesidad. Dietrich Bonhoeffer afirmó: “Si nuestro cristianismo dejó de ser serio en lo que se refiere al discipulado, si diluimos el evangelio transformándolo en puro éxtasis emocional sin ninguna exigencia costosa, a tal punto que ya no se puede distinguir entre la existencia natural y la cristiana, entonces consideraremos la cruz como nada más que una calamidad cotidiana ordinaria, como una de las provocaciones y tribulaciones de la vida. [...] Es la misma muerte cada día, la muerte en Jesucristo, la muerte del viejo hombre que respondió a su llamado” (*The cost of discipleship*, pp. 78, 79).

Un tercer aspecto del crecimiento en Cristo es vivir la nueva vida. Una de las mayores incomprensiones sobre la vida cristiana es que la salvación es una dádiva gratuita de la gracia de Dios, y se acabó la historia. Sí, la gracia es gratuita. Pero la gracia le costó la vida al Hijo de Dios. Gracia gratuita no significa gracia barata. Citando a Bonhoeffer otra vez: “Gracia barata es predicar sobre el perdón sin requerir el arrepentimiento; sobre el bautismo, sin la disciplina de la iglesia; sobre

la Santa Cena, sin la confesión; sobre la absolución, sin la confesión personal. Gracia barata es gracia sin disciplinado, gracia sin la cruz, gracia sin Jesucristo vivo y encarnado" (*The cost of discipleship*, p. 47).

El apóstol Pablo escribe a los corintios reforzando los resultados de la gracia en la vida del cristiano. Primero habla de su propia experiencia: "Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que él me concedió no fue infructuosa. Al contrario, he trabajado con más tesón que todos ellos, aunque no yo sino la gracia de Dios que está conmigo" (1 Cor. 15:10). El apóstol Pablo, por lo tanto, reconoce la supremacía de la gracia de Dios en su vida. De forma semejante, él ruega a los creyentes que "no reciban su gracia en vano" (2 Cor. 6:1).

Aunque no pueda ser vista naturalmente, la hormona del crecimiento tiene un papel fundamental en el crecimiento humano. Su resultado puede ser observado cuando los niños son medidos y el pediatra constata que el desarrollo de ellos está dentro de la normalidad. Así debe ser con todos aquellos que experimentaron el nuevo nacimiento: deben crecer hasta "una humanidad perfecta que se conforme a la plena estatura de Cristo" (Efe. 4:13). ¿Cuáles son las evidencias de ese crecimiento?

1. Una vida llena del Espíritu Santo. Sin el poder regenerador del Espíritu Santo la vida cristiana ni puede comenzar. Es el poder transformador y la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida lo que nos hace hijos e hijas de Dios (Rom. 8:14).

2. Una vida de amor y unidad. El pecado nos separó de Dios y dividió la humanidad en una multitud de fracciones: raciales, étnicas, de género, de nacionalidad, color, castas, etc. El apóstol Pablo afirmó: "Ya no hay judío, ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús" (Gál. 3:28).

3. Una vida de estudio. El alimento es esencial y básico para el crecimiento. Pero ¿dónde encontraremos nuestro alimento espiritual? Primordialmente en dos fuentes: en la Palabra de Dios y en la oración. Jesús demostró la importancia de la Palabra de Dios al afirmar: "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mat. 4:4).

4. Una vida de oración. Si la Palabra de Dios es el pan que alimenta nuestra espiritualidad, la oración es la respiración que la mantiene viva. "La oración", dice Elena de White, "es uno de los deberes más esenciales. Sin ella no puedes observar una conducta cristiana. Eleva, fortalece y ennoblece; es el alma en conversación con Dios" (Elena de White, *Testimonios para la*

iglesia, t. 2, p. 280).

5. Una vida que produce frutos. Producir frutos es un aspecto importante del crecimiento cristiano. La salvación por la gracia es frecuentemente considerada una negación de la obediencia y de la producción de frutos. Sí, somos salvos gratuitamente por la fe en lo que la gracia de Dios hizo por medio de Cristo, y nada tenemos, en nosotros mismos, para gloriarnos (Efe. 2:7, 8; Juan 3:16). Pero no somos salvos para hacer lo que nosotros querramos. Somos salvos para vivir de acuerdo con la voluntad de Dios.

6. Una vida de guerra espiritual. El disciplinado cristiano no es una jornada fácil. Estamos involucrados en una guerra real y peligrosa. Dice el apóstol Pablo: "Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales. Por lo tanto, pónganse toda la armadura de Dios, para que cuando llegue el día malo puedan resistir hasta el fin con firmeza" (Efe. 6:12, 13).

Dios no nos deja solos en esta guerra. Él nos dio la victoria en y a través de Jesús. "¡Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!" (1 Cor. 15:57).

7. Una vida de adoración, testimonio y esperanza. El crecimiento cristiano no ocurre en el vacío. Ocurre, por un lado, dentro de la comunidad de los redimidos y, por otro lado, como un testigo delante de la comunidad que necesita ser redimida. Sin la adoración colectiva, perdemos la identidad.

El crecimiento cristiano exige crecimiento en servicio y un crecimiento que lleva a testificar. "Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes" (Juan 20:21). La vida cristiana nunca significó una vida encerrada en el círculo del propio "yo", sino una vida siempre dirigida al servicio y dedicada a testificar a otros.

(Extraído y adaptado del libro *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*.)

Para reflexionar:

Así como un niño pasa por un proceso de crecimiento día tras día hasta llegar a ser grande, lo mismo ocurre en la vida cristiana. Entonces, mi primer compromiso con Dios debe ser buscar ese crecimiento. ¿Estás creciendo dentro de la expectativa del Padre? ¿Existe alguien o algo que te haya sacado tu momento habitual de comunión con Dios? Piensa y ora acerca de esto en las próximas 24 horas.

LA IGLESIA

“No dejemos de congregarnos, como acostumbran hacerlo algunos, sino animémonos unos a otros, y con mayor razón ahora que vemos que aquel día se acerca” (Heb. 10:25).

Un miembro de iglesia le escribió al editor de un diario y declaró que no tenía sentido ir a los cultos todos los domingos. “Yo fui a la iglesia por treinta años y durante ese tiempo debo haber escuchado unos tres mil sermones. Pero, por mi vida, con excepción de uno o dos, no puedo recordar la mayoría de ellos. Por lo tanto, pienso que estoy perdiendo el tiempo, al igual que los pastores”.

Esa carta inició una gran controversia en la columna “Cartas al editor”, para alegría del editor jefe del diario que recibió diversas cartas, de las cuales decidió publicar esta respuesta de otro lector: “Yo estoy casado hace más de treinta años. Durante ese tiempo mi esposa debe haber cocinado unas tres mil comidas. Pero, por mi vida, con excepción de una o dos, no puedo recordar la mayoría de ellas. Pero una cosa sé: todas esas comidas me nutrieron y me dieron la fuerza que necesitaba para hacer mi trabajo. Si mi esposa no me hubiese dado esas comidas, mis hijos y yo estaríamos desnutridos o muertos. De la misma manera, si yo no hubiese ido a la iglesia para alimentar mi alma y la de mi familia, estaríamos hoy en terribles condiciones espirituales” (www.sitedopastor.com.br).

¿Qué es la iglesia?

La iglesia es una comunidad de creyentes que confiesan a Jesucristo como Señor y Salvador. Como continuación del pueblo de Dios de los tiempos del Antiguo Testamento, somos llamados a salir del mundo y unirnos para adorar, para la comunión, para la instrucción en la Palabra, para la celebración de la Cena del Señor, para servir a toda la humanidad y para la proclamación mundial del evangelio. La iglesia recibe su autoridad de Cristo, quien es la Palabra encarnada, y de las Escrituras, que son la Palabra escrita. La iglesia es la familia de Dios. Adoptados por él como hijos, sus miembros viven sobre la base de este nuevo estatus. La iglesia es el cuerpo de Cristo, una comunidad de fe, de la que Cristo mismo es la cabeza. La iglesia es la novia por la cual Cristo murió, para que pudiese santificarla y purificarla. En su regreso triunfal, él se la presentará a sí mismo, como la iglesia gloriosa, los fie-

les de todos los siglos, la adquisición de su sangre, sin mácula ni arruga, sino santa y sin defecto.

El fundamento de la iglesia

Dominado por la ira, el anciano hombre le dio un golpe a la gran roca que tenía delante de sí, con la vara que llevaba en las manos (Núm. 20:10). Pero, por haberse atribuido el milagro del agua que brotó de la roca a sí mismo, en lugar de atribuírselo a la verdadera Roca, que es Cristo, Moisés pecó. En virtud de ese pecado no puedo entrar en la tierra prometida (Núm. 20:7-12).

En el último sermón que le presentó al pueblo de Israel, Moisés –tal vez recapitulando el incidente– utilizó la metáfora de la roca para describir la estabilidad y la confiabilidad de Dios: “Proclamaré el nombre del Señor. ¡Alaben la grandeza de nuestro Dios! Él es la roca, sus obras son perfectas, y todos sus caminos son justos. Dios es fiel; no practica la injusticia. Él es justo y recto” (Deut. 32:3, 4). Siglos más tarde, David se hizo eco del mismo tema: “Dios es mi salvación y mi gloria; es la roca que me fortalece; ¡mi refugio está en Dios!” (Sal. 62:7). Pedro testificó que Cristo cumplió esta predicción, no en la calidad de piedra común, sino como “la piedra viva, rechazada por los seres humanos pero escogida y preciosa ante Dios” (1 Ped. 2:4). El apóstol Pablo lo identificó como el único fundamento seguro cuando dijo: “Porque nadie puede poner un fundamento diferente del que ya está puesto, que es Jesucristo” (1 Cor. 3:11). Refiriéndose a la roca que fue golpeada por Moisés, afirmó: “Y tomaron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que los acompañaba, y la roca era Cristo” (1 Cor. 10:4). Jesucristo mismo utilizó esta imagen directamente al declarar: “Sobre esta piedra edificaré mi iglesia y las puertas del reino de la muerte no prevalecerán contra ella” (Mat. 16:18). Nada podrá prevalecer contra una iglesia construida sobre tan sólido fundamento, constituido por él mismo representado. De esa Roca las aguas vivificadoras habrían de fluir para saciar la sed de las naciones.

La iglesia y el mundo

Como ciudadanos, los miembros de la iglesia proceden del mundo, pues todos pertenecen a alguna nación, raza o familia. Sin embargo, al transformarse en miembros del cuerpo de Cristo reciben otra ciudadanía, pasando a ser ciudadanos del Reino de los Cielos. Los miembros de la iglesia deben ser diferentes del mundo, pues la Biblia considera al mundo como un elemento corruptor, que puede destruir el carác-

ter distintivo del creyente (1 Juan 2:15, 16).

“Por consiguiente, es una grave equivocación de los creyentes que la iglesia intente incorporar en sus cultos los entretenimientos mundanos, incluyendo música profana, con la intención de atraer personas. [...] Es imposible imaginarse a Jesús atrayendo multitudes con un conjunto musical, ejecutando la música que se escuchaba en la corte de Herodes, como la que fue utilizada en la danza sensual de Herodías” (R. N. Champlin y J. M. Bentes, *Enciclopedia de Biblia Teología e Filosofía [Enciclopedia de Biblia, teología y filosofía]*, t. 3, p. 226).

La iglesia y la cruz

Con la venida de Jesús, Israel fue colocado sobre una línea divisoria. El pueblo de Dios esperaba a un Mesías que vendría para liberar a la nación, pero no un Mesías que los liberase de sí mismos. En la cruz, la bancarrota espiritual de Israel se hizo evidente. Al crucificar a Cristo, demostraron externamente la decadencia que reinaba en su interior. Cuando clamaron: “¡No tenemos más rey que el emperador romano!” (Juan 19:15), se rehusaron a permitir que Dios gobernase sobre ellos.

En la cruz, dos misiones opuestas alcanzaron el clímax: la primera, la de una iglesia equivocada, tan centralizada en sí misma que no podía reconocer al mismo ser que la había traído a la existencia. La segunda, fue la misión de Cristo. Tan centralizada en el amor a las personas que se ofreció para morir en lugar de ellas, a fin de poder concederles existencia eterna.

Una iglesia distinta

Mientras que la cruz significó el fin de la misión de Israel, la resurrección de Cristo inauguró la iglesia cristiana y su misión. La iglesia del Nuevo Testamento fue edificada tanto con judíos convertidos como con gentiles que creyeron en Jesucristo. Así, el verdadero Israel está compuesto por todos aquellos que, por la fe, aceptan a Cristo. La iglesia del Nuevo Testamento difiere significativamente de su homóloga del Antiguo Testamento. La iglesia apostólica se transformó en una organización independiente, separada de la nación israelita. Las fronteras nacionales fueron removidas, concediéndole a la iglesia un carácter universal. En lugar de una iglesia nacional, se transformó en una iglesia misionera, cuya existencia tenía en vista cumplir el propósito original de Dios, que le fue reafirmado por mandato divino de su fundador, Jesucristo: “Hagan discípulos de todas las naciones” (Mat. 28:19).

La iglesia puede ser clasificada como: (1) la iglesia

visible: es la iglesia de Dios organizada para el servicio; (2) la iglesia invisible: también conocida como la iglesia universal, que está compuesta por los hijos de Dios en todo el mundo. Incluye a los creyentes que están dentro de la iglesia visible y a muchos otros que, aunque no pertenezcan a la iglesia visible, siguen la luz que Cristo les concedió (Juan 1:9).

Por intermedio del Espíritu Santo, Dios conduce a su pueblo de la iglesia invisible hacia una unión con su iglesia visible. Es solamente en esta que ellos podrán experimentar plenamente las verdades de Dios, su amor y compañerismo, ya que él concedió a la iglesia visible los dones espirituales que edifican a sus miembros colectiva e individualmente (Efe. 4:4–16). Después de la conversión del apóstol Pablo, Dios lo colocó en contacto con la iglesia visible y entonces le indicó la misión que debería desempeñar en favor de la iglesia (Hech. 9:10–22). De la misma forma, pretende –hoy– conducir a su pueblo hacia la iglesia visible.

El consejo de la Palabra de Dios nunca fue tan actual. Si hay un tiempo en el que necesitamos congregarnos, ese tiempo es hoy, pues vivimos en el tiempo en el que, sin duda alguna, podemos afirmar que el “día del Señor” se aproxima.

(Extraído y adaptado del libro *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*).

Para reflexionar:

La iglesia no es el templo, no es una actividad. De hecho, la iglesia soy yo. Donde yo esté, allí estará la iglesia, la novia del Cordero, columna y baluarte de la verdad, la puerta de la salvación para el pecador. Yo formo parte de la iglesia visible. Soy como una carta abierta y leída por todos. ¿De qué forma ese conocimiento puede mejorar mi vida, la de mi familia y la de las personas en general? Cuando soy visto, ¿las personas glorifican a Dios por la manera en que vivo las enseñanzas del evangelio? Ora y piensa sobre esto en las próximas 24 horas.

EL REMANENTE Y SU MISIÓN

“Entonces el dragón se enfureció contra la mujer, y se fue a hacer guerra contra el resto de sus descendientes, los cuales obedecen los mandamientos de Dios y se mantienen fieles al testimonio de Jesús” (Apoc. 12:17).

Al describir la batalla del dragón contra la mujer y su descendencia, Juan utilizó la expresión “el resto de sus descendientes” (Apoc. 12:17). Esa expresión significa “los que sobran”, el “remanente”. La Biblia retrata al remanente como un pequeño grupo de hijos de Dios que, a lo largo de las calamidades, guerras y apostasías, permanece fiel a él. Ellos son “los que habían vencido a la bestia, a su imagen y al número de su nombre” (Apoc. 15:2).

Características del remanente

El remanente de los últimos días no puede ser fácilmente confundido. Juan lo describe en términos bastante específicos. Está constituido por aquellos que “obedecen los mandamientos de Dios y se mantienen fieles al testimonio de Jesús” (Apoc. 12:17). Ellos tienen sobre sí la responsabilidad de proclamar, justamente antes del retorno de Cristo, la advertencia final de Dios al mundo, el triple mensaje angélico de Apocalipsis 14:6 al 12.

El pueblo remanente de Dios se caracteriza por una fe semejante a la que Jesús poseía. Refleja la inalterable confianza de Jesús en Dios y en la autoridad de las Escrituras. Cree que Jesucristo es el Mesías de la profecía, el Hijo de Dios, que vino como Salvador del mundo. Su fe alcanza todas las verdades de la Biblia, las mismas que Jesús predicaba.

Los integrantes del remanente se dedican a la proclamación del evangelio eterno, el evangelio de la salvación por la fe en Cristo Jesús. Le advertirán al mundo que la hora del juicio de Dios ha llegado, e intentarán hacer que otros se preparen para el breve encuentro con el Señor. Se involucrarán en una misión de extensión mundial: “a toda nación, raza, lengua y pueblo” (Apoc. 14:6), a fin de completar el testimonio divino a la humanidad.

El remanente está dispuesto a seguir el ejemplo de obediencia dado por Cristo: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y terminar la obra” (Juan 4:34). Así como Jesús guardó los mandamientos de su Padre, los integrantes del remanente también obede-

cerán los mandamientos de Dios. Cristo mismo afirmó: “Si obedecen mis mandamientos, permanecerán en mi amor, así como yo he obedecido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” (Juan 15:10).

Otra característica del remanente es la de ser conducido por el “testimonio de Jesús”. De acuerdo con Apocalipsis 19:10, el testimonio de Jesús es el “espíritu de profecía”. Por lo tanto, el remanente cree en el don profético concedido por Dios a su iglesia.

El remanente en los últimos días

De acuerdo con las profecías bíblicas, principalmente las de Daniel y Apocalipsis, el remanente aparecerá después de la gran persecución promovida por el “dragón” contra la “mujer” (Apoc. 12:14–17). Los sensacionales eventos de la Revolución Francesa, que culminaron con la prisión del Papa al final de los 1.260 días / años (1798 d.C.), y el cumplimiento de las tres grandes señales cósmicas, descritas en el Evangelio de Mateo: “Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, se oscurecerá el sol y no brillará más la luna; las estrellas caerán del cielo y los cuerpos celestes serán sacudidos” (Mat. 24:29), condujeron a un gran reavivamiento en el estudio de las profecías. Se observó una expectativa general en lo referente al inminente regreso de Cristo. Por todo el mundo muchos cristianos reconocieron que “el tiempo del fin” había llegado (Dan. 12:4).

La esperanza del advenimiento desarrolló un espíritu de profunda unidad entre sus participantes, y muchos se unieron para advertir al mundo del pronto regreso de Cristo. El movimiento adventista tuvo como base la Palabra de Dios. Cuanto más estudiaban la Biblia, más y más se convencían de que Dios estaba llamando a un remanente para continuar la reforma estancada de la iglesia cristiana. Ellos mismos ya habían experimentado la ausencia del espíritu de reforma en sus respectivas iglesias, y la falta de interés en el estudio y en la preparación para la segunda venida. Su estudio de la Biblia reveló que las pruebas y chascos que Dios les había permitido atravesar constituían una experiencia profundamente espiritual y purificadora, que los había hecho unirse como el pueblo remanente de Dios. El Señor los había comisionado para continuar con la reforma que tanta alegría y poder le había traído a la iglesia.

La misión del remanente

De acuerdo con las profecías del libro de Apocalipsis, la misión del remanente es presentar los tres mensajes angélicos (Apoc. 14:6–12), que son una res-

puesta divina a los extraordinarios engaños satánicos que barren el mundo justamente antes del retorno de Cristo (Apoc. 13:3, 8, 14–16). Inmediatamente después de la última advertencia divina al mundo, Cristo retorna para buscar a los suyos (Apoc. 14:14–20).

El primer ángel simboliza al remanente de Dios llevando el evangelio eterno a todo el mundo. Ese evangelio contiene las buenas nuevas del infinito amor de Dios que los antiguos profetas y los apóstoles proclamaron (Heb. 4:2). El remanente no presenta un evangelio diferente, en vista del juicio, sino que reafirma el evangelio eterno: que los pecadores pueden ser justificados por la fe y recibir la justicia de Cristo.

El hecho de que haya llegado la hora del juicio, agrega el sentido de urgencia al llamado al arrepentimiento. En Apocalipsis 14:7, la palabra juicio es traducida del griego *krisis*, el acto de juzgar, y no la sentencia del juicio (*krima*). Se refiere, por lo tanto, a todo el proceso de juicio, incluso la comparecencia de las personas ante el tribunal divino, la investigación de los libros, el veredicto de absolución o condenación y la atribución de la sentencia de vida eterna o muerte eterna.

Este mensaje también convoca a todos a adorar al Creador. El llamado de Dios a la adoración contrasta con el llamado a la adoración de la bestia y de su imagen (Apoc. 13:3, 8, 15). Al ordenarnos que adoremos “al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales” (Apoc. 14:7; cf. Éxo. 20:11), este mensaje llama la atención al cuarto mandamiento. Conduce a las personas a la verdadera adoración del Creador, una experiencia que involucra honrar el memorial de su creación: el sábado del Señor, el séptimo día, que él instituyó en la creación y confirmó al entregar los Diez Mandamientos a Moisés, en el monte. Solamente cuando la verdadera adoración es restaurada y los creyentes viven los principios del Reino de Dios, es que el Señor puede ser glorificado.

El mensaje del segundo ángel expone la naturaleza universal de la apostasía babilónica y su poder coercitivo, diciendo que ha dado de beber a todas las naciones del vino de la furia de su prostitución (Apoc. 14:8). El “vino” de Babilonia representa sus enseñanzas heréticas. Babilonia presionará a los poderes del Estado para que este obligue a la imposición universal de decretos y falsas enseñanzas religiosas.

Babilonia cayó porque se rehusó a atender el mensaje del primer ángel: el evangelio de la justificación por la fe en el Creador. Así como la iglesia de Roma apostató durante los primeros siglos de la Era Cristia-

na, muchos protestantes de la actualidad se desviaron de las grandes verdades de la Reforma. El mensaje del segundo ángel se hará más y más relevante a medida que el fin se aproxime, y encontrará su completo cumplimiento mediante la alianza entre las diversas organizaciones religiosas que rechazaron el mensaje del primer ángel.

El tercer ángel proclama el más solemne aviso divino contra la adoración de la bestia y de su imagen. La bestia es la unión de la Iglesia con el Estado, unión que dominó el mundo cristiano durante tantos siglos, y que fue descrita por el apóstol Pablo como el “hombre de maldad” (2 Tes. 2:2–4), y por Daniel como el “cuerno pequeño” (Dan. 7:8, 20–25; 8:9–12). La imagen de la bestia representa aquella forma de religión apóstata que se desarrollará cuando las iglesias, habiendo perdido el verdadero espíritu de la Reforma, se unirán con el Estado a fin de imponerles sus enseñanzas a las personas. Al unirse, Iglesia y Estado formarán una perfecta imagen de la bestia: la iglesia apóstata que persiguió a la mujer durante 1.260 años.

Dios tiene sus hijos en todas las iglesias, pero es a través de la iglesia remanente que él proclama el mensaje que deberá restaurar la verdadera adoración, mediante el llamamiento de su pueblo para que salga de los círculos de la apostasía y su preparación para el regreso de Cristo.

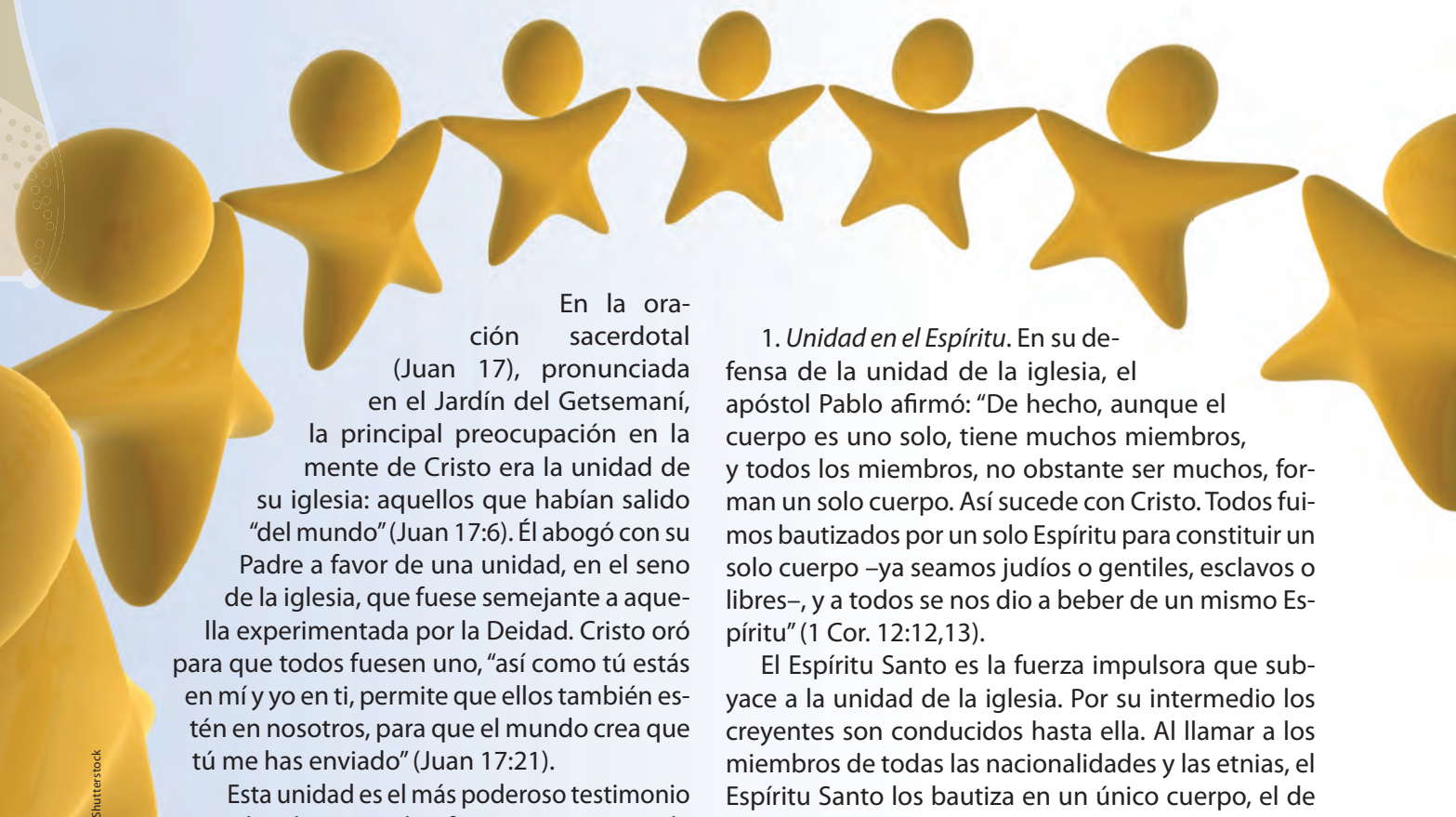
(Extraído y adaptado del libro *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*).

Para reflexionar:

Yo soy un remanente. Por la gracia de Cristo, guardo los mandamientos de Dios y tengo el testimonio de Jesús, el Espíritu de Profecía. ¡Qué privilegio y qué gran responsabilidad! En la práctica, ¿cómo me ayuda espiritualmente este conocimiento?

Piensa y ora sobre esto en las próximas 24 horas.

LA UNIDAD EN EL CUERPO DE CRISTO



En la oración sacerdotal (Juan 17), pronunciada en el Jardín del Getsemaní, la principal preocupación en la mente de Cristo era la unidad de su iglesia: aquellos que habían salido “del mundo” (Juan 17:6). Él abogó con su Padre a favor de una unidad, en el seno de la iglesia, que fuese semejante a aquella experimentada por la Deidad. Cristo oró para que todos fuesen uno, “así como tú estás en mí y yo en ti, permite que ellos también estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Juan 17:21).

Esta unidad es el más poderoso testimonio que la iglesia puede ofrecer, pues provee la evidencia del abnegado amor de Cristo por la humanidad. Él afirmó: “Yo en ellos y tú en mí. Permite que alcancen la perfección en la unidad, y así el mundo reconozca que tú me enviaste y que los has amado a ellos tal como me has amado a mí” (Juan 17:23).

Un hombre visitaba un manicomio. El enfermero le mostraba pacientemente los diversos sectores de aquella casa.

Intrigado por la flagrante desproporción entre el número de funcionarios y el de los enfermos que estaban allí internados, el visitante preguntó:

—¿Ustedes no tienen miedo de que los internos se unan y los agredan? Al fin y al cabo, ¡ellos son un número mucho mayor!

El enfermero respondió:

—¡No! Nadie necesita tener miedo. Los locos nunca se unen. (www.sitedopastor.com.br).

¿Qué tipos de unidad tenía Cristo en mente para su iglesia?

1. *Unidad en el Espíritu.* En su defensa de la unidad de la iglesia, el apóstol Pablo afirmó: “De hecho, aunque el cuerpo es uno solo, tiene muchos miembros, y todos los miembros, no obstante ser muchos, forman un solo cuerpo. Así sucede con Cristo. Todos fuimos bautizados por un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo —ya seamos judíos o gentiles, esclavos o libres—, y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Cor. 12:12,13).

El Espíritu Santo es la fuerza impulsora que subyace a la unidad de la iglesia. Por su intermedio los creyentes son conducidos hasta ella. Al llamar a los miembros de todas las nacionalidades y las etnias, el Espíritu Santo los bautiza en un único cuerpo, el de Cristo: la iglesia. A medida que ellos crecen en Cristo, las diferencias culturales no causan más división. El Espíritu Santo quiebra las barreras entre ricos y pobres, altos y bajos, hombres y mujeres. Comprendiendo que a la vista de Dios todos ellos son iguales.

2. *Unidad de fe.* La diversidad de dones de ningún modo implica diversidad de creencias. La base de nuestra fe es la Palabra de Dios: “Así que la fe viene como resultado de oír el mensaje, y el mensaje que se oye es la palabra de Cristo” (Rom. 10:17). Hablando de la unidad, Elena de White dice lo siguiente: “Dios está guiando a su pueblo para que salga del mundo con el fin de colocarlo sobre la exaltada plataforma de la verdad eterna, los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Quiere disciplinar y preparar a sus hijos. No estarán en desacuerdo, creyendo uno una cosa, y teniendo otro una fe y opiniones totalmente opuestas, moviéndose cada uno independientemente del cuerpo. Por la diversidad de los dones y los ministerios que él ha puesto en la iglesia, todos pueden lle-

gar a la unidad de la fe. Si alguien adopta puntos de vista referentes a la Biblia sin considerar la opinión de sus hermanos, y justifica su conducta alegando que tiene derecho de sostener sus propias opiniones peculiares, y luego las impone a otros, ¿cómo podrá cumplirse la oración de Cristo? ¿Y si otro y aun otro se levanta, y cada uno reclama su derecho a creer y hablar lo que le place sin relación con la fe del cuerpo, dónde estará la armonía que existió entre Cristo y su Padre, y que Cristo pidió en oración que existiera entre sus hermanos?” (Elena de White, *La iglesia remanente*, pp. 36, 37).

En los últimos días la iglesia de Dios estará compuesta por personas que comparten las verdades del evangelio eterno. La vida de esas personas será caracterizada por la observancia de los “mandamientos de Dios y la fe en Jesús” (Apoc. 14:12). Juntas, proclaman al mundo la invitación a la salvación procedente de Dios.

¿Cuán importante es la unidad de la iglesia?

La unidad es esencial para la iglesia. Sin ella, la iglesia fracasará en el desempeño de su sagrada misión. Existen algunos beneficios en la unidad para el fortalecimiento de la iglesia y su crecimiento:

1. La unidad hace eficaces los esfuerzos de la iglesia. “Los hombres no obedecen las palabras de Jesucristo para buscar unidad de fe, espíritu y doctrina. No trabajan por la unidad del Espíritu por la cual oró Jesús, la cual influiría a fin de que el testimonio de los discípulos de Cristo fuera eficaz para convencer al mundo de que Dios ha enviado a su Hijo a esta tierra, ‘para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna’. Si la unidad por la cual Cristo oró que existiera entre los hijos de Dios, estos darían un testimonio viviente y reflejarían una luz clara que brillaría en medio de las tinieblas morales del mundo” (Elena de White, *La iglesia remanente*, pp. 68, 69).

“La unidad en la iglesia es la que la capacita para ejercer una influencia consecuente sobre los incrédulos y mundanos” (Elena de White, *A fin de conocerle*, p. 155).

2. La unidad revela la realidad del Reino de Dios. “Los ángeles trabajan en forma armoniosa. Un orden perfecto caracteriza todos sus movimientos. Cuanto más cerca imitemos la armonía y el orden de la hueste angelical, más éxito tendrán los esfuerzos de estos agentes celestiales en nuestro favor. Si no vemos ninguna necesidad de trabajar en forma armoniosa, y somos desordenados, indisciplinados y desorgani-

zados en nuestra forma de obrar, los ángeles, que están cabalmente organizados y se mueven en perfecto orden, no pueden trabajar con éxito por nosotros. Se apartan apesadumbrados, porque no están autorizados a bendecir la confusión, el desorden y la desorganización. Todos los que deseen la cooperación de los mensajeros celestiales deben trabajar al unísono con ellos. Los que tienen la unción de lo alto estimularán el orden, la disciplina y la unidad de acción en todo lo que emprendan, y entonces los ángeles de Dios podrán cooperar con ellos. Pero nunca, nunca estos mensajeros celestiales respaldarán la irregularidad, la desorganización y el desorden. Todos estos males son el resultado de los esfuerzos de Satanás para debilitar nuestras fuerzas, para disipar nuestro valor, e impedir el éxito en la acción” (Elena de White, *La iglesia remanente*, p. 34–35).

3. La unidad demuestra la fuerza de la iglesia. Una iglesia es verdaderamente próspera y fuerte cuando sus miembros están unidos a Cristo y unos con los otros, trabajando armoniosamente en favor de la salvación del mundo. Una iglesia unida resistirá los ataques del enemigo, pues los poderes de las tinieblas son impotentes contra una iglesia cuyos miembros se aman unos a otros, así como Cristo los amó. El resultado de una iglesia unida puede ser comparado con el desempeño de una orquesta. Cuando los músicos están afinando los instrumentos, producen un sonido extraño y desagradable. Sin embargo, cuando el maestro aparece y todas las miradas se dirigen hacia él, obedeciendo su regencia, los sonidos desconectados dan lugar a la belleza y a la armonía.

¿Cómo alcanzar la unidad?

“Lo que causa división y discordia en las familias y en la iglesia es la separación de Cristo. Acercarse a Cristo es acercarse unos a otros. El secreto de la verdadera unidad en la iglesia y en la familia no estriba en la diplomacia ni en la administración, ni en un esfuerzo sobrehumano para vencer las dificultades –aunque habrá que hacer mucho de esto– sino en la unión con Cristo” (Elena de White, *El hogar cristiano*, p. 158).

Cuando Cristo inició su obra mediadora al lado de su Padre en el cielo, garantizó que el blanco de tener a su pueblo unido no era una ilusión. A través del Espíritu Santo, concedió dones especiales, cuyo propósito particular era establecer la “unidad de la fe” entre los creyentes. Al analizar esos dones, el apóstol Pablo dice que Cristo “constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; y a otros pastores y

maestros". Esos dones fueron concedidos a la iglesia con la intención de "capacitar al pueblo de Dios para la obra de servicio, para edificar el cuerpo de Cristo. De este modo, todos llegaremos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a una humanidad perfecta que se conforme a la plena estatura de Cristo" (Efe. 4:11-13).

En nuestra búsqueda de unidad no podemos sacrificar las verdades que hicieron de nosotros un pueblo distinto. La Biblia, hablando del Espíritu Santo, afirma que él es el Espíritu de la verdad (Juan 15:26). En su oración intercesora, Cristo le pide al Padre: "Santifícalos en tu verdad, tu palabra es la verdad" (Juan 17:17). Por lo tanto, para que puedan experimentar la unidad, los creyentes deben recibir la luz que brilla de la Palabra.

(Extraído y adaptado del libro Creencias de los Adventistas del Séptimo Día).

Para reflexionar:

Una iglesia unida por el poder del Espíritu Santo se transforma en un refugio contra los dardos satánicos de la desunión. El principio básico de esa unidad viene de la unión diaria del creyente con Cristo. Una iglesia individual que desarrolló y consolidó el hábito de orar, leer, examinar y meditar en la Palabra de Dios y de alabar, ciertamente estará unida por los lazos fraternos del amor. Es allí donde nace la unidad colectiva, cuando el creyente recibe el bautismo diario del Espíritu Santo en las primeras horas de la mañana. Cuando nos alimentamos individualmente y colectivamente de la misma fuente, es imposible que no tengamos, todos, el mismo parecer y sentimiento en relación con el objetivo y la misión de la iglesia global.

¿De qué forma esta creencia te puede ayudar en tu vida, a tu familia, a tu iglesia y a la comunidad donde vives? Piensa y ora al respecto de esto durante las próximas 24 horas.

Shutterstock / Elio Köhler



EL BAUTISMO

□ Cierta vez, mientras un pastor predicaba sobre el bautismo, uno de los visitantes se sintió incomodado al oír al predicador leer Marcos 16:16: “El que crea y sea bautizado será salvo, pero el que no crea será condenado”.

El visitante se levantó y preguntó en voz alta:

–Y si yo creo y no quiero ser bautizado, ¿voy a ser condenado?

El predicador respondió que aunque el bautismo no salva a nadie, es la respuesta de aquellos que realmente creen y aceptan el sacrificio de Cristo. Que la verdadera fe lleva a la obediencia y que el bautismo no es una opción, es un mandato.

Muchas personas pueden ser salvas sin haber pasado por las aguas del bautismo, como el ladrón que fue crucificado al lado de Jesús. Ese ladrón no tuvo la oportunidad de ser bautizado después de su conversión. Sin embargo, ese hecho no hace que el bautismo sea opcional.

Es claro que nadie es salvo por las obras, sino por la fe. Las obras son la evidencia de la fe. El bautismo no tiene poder en sí mismo, sino que es una demostración pública, y para todo el universo, de qué lado estás.

Elemento esencial de la fe

Por el bautismo confesamos nuestra fe en la muerte y resurrección de Jesucristo. Damos testimonio de nuestra muerte al pecado y el propósito de andar en novedad de vida. Así, reconocemos a Cristo como nuestro Señor y Salvador, nos transformamos en parte de su pueblo y somos aceptados como miembros de su iglesia. El bautismo es un símbolo de nuestra unión con Cristo, del perdón de nuestros pecados y de haber recibido al Espíritu Santo. Es realizado por inmersión en el agua, y depende de una afirmación de fe en Jesús y de la evidencia del arrepentimiento del pecado. Es el paso que sigue a la instrucción de las Sagradas Escrituras y la aceptación de sus enseñanzas (Mat. 3:13–16; 28:19, 20; Hech. 2:38; 16:30–33; 22:16; Rom. 6:1–6; Gál. 3:27; 1 Cor. 12:13; Col. 2:21; 1 Ped. 3:21).

El significado del bautismo

Del griego *baptisma* (bautismo) que significa “inmersión”, puesto que es exactamente esta la etimología del verbo *baptizein* (sumergir, hundir). Bautizar, por lo tanto, debe ser semánticamente comprendido como el acto de sumergir un cuerpo dentro de un re-

cipiente, un tejido para ser teñido en líquido colorante, por ejemplo. Por extensión, la acción de sepultar un muerto, también refleja entera y perfectamente todo el significado de la palabra bautismo.

Hay, sin embargo, un significado teológico que se proyecta más allá de la sepultura (muerte) y de la inmersión en el agua. La muerte de Jesús significa poco si es considerada de forma aislada. Lo que hace que la muerte de Jesús sea tan gloriosamente diferente es su resurrección. Y esa es exactamente la idea claramente implícita en el bautismo (Col. 2:11,12). La resurrección es el punto básico de la fe cristiana (1 Cor. 15:14). Cristo afirmó que él mismo es la resurrección y la vida (Juan 11:25).

La inmersión necesita ser completa para que haya verdadero bautismo, ya que el significado mayor de este debe ser encontrado exactamente en la resurrección después de la muerte con Jesús, representada por la inmersión (Efe. 2:1, 5, Col. 2:13). Así como la resurrección revierte la muerte, el emerger del agua, revirtiendo la inmersión, identifica al converso, no solamente con la muerte, sino –principalmente– con la resurrección de Cristo (Rom. 6:3). La segunda etapa (emerger / resucitar) no puede ocurrir sin que antes se dé la primera (inmersión / sepultura).

Los bautismos narrados en el Nuevo Testamento llevan a la irrefutable conclusión de que se llevaron a cabo bajo la forma del bautismo por inmersión. Entre los ejemplos que pueden ser mencionados se destaca, principalmente, el bautismo al que el mismo Jesús se sometió personalmente (Mat. 3:16; Mar. 1:9,10). La expresión “subir del agua”, encontrada en estas referencias, no deja la menor sombra de duda de que Jesús realmente fue bautizado por inmersión. Lo mismo se aplica al bautismo del etíope por Felipe (Hech. 8:36–39).

Un solo bautismo

En el mundo religioso, el bautismo es considerado una parte importante de la doctrina. Cuando se les pregunta al respecto de esto, muchos citan las palabras del apóstol Pablo, en Efesios 4:5, para mostrar su importancia. El apóstol Pablo afirma que hay un solo bautismo. No es necesario mirar muy lejos para ver grupos religiosos con diferentes tipos de bautismos e ideas en relación con este asunto. Algunos bautizan niños. Algunos asperjan o derraman agua sobre la cabeza de los creyentes. Otros enseñan que el bautismo es simplemente un acto para mostrar a qué iglesia pertenece. ¿Dónde, pues, podemos encontrar ese “único bautismo”? En medio de la confusión religio-

sa con respecto al bautismo, solamente podemos encontrar la verdad al regresar a la enseñanza del Nuevo Testamento.

Es por medio de este acto que Dios añade a los verdaderos creyentes a su familia (Hech. 2:38, 47). Muchos han intentado enseñar que el bautismo no es esencial. Pero Cristo lo vinculó al discipulado: “Vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mat. 28:19).

La Biblia menciona diversas personas que fueron bautizadas: Crispo (Hech. 18:8), el eunuco etíope (Hech. 8:36–38), Saulo (Hech. 22:16), el carcelero de Filipos (Hech. 16:25–34) son los ejemplos más conocidos. En vista de estos pasajes, percibimos que el Nuevo Testamento enseña que el bautismo es esencial en el plan de Dios para el ser humano.

Jamás debemos olvidarnos de que es a través de la gracia de Dios que podemos tener la salvación. Por causa de su amor por nosotros, enviando a su Hijo, tenemos esperanza de vida eterna. También debemos recordar que Dios espera obediencia a todas sus instrucciones. Sea la del rito del bautismo o cualquier otra, tenemos que cumplirlas exactamente de la manera como él lo determinó.

Más que un simple simbolismo

En la conversación con Nicodemo, Jesús le resaltó la importancia y el significado del bautismo. “Quien no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios. [...] Quien no nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:3, 5). Por lo tanto, de acuerdo con Jesús, necesitamos nacer “de agua y del Espíritu”. “Nacer del Espíritu” significa entrar en una nueva vida mediante un cambio de mente y corazón. Por involucrar un tipo de experiencia completamente nueva, y no solamente un perfeccionamiento del viejo estilo de vida, el acto de formar parte del Reino de Dios es denominado nuevo nacimiento. El bautismo en las aguas es un símbolo exterior que retrata el cambio interior.

Nuestra salvación es posible en virtud de tres grandes actos de Cristo: Cristo MURIÓ por nuestros pecados, fue SEPULTADO y RESUCITÓ al tercer día (Col. 15:3, 4). Cristo hizo posible nuestra salvación mediante su muerte, su sepultura y su resurrección. “¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús, en realidad fuimos bautizados para participar en su muerte? Por tanto, mediante el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó por el poder del Padre, también nosotros llevemos una nueva vida” (Rom. 6:3, 4).

Cristo murió por nuestros pecados, fue sepultado y

entonces resurgió de la tumba para hacernos posible una nueva vida de justicia. Al ser bautizados estamos simbólicamente participando de su muerte, sepultura y resurrección. El bautismo significa que morimos al pecado con Cristo, que sepultamos nuestra vida de pecado con él y que estamos resurgiendo para vivir una nueva vida en él. La muerte y la resurrección de Jesús se transforman en nuestra propia muerte y resurrección. Dios puede hacer que muramos al pecado y que nuestra vida antigua sea crucificada. Él puede resucitarnos para las cosas del Espíritu.

De acuerdo con Jesús, el bautismo es esencial para aquellos que desean entrar en el cielo: “Quien no nazca de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios” (Juan 3:5).

Los que oyeron el sermón del apóstol Pedro el día del Pentecostés preguntaron: “Hermanos, ¿qué debemos hacer?” Respondiéndoles Pedro les dijo: “Arrepiéntanse y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados” (Hech. 2:37, 38). “Y cada día el Señor añadía al grupo los que iban siendo salvos” (Hech. 2:47).

Si todavía no eres bautizado, ¿qué te falta para obedecer este mandamiento del Señor? Si alguien no tiene ningún impedimento para ser bautizado y no acepta el bautismo, con esa actitud está diciendo que no desea unirse a Cristo ni a su iglesia. Y sin la unión con Cristo es imposible ser salvo. ¿Cuál es tu situación frente a esta afirmación?

Para reflexionar:

Como miembro bautizado del cuerpo de Cristo debes ser vivificado y santificado diariamente con el bautismo del Espíritu Santo. Es imposible vivir como una nueva criatura y cumplir los votos bautismales sin esa experiencia. De acuerdo con lo que aprendimos en el Seminario de Enriquecimiento Espiritual III, en ocasión del bautismo en las aguas también somos bautizados con el Espíritu Santo y comenzamos nuestra carrera cristiana. Cuando estamos orando, leyendo, meditando y alabando en las primeras horas de la mañana, el Espíritu Santo continúa bautizándonos y concediéndonos poder para que actuemos de tal manera que en todo glorifiquemos el nombre de Dios durante este día.

¿Cómo te ayuda en tu vida, en la de tu familia y en la de las personas que te rodean el hecho de que hayas sido bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo?

Piensa y ora sobre esta verdad durante las próximas 24 horas.

LA CENA DEL SEÑOR

“Nuestro Salvador dijo: ‘Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. [...] Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida’ (Juan 6:53–55). Esto es verdad de nuestra naturaleza física. Incluso esta vida terrenal se la debemos a la muerte de Cristo. El pan que comemos ha sido comprado por su cuerpo quebrantado. El agua que bebemos ha sido comprada por su sangre derramada. Jamás alguien, santo o pecador, come su alimento diario sin ser nutrido por el cuerpo y la sangre de Cristo. La cruz del Calvario está estampada en cada pan. Está reflejada en cada manantial. Todo esto enseñó Cristo al designar los emblemas de su gran sacrificio. La luz que resplandece de ese rito de la Comunión en el aposento alto hace sagradas las provisiones para nuestra vida diaria. La despensa familiar viene a ser como la mesa del Señor, y cada comida un sacramento” (Elena de White, *El Desseo de todas las gentes*, p. 403).



Significado de la Cena

Con la institución de la Santa Cena, se cerró el ritual de la pascua judía. Fue establecida una nueva ceremonia para la nueva nación establecida en Cristo, el Israel espiritual.

Cristo es el Cordero de Dios que cumple las predicciones y las prefiguraciones del Antiguo Testamento con relación al rito pascual: “Porque Cristo, nuestro Cordero pascual, ya ha sido sacrificado” (1 Cor. 5:7). En la cruz, él derramó su “preciosa sangre, como un cordero sin mancha y sin defecto” (1 Ped. 1:19).

El pan sin levadura era el “pan de la aflicción” que los antiguos israelitas comieron al salir de Egipto (Deut. 16:3). Jesús usó el mismo símbolo para repre-

sentar su propio sufrimiento, a fin de liberarnos de la esclavitud del pecado.

La Cena tiene un contenido escatológico, que puede ser explicado por la esperanza de los creyentes de que su comunión con Cristo será cumplida de modo perfecto en el Reino de Dios, cuando el Señor regrese gloriosamente, a fin de unir a su pueblo en comunión con él. “Porque cada vez que comen este pan y beben de esta copa, proclaman la muerte del Señor hasta que él venga” (1 Cor. 11:26).

Contexto histórico de la Cena

Judíos y gentiles acostumbraban a realizar comidas para su comunión y fraternidad. Era natural, por consiguiente, que tanto los creyentes judíos como los creyentes gentiles adoptasen la práctica de la Santa Cena. Antiguamente, existía la llamada “Fiesta del amor”, que enfatizaba el deber cristiano de amarse mutuamente (Jud. 12).

Había dos tipos de comidas: una comida común, tomada con el propósito de nutrición, en la que las personas confraternizaban, y la Santa Cena, que tenía elementos rituales y simbólicos. El apóstol Pablo hace distinción entre ellas y dio orientaciones claras para que no hubiese excesos en la Cena del Señor: “Por lo tanto, cualquiera que coma el pan o beba de la copa del Señor de manera indigna, será culpable de pecar contra el cuerpo y la sangre del Señor” (1 Cor. 11:27).

“Indignamente” (*anaxios*) denota participar de la Cena del Señor tratándola como comida común, no dándole importancia a la solemnidad simbólica, sin un examen introspectivo. De ahí la recomendación del apóstol Pablo: “Así que cada uno debe examinarse a sí mismo antes de comer el pan y beber de la copa” (1 Cor. 11:28).

La expresión “examinarse” (*dokimázo*) es de continuidad, el comer y el beber también debe ser continuamente. O sea, el cristiano debe estar siempre preparado para participar de la Cena del Señor.

Si no se da la participación del cristiano en el recordatorio de los sufrimientos de Cristo, el creyente está desobedeciendo una orden directa del Señor. Pero la participación sin autoexamen también se constituye en una desobediencia. Al cristiano le resta examinarse con la intención de arreglar lo que sea necesario, a fin de así poder participar del recordatorio.

El apóstol Pablo concluye sus consideraciones sobre los dos tipos de cenas presentando el deseo de que las dos fuesen realizadas separadamente. El que tiene hambre, que coma en casa y venga al memo-

rial de Cristo preparado para ese momento solemne. Y como un cuerpo, disfrute de ese momento junto con toda la iglesia (1 Cor. 11:33, 34).

Elementos utilizados en la Cena

“Cuando llegó el día de la fiesta de los Panes sin levadura” (Luc. 22:7, cf. Éxo. 12:20). Los panes tenían que ser sin mezcla, sin levadura, sin fermento, símbolos del pecado. Así deben ser el pan y el vino de la Santa Cena, sin ninguna mezcla, porque son símbolos del cuerpo de Jesús: “El Señor Jesús, la noche en que fue traicionado, tomó pan. [...] Este pan es mi cuerpo, que por ustedes entrego; [...] Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; hagan esto, cada vez que beban de ella, en memoria de mí” (1 Cor. 11:23–26). El trigo que debe ser usado en el pan debe ser de trigo especial y el aceite (de preferencia de oliva) debe ser 100% puro (Sal. 104:5). El pan y el vino deben ser especiales, puros y hechos especialmente para ser ofrendados en la ceremonia de la Santa Cena. (1 Cor. 10:16, 17; Mat. 26:26; Mar. 14:22–24).

Lo que Jesús hizo en la cena

1. Tomó el pan.
2. Agradeció a Dios.
3. Partió el pan. (Mat. 26:26; Mar. 14:22; Luc. 22:19; 1 Cor. 11:23, 24; Juan 13:1–17. Curiosamente hizo estas tres cosas cuando alimentó a los cinco mil y a los cuatro mil hombres, cf. Mar. 6:41 y 8:6).
4. Tomó la copa.
5. Agradeció a Dios.
6. Dio a los discípulos.

Antes de comer del pan y beber de la copa, Jesús participó del rito de la humildad (rito que precede a la ceremonia de la Cena del Señor, fue instituido por Cristo y prescripto a la iglesia cristiana. Juan 13:1–17). El objetivo de esta ordenanza es llevar a los participantes a examinar su propio corazón y ver las raíces de amargura y otros defectos de carácter. Y también eliminar malos entendidos entre los hermanos, enseñar la humildad, la igualdad y el amor fraternal.

Lo que Jesús dijo durante la Cena

“Esto es mi cuerpo” (1 Cor. 11:24).

Hay diferentes opiniones sobre el significado preciso de estas palabras. Pero, lo que es seguro, es que Jesús estaba indicando que daría su cuerpo en sacrificio para que nosotros tuviéramos vida.

“Hagan esto en memoria de mí” (1 Cor. 11:24).

Jesús les dijo a sus seguidores que repitiesen esta acción a través de los tiempos. Así se acordarían de

sus sufrimientos y de su segunda venida.

“Esta copa es el nuevo pacto” (1 Cor. 11:25).

Todas las referencias al pacto nos llevan de regreso al ritual del Antiguo Testamento de realizar una alianza, un acuerdo o tratado, con sacrificio, como en el pacto entre Dios e Israel después del Éxodo (Éxo. 24:1–8). Esta expresión también sugiere que la esperanza del nuevo pacto, descrito en Jeremías 31:31 al 34, fue realizada en Cristo.

“Derramada por muchos para el perdón de pecados” (Mat. 26:28).

El significado de la muerte de Cristo como sacrificio está relacionado con un entendimiento de la Pascua y del pacto. Sin embargo, es importante que reconozcamos que la Cena del Señor también está relacionada con el siervo sufriente de Isaías 53, que “ofreció su vida en expiación” (Isa. 53:10).

Para reflexionar:

La Cena del Señor es una participación de los emblemas del cuerpo y de la sangre de Jesús, como expresión de fe en él, como nuestro Salvador y Señor. En esta experiencia de comunión, Cristo está presente para encontrarse con su pueblo y fortalecerlo. El servicio de la comunión está liberado para todos los que deseen participar de él. Al participar de la ceremonia de la Santa Cena, ¿de qué forma eso puede mejorar mi vida espiritual? Piensa y ora al respecto de esto en las próximas 24 horas.

DONES Y MINISTERIOS ESPIRITUALES



El poder del Espíritu en mí

Hay una declaración en el libro *El Deseado de todas las gentes*, en la página 112 (edición 2007), que dice: “Cada verdadero discípulo nace en el reino de Dios como un misionero. El que bebe del agua viva llega a ser una fuente de vida. El que recibe llega a ser un dador”. Cuando escuché este texto por primera vez, estaba cursando el primer semestre del curso de Teología. El profesor de Discipulado Cristiano nos contaba varias historias de su vida como misionero. Confieso que viajaba en mi imaginación, al oír aquellos relatos, y me impresionaba la forma en la que sucedían las cosas, cómo ocurrían los milagros y cómo Dios abría puertas y más puertas, a fin de que el evangelio pudiera entrar. Con toda seguridad, aquel hombre tenía el don de ser un misionero evangelista, por eso pensaba que ser un predicador era lo máximo a lo que alguien podría llegar en el cumplimiento de la misión. Hasta que fuimos a realizar las conferencias de evangelismo que correspondían al tercer año de nuestra carrera.

Cuando una iglesia es preparada para el evangelismo sucede un gran cambio. Cambia el foco, el objetivo por el cual las cosas son realizadas. Todo lo que

ocurre, cada preparativo, colores, luces, decoración, todo es hecho con el objetivo de conducir personas a Jesús. El ambiente se vuelve maravilloso. No es que no lo sea en una iglesia durante los “días normales”, pero ser testigo de la transformación de vida de las personas que están trabajando y de los que frecuentan las reuniones hace que recobremos nuevo aliento para nuestra propia vida espiritual.

Se promueve la unión entre los hermanos, se siente una alegría que contagia. Es por eso que, en mi opinión, toda iglesia debería estar en ritmo de evangelismo todo el año. Cada culto y programación debería tener como objetivo la salvación de las personas. Si la iglesia estuviese enfocada en esto, los demás objetivos también serían alcanzados. Y ese ambiente de evangelismo permite que cada miembro participe en alguna actividad. Aquí entra la lección que aprendí.

La estructura de la iglesia estaba lista. Pero la región era, por decirlo de alguna manera, muy dura. Las personas tenían mucha dificultad en aceptar una invitación para ir a una iglesia evangélica. Además de esto, el sacerdote de la parroquia local comenzó una especie de persecución contra el trabajo que realizábamos. En cada casa donde yo daba estudios bíblicos, él comenzó a realizar una Novena (un programa de noventa días de programación litúrgica itinerante). De esa forma iban pasando los días. Cada tarde me dirigía a determinadas casas y allá estaba toda la estructura de la misa montada. Obviamente, lo que más escuchaba era a las personas que me decían que ese día no podrían realizar el estudio porque el padre estaría allí. Comencé a preocuparme, pues sin público, no habría evangelismo. Y los días seguían pasando sin que yo consiguiera nuevos interesados para estudiar la Biblia.

Pensé en varios métodos. Sabía que podía confrontar al padre con argumentos que él no pudiera responder. Las personas que estaban estudiando habían comentado que habían quedado impresionadas con lo que estaban aprendiendo, que les gustaba conocer sobre la Biblia, ya que el padre nunca les había enseñado sobre esos asuntos. Sin embargo, continuaban negándose a continuar con los estudios y decían que no podían ir a las conferencias. Teníamos un excelente predicador invitado, directores de canto bien preparados, regalos y actividades para los niños. Pero no teníamos público. En ese estado de cosas fue cuando una hermana se ofreció a salir e invitar a las personas. Ella no tenía el “perfil” de evangelista, no tenía mucha cultura, hablaba con algunos errores, pero era

la única que quería hacer ese trabajo. Y, en la desesperación, cualquier plan valía la pena probar. Ella salió al “campo de batalla”, teniendo como armas una sonrisa, gentileza y buena reputación en la comunidad.

Problema resuelto. Los estudiantes volvieron. Los cultos vespertinos se llenaron y tuvimos un excelente resultado en aquella localidad. Aprendí que no fue mi don en dar estudios bíblicos, ni sermones bien preparados, ni el predicador ni la estructura montada, sino que fueron la sonrisa y la influencia de una hermana que hicieron que todo sucediera. Se hizo evidente que las simples invitaciones no traerían resultados. Cada parte del conjunto fue necesaria. Se vio cómo los “pequeños” dones, no siempre reconocidos, son sumamente necesarios para el avance de la obra de la predicación del evangelio de Cristo.

Cada persona que acepta a Jesús como Señor y Salvador recibe por lo menos un don espiritual. Los dones presentados en la Biblia alcanzan varias áreas de actividad en la proclamación del evangelio, tales como apostolado, profecía, evangelismo, obra pastoral y educativa (Efe. 4:11). La lista aumenta en Romanos 12:6 al 8, donde aparecen los dones ya mencionados en la Epístola a los Efesios, con el agregado de otros. En 1 Corintios 12:8 al 10, el apóstol Pablo presenta los dones de sabiduría, conocimiento, fe, cura, milagros, discernimiento de espíritus, variedad de lenguas e interpretación de lenguas. Lo que queda claro en todas las listas es que no importa el don que se tenga, porque todos tienen alguno, el Espíritu Santo es quien decide qué don dar, a quién dárselo, cuándo dárselo y con qué intensidad darlo. Por lo tanto, no hay un don mayor que otro, sino que cada uno es de igual importancia para la obra de la predicación del evangelio.

Cada don tiene su finalidad. El Espíritu Santo los concede para el crecimiento de la iglesia de Cristo. Lo que significa que si alguien recibe un don y no lo usa para beneficio de la iglesia, este podrá serle retirado. Hay, también, otra implicancia: no todos reciben los mismos dones, porque cada iglesia tiene sus necesidades específicas. Por ejemplo, si una iglesia tiene músicos suficientes que cumplen con su misión, es posible que no sea necesario tener un hermano más con ese don. Tal vez haya una deficiencia en la recepción y Dios tenga que levantar a alguien para cumplir ese ministerio. El objetivo siempre es completar lo incompleto que procede de la acción humana en el cumplimiento de la misión.

Debemos orar a Dios pidiéndole que el Espíritu

Santo nos conceda algún don para que trabajemos en su obra o, tal vez, orar para colocarnos a disposición para ser utilizados dónde y cómo él lo desee. El secreto es estar siempre dispuestos. Oí cierta vez una frase que me llamó la atención: “Dios no elige personas capacitadas, sino que capacita a las personas elegidas”. Sin entrar en la discusión de cómo Dios elige, creo que él busca a aquellos que están dispuestos. A veces estamos parados reclamando que nadie nos llama para el trabajo, que la iglesia no tiene actividad. Pero, cuando nos invitan, siempre tenemos la disculpa de decir que no somos capaces para realizar tarea.

Bien, si Dios dice que él es quien concede la capacidad y los dones, ¿cómo podemos decir que no tenemos don para nada? O Dios es mentiroso, o no nacimos de nuevo por el poder regenerador del Espíritu. Lo que ocurre es que muchos no quieren compromiso, e intentan encontrar, en la supuesta incapacidad, una disculpa para no involucrarse. Sin embargo, para Dios eso no es aceptable, pues es él quien capacita. Recordemos a Moisés y a Isaías, que decían que no eran capaces. En los dos casos, Dios los reprende, pues él mismo los capacitaría para el trabajo. Lo que nos impide trabajar en el evangelio no es la falta de algún don, sino la indisposición para el servicio. Y para eso necesitamos el milagro del nuevo nacimiento, de la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida. Su presencia hará que los frutos aparezcan.

Jesús dijo cierta vez que por los frutos conoceríamos a quienes son sus verdaderos discípulos. Y cuando pensamos en frutos automáticamente los relacionamos con realizaciones externas; en otras palabras, las obras que pueden ser medidas. Se hace evidente que los dones espirituales son una buena muestra de que somos discípulos de Cristo. Sin embargo, el hecho de que alguien parezca tener dones y usarlos públicamente en el nombre de Jesús puede que no sea una prueba de verdadero discipulado. En el mismo texto en el que Jesús habla de los frutos (Mat. 7:21–23), menciona a un grupo de personas que, en el día del juicio, reclamarían tener una parte en el Reino de los cielos en virtud de sus obras, algunas de ellas hasta milagrosas, en nombre del mismo Jesús.

Cristo les dirá a los que dicen que profetizaban, expulsaban demonios y realizaban milagros en su nombre que no los conoce. Entonces, ¿no son esas acciones la manifestación de los dones del Espíritu Santo, de acuerdo con la lista que vimos anteriormente? ¿Cómo es posible que no provengan de Dios? Muchos se engañan porque creen que una vida con Je-

sús es solamente realizar cosas fantásticas. Esperan el poder sobrenatural realizador de milagros, y eso atrae a multitudes. Pero se olvidan que Jesús dijo que “por sus frutos” ellos serían conocidos. Él no dice que sus discípulos serían conocidos apenas por las obras realizadas en su nombre, pues Satanás puede contrahecer la verdad y, con engaños, reproducir falazmente los dones espirituales. Sin embargo, el enemigo de Dios jamás podrá reproducir los verdaderos frutos.

En Gálatas 5:22 y 23, el mismo apóstol Pablo indicó cuáles son los frutos del Espíritu Santo: amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio. Todo ser humano que nace en el reino de Dios recibe la presencia del Espíritu Santo en su vida o, como aprendimos en el Seminario de Enriquecimiento Espiritual III, el bautismo del Espíritu Santo. Nadie que no tenga el Espíritu Santo y no reciba ese bautismo diariamente es una nueva criatura. Por eso, es natural la manifestación de los dones y la aparición del fruto del Espíritu Santo en la vida del cristiano verdadero.

Es verdad que los dones son diversos. Algunos poseen determinados dones, mientras otros presentan dones diferentes. Pero todos los hijos de Dios, sin distinción alguna, poseen los dones y el fruto del Espíritu Santo.

Jesús, en su ministerio, no demostró el poder que tenía solamente para impresionar y conquistar per-

sonas. Los milagros, las curaciones, las liberaciones y hasta incluso sus sermones, eran manifestaciones de aquello que él era. Lo que cautivaba los corazones era el amor que brotaba de su corazón; una bondad que parecía fluir de cada poro de su cuerpo. Tenía paciencia con los errores de los demás, hasta cuando eran de sus más cercanos seguidores. Manifestaba dominio propio constante, y eso inspiraba a aquellos con quienes entraba en contacto. La paz y la alegría que manifestaba contagiaban a todas las personas con las que entraba en contacto. Jesús salvaba por lo que él era, mucho más que por lo que hacía. Y si somos sus seguidores, ¿no deberíamos imitar su ejemplo?

No tengas solamente la apariencia de cristiano, debes ser realmente cristiano. Ama a tu prójimo de tal manera que él se sienta amado por ti. Debes ser bondadoso con los que te rodean. Ten paciencia con los errores y los defectos de los demás. Recuerda que tú también tienes los tuyos. Haz que a tu alrededor haya un ambiente de paz y de alegría, llevando a otros a que se sientan bien cerca de ti. Debes ser más semejante a Jesús y, entonces, el mundo conocerá el poder del evangelio. Tal poder no reside solamente en manifestaciones sobrenaturales, sino en la posibilidad que Dios tiene de transformar vidas perdidas en el pecado en nuevas criaturas, por el nombre y la sangre redentora de Jesucristo y por la presencia edificante del Espíritu Santo.

Deja que la luz de Jesús brille a través de ti, e ilumina el mundo que perece en las tinieblas.



EL DON DE PROFECÍA



Thiago Lobo

Tiempo atrás conocí a una señora cuyo hijo estudiaba en la escuela adventista. A través del contacto con la escuela, comenzamos a estudiar la Biblia, pero ella parecía indiferente a las verdades reveladas. Pero durante la serie de estudios, el Espíritu Santo tocó su corazón y ella pidió ser bautizada.

Argumenté que ella debía esperar hasta el fin de los estudios, pues faltaban algunas lecciones. Ella preguntó qué asuntos faltaban, y uno de ellos era sobre el don de profecía. Cuando comenté qué era el don de profecía, ella me dijo: "Si Dios es el mismo, y el Espíritu Santo también; si había profetas en el pasado, ¿por qué no podría haber hoy? Yo creo, yo acepto y puede marcar mi bautismo". Poco tiempo después ella fue bautizada, junto con su marido.

Gracias a Dios porque todavía existen personas

que comprenden cuán importante es para la iglesia en los días actuales, y más con la confusión religiosa que se desparra por todas partes, la dirección de Dios para su pueblo a través de la revelación profética. Como iglesia podemos afirmar con seguridad: somos lo que somos hoy gracias a la dirección de Dios, a través de la revelación profética a lo largo de nuestra historia.

Comunicación ininterrumpida

El plan original de Dios era que existiese una comunicación directa con sus criaturas, como sucedía con Adán y Eva, que diariamente conversaban con él. La entrada del pecado, sin embargo, comprometió esa comunicación y Dios empezó a hablar con los seres humanos a través de los profetas.

Uno de los ejemplos de cómo esa comunicación se procesa puede ser vista en la vida del profeta Daniel. Este profeta se encuentra al mismo nivel que los otros grandes profetas de las Sagradas Escrituras. Las visiones y los sueños que él vio y registró en su libro son partes de la colección de escritos de los profetas. Al examinar el don de profecía en la vida del profeta Daniel y en el resto de la Biblia, veremos que el don de profecía todavía hoy está a nuestra disposición.

En los tiempos bíblicos

En las Sagradas Escrituras, profeta es alguien que recibe comunicaciones de Dios y las transmite al pueblo. En el Antiguo Testamento la palabra profeta es, generalmente, la traducción del hebreo *nabi*, que designa un portavoz nombrado por Dios. El término griego equivalente al hebreo *nabi* es *prophetes*, de donde deriva nuestro término español "profeta".

"Vidente", traducción del hebreo *roeh* (Isa. 30:10) o *chozeh* (2 Sam. 24:11; 2 Rey. 17:13) es otra designación para las personas que poseían el don profético. Los términos "profeta" y "vidente" se encuentran íntimamente relacionados. A través de los años, Dios concedió revelaciones de su voluntad a su pueblo, utilizando a las personas que habían recibido el don de profecía. "En verdad, nada hace el Señor omnipotente sin antes revelar sus designios a sus siervos los profetas" (Amós 3:7; cf. Heb. 1:1).

Identificando al profeta

Sueños y visiones: Los sueños ocurren mientras el profeta duerme. Las visiones, mientras está despierto. No surgen de experiencias comunes de la vida, son inspirados por el Espíritu Santo (Núm. 12:6; Dan. 7:1, 8:1).

Fenómenos físicos: Estos acompañan a los profetas mientras están en visión, demostrándoles a aquellos que están alrededor, que están recibiendo algo que proviene de una fuente sobrenatural (Dan. 10:8–10, 17–18).

La fuente del profeta: El Espíritu Santo es la fuente de los mensajes que los profetas recibieron en las visiones (2 Ped. 1:21, Amós 3:7).

El trabajo del profeta: El don de profecía no es solamente la habilidad de prever el futuro, pues alguien puede ser profeta sin necesariamente hacerlo. Algunos profetas, como Daniel, previeron el futuro, pero otros no. Su trabajo fue el de edificar, animar y confortar a la iglesia.

Seres humanos comunes: Los profetas bíblicos no fueron perfectos. Ningún profeta es perfecto, pues todos son humanos. Pero la tendencia general de la vida de un profeta debe estar en armonía con la Palabra de Dios.

Pruebas de la profecía: La profecía verdadera se debe cumplir (Dan. 18:21, 22). La profecía debe estar de acuerdo con la Biblia (Apoc. 22:18, 19). El mensaje de Dios genera paz en el corazón (Col. 3:15). El testimonio de experimentados siervos de Dios es útil para ayudarnos a discernir entre lo correcto y lo errado.

Trabajo no registrado

Hay profetas cuyos nombres son mencionados en las Sagradas Escrituras, pero no se tienen detalles de su obra. Tales personas recibieron el don profético fuera de los relatos sagrados. El apóstol Pablo deja claro que debemos probar a los verdaderos profetas y absorber sus enseñanzas (1 Tes. 5:19–21). El apóstol afirma que, mientras estemos en la Tierra, necesitaremos de todos los dones del Espíritu Santo, incluido el de profecía.

Una de las marcas de identificación de la iglesia remanente, de acuerdo con Apocalipsis 12:17, es que no solamente guarda los mandamientos de Dios, sino que también tiene el testimonio de Jesús, que, según

Apocalipsis 19:10 y 22:9, es el don de profecía.

Al examinar el don profético en las Sagradas Escrituras, queda claro que existieron tres grupos de profetas:

1. Aquellos cuyas revelaciones recibidas están registradas en la Biblia, tales como Moisés, Daniel, el apóstol Juan y otros.
2. Aquellos que transmitieron las orientaciones de Dios solamente de manera oral, sin que hayan libros en el canon sagrado con sus nombres, tales como Enoc, Elías y Juan el Bautista.
3. Los que recibieron el don, pero sus nombres no se encuentran registrados en la Biblia.

Elena de White, la mensajera del Señor

Elena Harmon nació el 26 de noviembre de 1827, en una pequeña quinta de Gorham, en el estado de Maine. En diciembre de 1844, tuvo una visión sobre el futuro de la Iglesia Adventista. Aceptada por unos, rechazada por otros, siguió compartiendo, con quienes deseaban oír, el contenido de sus visiones. A lo largo de su vida tuvo más de dos mil visiones, la mayoría de las cuales registró en libros y artículos. Ella siempre le dio el primer lugar a la Biblia como regla de fe y norma de conducta para todos los creyentes. Luchó con sus escritos contra el fanatismo. Nunca se consideró a sí misma una profetisa, sino una mensajera del Señor. Se casó el 30 de agosto de 1846 con Jaime White. Se dedicó a escribir sobre varios temas y, en el momento de su muerte, en 1915, con 87 años, había escrito cerca de 45.000 páginas dactilografiadas, o sea un total de 60 volúmenes, 4.500 artículos en revistas y más de un millón de cartas.

Actividades y funciones de los profetas en el Nuevo Testamento

1. Tuvieron parte en la fundación de la iglesia (Efe. 2:20, 21).
2. Iniciaron la extensión misionera de la iglesia (Hech. 13:2, 3; 16:6–10).
3. Edificaron la iglesia (1 Cor. 14:3, 4; Efe. 4:12).
4. Unieron y protegieron a la iglesia (Efe. 4:14).
5. Advirtieron sobre las dificultades futuras (Hech. 11:27–30; 20:23; 21:4, 10–14).
6. Confirmaron la fe en tiempos de controversia (Hech. 15:32).

El Espíritu de Profecía y la Biblia

Los escritos de Elena de White no constituyen un sustituto de la Biblia. No pueden ser colocados al mismo nivel. Las Sagradas Escrituras ocupan una posición única, pues son el único patrón por el cual los escritos de Elena de White (o de cualquier otra persona) deben ser juzgados y al que deben estar subordinados. Solamente la Biblia es el patrón supremo. El Espíritu

de Profecía es una guía para la comprensión de la Biblia y para la aplicación de sus principios.

Reglas de interpretación del Espíritu de Profecía:

1. Confirmar la fuente exacta de cada fragmento antes de usarlo.
2. Una vez confirmado el fragmento, conocer el contexto histórico.
3. El Espíritu de Profecía no debería ser utilizado como vara para oprimir al pueblo de Dios.
4. No buscar nuevas doctrinas en el Espíritu de Profecía.
5. Distinguir la aplicación literal y la aplicación espiritual de los textos citados.
6. Recordar que el Espíritu de Profecía no fue dado como una guía infalible de informaciones periféricas.

Para reflexionar

¿De qué forma el hecho de conocer la enseñanzas bíblica que dice: “¡Confíen en el Señor, y serán liberados! ¡Confíen en sus profetas, y tendrán éxito!” (2 Crón. 20:20) y la que señala: “No apaguen el Espíritu, no desprecien las profecías, sométanlo todo a prueba, aférranse a lo bueno” (1 Tes. 5:19–22) puede mejorar tu vida hoy?

La forma en que usas el Espíritu de Profecía, ¿es coherente con tu profesión de fe?

¿Buscas regularmente esta fuente de orientación como apoyo en la comprensión de las Sagradas Escrituras? Ora y piensa en esto durante las próximas 24 horas.



Thiago Lobo

Los diez Mandamientos

"Dios habló, y dio a conocer todos estos mandamientos: 'Yo soy el Señor tu Dios. Yo te saqué de Egipto, del país donde eras esclavo' "(Éxo. 20:1, 2).



Solamente un pueblo libre podría comprender y vivir los principios del Dios de la libertad. El conocimiento habitual y diario de Cristo genera poder para una vida de obediencia y libertad. La obediencia a los principios de la ley moral es la base sobre la cual el reino de Dios es manifestado en la vida del pecador. Por lo tanto, es extremadamente relevante conocer los principios que rigen la ley de Dios y los propósitos para los cuales fue dada.

Por la permanencia diaria en Cristo obtenemos poder para obedecer.

La gran pregunta que todos debemos hacernos al comienzo del día es: ¿Estoy lleno de la Palabra de Dios? ¿El Señor está conmigo? ¿Siento su presencia? ¿Me siento amado por él? Ahora concéntrate y medita en estas palabras: "Si se mantienen fieles a mis enseñanzas, serán realmente mis discípulos, y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres" (Juan 8:31, 32).

La obediencia a los mandamientos de Dios será consecuencia natural de una relación íntima con Jesús: "El que obedece sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él. ¿Cómo sabemos que él permanece en nosotros? Por el Espíritu que nos dio" (1 Juan 3:24).

Cuando nos sometemos incondicionalmente a Aquel que es la verdad, él nos conduce a una experiencia victoriosa sobre el yo y las tentaciones. Además de la gracia, que nos lleva a odiar el pecado, y de la misericordia, que implanta en nuestro corazón la visión de que somos amados por Dios, también opera

por medio de sus mensajeros en nuestro favor: "Cuando ponemos nuestra confianza en Jesucristo, procediendo con obediencia para justicia, los ángeles de Dios obran en nuestro corazón para justicia" (Elena de White, *Mensajes selectos*, t. 1, p. 110).

La ley de Dios es una transcripción y una expresión de su voluntad y de su carácter. Es imposible que el pecador sea justificado y santificado si no está en armonía con el espíritu de la ley. O sea, no hay incompatibilidad entre el hombre espiritual y la ley espiritual. La palabra profética resume y describe esa ley de la libertad en sus diversos calificativos de la siguiente manera: "Es una revelación de la voluntad y del carácter de su Autor. Dios es amor, y su ley es amor. Sus dos grandes principios son el amor a Dios y amor al hombre. 'El amor es el cumplimiento de la ley'. El carácter de Dios es justicia y verdad; tal es la naturaleza de su ley. Dice el salmista: 'Tu ley es la verdad'; 'todos tus mandamientos son justos'. Y el apóstol Pablo declara: 'La ley es santa, y el mandamiento, santo, justo y bueno'. Semejante ley, expresión de la mente y la voluntad de Dios, debe ser tan duradera como su Autor" (Elena de White, *El conflicto de los siglos*, edición 2007, p. 301).

Cuando comenzamos nuestro día con Dios y continuamos con él todo el tiempo, los principios de la ley serán inherentes a nuestro ser (estarán en nuestro interior y moldearán nuestra forma de ser). ¿Cuáles son esos principios en cada mandamiento? Vamos a recordar cada uno.

Principios del carácter de Dios expresados en la Ley Moral:

- Primer Mandamiento: adoración exclusiva al único y verdadero Dios.
- Segundo Mandamiento: prohibición de la idolatría en todas sus formas.
- Tercer Mandamiento: reverencia para con Dios y prohibición de jurar en falso en el nombre de la Deidad.
- Cuarto Mandamiento: reconocimiento y adoración del verdadero Dios, Creador de los cielos y de la tierra.
- Quinto Mandamiento: sumisión y respeto a los padres.
- Sexto Mandamiento: prohibición de cualquier atentado contra la vida, debido a su carácter sagrado.
- Séptimo Mandamiento: pureza y santidad en el matrimonio, por ser de naturaleza inviolable.

- Octavo Mandamiento: protección al derecho de la propiedad.
- Noveno Mandamiento: decir la verdad en toda y cualquier circunstancia.
- Décimo Mandamiento: prohibición de codiciar aquello que pertenece al otro.

Principios que ya existían

La palabra profética afirma que “la ley de Dios existía antes que el hombre fuera creado. Los ángeles eran gobernados por ella. Satanás cayó porque transgredió los principios del gobierno de Dios. Después que Adán y Eva fueron creados, Dios les hizo conocer su ley. Esta no estaba escrita entonces, pero les fue repetida por Jehová. [...] Después del pecado y la caída de Adán, nada fue eliminado de la ley de Dios. Los principios de los Diez Mandamientos existían antes de la caída, y se ajustaban a la condición de un orden de seres santos” (Elena de White, *Cristo en su santuario*, p. 25).

Tomando en cuenta la realidad cultural de su pueblo recién salido de la esclavitud, estos principios fueron colocados dentro de ese contexto. “Son los principios de los Diez Mandamientos simplificados, y presentados en forma definida para que no pudieran caer en error” (Elena de White, *La historia de la redención*, p. 152).

Por medio de su ley, el Creador quería revelar, de forma clara, su voluntad para con su pueblo. Conocer y obedecer deberían ser la condición para el mantenimiento de una relación aceptable. De esa forma, los propósitos de Dios serían cumplidos a través de su pueblo y, así, podría ser una bendición para todo el mundo.

Propósitos específicos

Los propósitos de Dios por medio de su ley eran amplios y tenían como objetivo proporcionarle a su pueblo una visión privilegiada de su plan para el mundo.

Entre los varios propósitos específicos de la ley moral, vamos a considerar los siguientes:

1. *Revela la voluntad de Dios para la humanidad*: La ley es una expresión del carácter, del amor y de la bondad de Dios. Solo puede ser obedecida por intermedio del poder del Espíritu Santo en la vida del pecador.

2. *Es la base del pacto de Dios*: Es superior a todas las otras leyes enunciadas por Moisés.

3. *Funciona como la norma del juicio*: Es el patrón de justicia por medio del cual todo ser humano será juzgado.

4. *Señala el pecado*: Sin ella, el ser humano no podría conocer la santidad de Dios, ni la malignidad del pecado, ni la culpa ni el perdón, y el arrepentimiento.

5. *Es un agente en la conversión*: Muestra la situación del pecador, y el Espíritu Santo actúa provocando la conversión y la restauración del alma. La ley apunta a Cristo, el único que puede librar al pecador de la maldición del pecado.

6. *Provee verdadera libertad*: El apóstol Juan dice que “todo el que peca es esclavo del pecado” (Juan 8:34). En esta situación, el Espíritu Santo entra en acción y lleva lo que está muerto en delitos y pecados al gran Libertador, Cristo Jesús, y verdaderamente el pecador es liberado y pasa a ser libre para vivir con responsabilidad.

7. *Domina el mal y trae bendiciones*: La bendición sigue al que obedece por el poder que viene de la presencia de Cristo en la vida. La maldición sigue al que rechaza la compañía y el poder del divino Compañero, y sigue el camino de la desobediencia y de la rebelión. (Fragmentos del resumen de este tema fueron tomados del libro *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*, pp. 266–269).

Mi hermano, mi hermana: Cada día decidimos a quién vamos a obedecer. Los que quieren obedecer a Dios por medio de su santa ley buscan el poder en Cristo por medio de la comunión en la primera hora de cada mañana.

Los que quieren seguir otro curso, le dan la espalda a Cristo y siguen el camino de los pecadores “comunes”. Estos momentos de conocimiento y comunión con el Padre harán toda la diferencia en la vida de los que quieren la bendición y de los que prefieren la maldición. La decisión es tuya.

Para reflexionar:

La obediencia a los mandamientos de la Ley moral como resultado de la intimidad diaria con Dios es una doctrina genuina y peculiar de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. ¿Qué diferencia puede hacer en tu vida hoy el conocimiento y la práctica de esta creencia?

Ora y piensa sobre esto durante las próximas 24 horas.

EL SÁBADO

Un día para no olvidar

El Creador deja un regalo especial para sus hijos cada semana. Desenvuélvelo.

La conclusión de un predio o de una casa es el resultado de un gran esfuerzo. Se requirió de muchas reuniones, encuentros, ajustes, discusiones para que, finalmente, se llevase la obra a término. Es salir de lo imaginado para ir a lo real, de la planificación a lo concreto. Nada mejor que conmemorar esa victoria con una gran fiesta de inauguración.

Dios también planificó detalladamente cómo haría el mundo. Fue realizada una gran reunión de planificación, con muchos planes e ideas. En cada uno de los seis días, Dios creó algo para alegrar la vida del ser humano, todo planificado en detalles y minuciosamente. Y en el sexto día, después de haber concluido todo, Dios creó al hombre. Solo después de eso, entonces, sí, Dios creó el sábado y descansó.

Pero ¿por qué Dios creó el sábado inmediatamente después de haber creado a Adán y a Eva? Recuerda que ninguno de los dos estaba cansado, pues eran recién creados. En realidad, esa era la fiesta de conmemoración del proyecto concluido, la celebración de un gran acontecimiento, un festejo inolvidable.

Es por eso que el sábado es un recuerdo de la Creación. Es para recordar que, en un determinado momento en el pasado, Alguien pensó en el mundo y, después de muchos planes y trabajo, la obra fue concluida. Adán y Eva tuvieron que ser informados por Dios sobre los seis días pasados, pero el día sábado fue diferente. Estaban presentes y lo vieron con sus propios ojos. Jamás podrían olvidarlo. Ese día les ayudaría a recordar que el Dios que había creado todas las cosas, debía ser adorado. Por eso la Biblia dice:



“Acuérdate del sábado, para consagrarlo” (Éxo. 20:8).

Bueno sería si todo hubiese quedado como Dios lo había creado. Pero cuando el pecado llegó a este mundo, el enemigo de Dios atacó directamente al sábado. Usó a los mismos cristianos para cambiar el día de reposo del sábado al domingo. Con el pasar de los años, la mayoría de las personas se olvidó del verdadero día de descanso y, como consecuencia, del Dios creador del cielo y de la tierra.

Pero Dios tiene un pueblo que mantiene como su remanente, para recordar que él no cambia y que mantiene la bendición del sábado para el bien del ser humano. El encuentro ininterrumpido cada sábado con el Creador produce un poder renovador en la vida, que trae paz y salud. Cada semana, él les da ese regalo a aquellos que lo honran como Creador.

¡Qué privilegio! Recibir permanentemente ese regalo del Padre. Y, ¿sabes qué es lo mejor en ese regalo? Es que después de seis días siempre viene un nuevo sábado, y eso suena como si Dios dijese: “Hijo, no importa lo que tú hiciste o por dónde anduviste. Si, en este sábado, tú te encuentras conmigo, entonces te perdonaré, te bendeciré y te salvaré”. Fue él mismo quien dijo: “Si dejas de profanar el sábado, y no haces negocios en mi día santo; si llamas al sábado “delicia”, y al día santo del Señor, “honorable”; si te abstienes de profanarlo, y lo honras no haciendo negocios ni profiriendo palabras inútiles, entonces hallarás tu gozo en el Señor; sobre las cumbres de la tierra te haré cabalgar, y haré que te deleites en la herencia de tu padre Jacob. El Señor mismo lo ha dicho” (Isa. 58:13–14).

Después de un sábado así, tú tendrás una vida diferente. Y, entonces, ese día se transformará, cada semana, en un día inolvidable. No pierdas tiempo: abre ya ese regalo.

Para reflexionar:

¿De qué forma la observancia del sábado, como un día consagrado a la adoración al Dios creador de los cielos y la tierra, te ayuda en tu vida espiritual? ¿Tu familia también es beneficiada por el cumplimiento de esta enseñanza de Cristo? ¿Tus vecinos y amigos también?

Piensa y ora sobre esto durante las próximas 24 horas.

29° día **MAYORDOMÍA CRISTIANA**

Cierto día, un funcionario de una empresa fue llamado al despacho del propietario. Sin rodeos, el hombre fue directo al asunto:

–Estamos reestructurando la empresa y necesitamos de una persona exactamente de su perfil para ocupar una importante gerencia. Analizamos su ficha y vimos que hay un solo problema: usted es cristiano y el cargo es incompatible con su fe. De modo que usted tendrá que elegir entre el ascenso en el empleo o su religión. Pero usted no necesita responder ahora. Vaya a su casa. Hoy es viernes. Piense, y el lunes nos informa su decisión.

El hombre fue hacia su casa envuelto en un manto de dudas, y aquel fin de semana su corazón se transformó en un campo de batalla entre lo correcto y lo equivocado. El lunes, allí estaba él en la empresa, ansioso por encontrarse con el dueño, que le preguntó:

–¿Y? ¿Cuál es su decisión?”

–Creo que voy a aceptar la propuesta que me hizo.

El patrón respondió sin levantar la cabeza:

–Entonces, vaya inmediatamente al departamento de recursos humanos. ¡Usted está despedido!

–Pero jefe, ¡usted mismo me hizo la propuesta!

–Sí, pero, en realidad, estoy buscando a alguien de absoluta confianza para ocupar ese cargo. Si usted fue capaz de traicionar su conciencia religiosa tan apresuradamente, ¿quién me asegura que no va a traicionar a la empresa más rápidamente aún? (Extraído de *Revista Compromiso*, 3^{er} trimestre, 2001).

En la creación, Dios compartió sus posesiones con la humanidad y continúa siendo el verdadero dueño del mundo, de sus habitantes y de sus bienes. El salmista reflexionó adecuadamente sobre esta realidad al afirmar: “Del Señor es la tierra y todo cuanto hay en ella, el mundo y cuantos lo habitan” (Sal. 24:1).

El cristiano reconoce que todo lo que tiene y es pertenece a Dios, incluso su propia vida. El apóstol Pablo declaró: “¿Acaso no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, quien está en ustedes y al que han recibido de parte de Dios? Ustedes no son sus propios dueños, fueron comprados por un precio. Por tanto, honren con su cuerpo a Dios” (1 Cor. 6:19, 20).

Si somos, de hecho, propiedad de Dios, somos responsables delante de él por la manera como administramos los bienes que Él nos confió. Esos bienes pueden ser divididos en cuatro áreas:

1. Mayordomía cristiana del templo: ¡Nuestro cuerpo es propiedad del Señor! Por esta razón el apóstol Pablo nos aconseja: “Honren con su cuerpo a Dios” (1 Cor. 6:20). ¿Cómo podemos glorificar a Dios con nuestro cuerpo? Nuevamente el apóstol Pablo nos amonesta: “Por lo tanto, hermanos, tomando en cuenta la misericordia de Dios, les ruego que cada uno de ustedes, en adoración espiritual, ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente. Así podrán comprobar cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta” (Rom. 12:1, 2).

Los cristianos tienen el privilegio de desarrollar las capacidades físicas y mentales con vistas a desarrollar al máximo sus habilidades y oportunidades. Procediendo así, traen honra a Dios y pueden transformarse en una gran bendición para sus semejantes.

2. Mayordomía cristiana de los talentos: A través de la parábola de los talentos, Jesús ilustró la responsabilidad individual del cristiano. Uno de los personajes de la parábola recibió cinco talentos, otro recibió dos y un tercero, recibió un talento. El que recibió cinco, ganó otros cinco; el que recibió dos, ganó otros dos; mientras que aquel que recibió uno solo, escondió su único talento. Cuando fueron confrontados por el Señor para rendir cuenta de su mayordomía, el primero presentó, feliz, diez talentos. El segundo, cuatro. Al tiempo que el tercero, con temor, afirmó: “Señor, [...] yo sabía que usted es un hombre duro, que cosecha donde no ha sembrado y recoge donde no ha esparcido. Así que tuve miedo, y fui y escondí su dinero en la tierra. Mire, aquí tiene lo que es suyo” (Mat. 25:24–25). Mientras que los dos primeros mayordomos fueron elogiados por el señor por su fidelidad, el último fue reprobado y lanzado “afuera, a la oscuridad” (Mat. 25:30).

3. Mayordomía cristiana del tiempo: Hablando sobre la importancia del tiempo, Elena de White afirmó: “Nuestro tiempo pertenece a Dios. Cada momento es suyo, y nos hallamos bajo la más solemne obligación de aprovecharlo para su gloria. De ningún otro talento que él nos haya dado requerirá más estricta cuenta que de nuestro tiempo” (Elena de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 277). Ya que el tiempo es un don de Dios, cada momento es precioso. Nos es concedido para que formemos el carácter que llevaremos a la eternidad. Una mayordomía fiel

del tiempo significa utilizarlo para conocer mejor a nuestro Señor, para ayudar a nuestros semejantes y para compartir el evangelio.

La mayordomía del tiempo incluye, también, la fiel observancia del séptimo día, el sábado del Señor. Ese es un tiempo especial, separado por el Creador desde la fundación del mundo, con la finalidad que desarrollemos nuestra comunión con él.

4. Mayordomía cristiana de los tesoros: Los adventistas del séptimo día adoptan el modelo levítico como método adecuado y bíblico para financiar la predicación mundial del evangelio. Dios ordenó que la proclamación del evangelio dependiese de los esfuerzos y las ofrendas de su pueblo. Él los llama para que sean colaboradores altruistas de su obra, ofreciéndole sus diezmos y sus ofrendas.

Las Sagradas Escrituras nos enseñan que el diezmo es “consagrado al Señor”, pues simboliza la propiedad divina de todas las cosas (Lev. 27:30–32). Cuando Dios reclama para sí el diezmo, diciendo: “Traigan íntegro el diezmo para los fondos del templo” (Mal. 3:10), no apela a nuestra gratitud o generosidad. Aunque la gratitud deba formar parte de nuestras expresiones dirigidas a Dios, diezmamos porque Dios nos ordenó que lo hagamos. El diezmo le pertenece al Señor, y él requiere que se lo devolvamos.

Los cristianos agradecidos no pueden limitar al diezmo sus contribuciones a la iglesia. El Señor espera que ofrezcamos libremente en la medida en que nos concede prosperidad. Las ofrendas son necesarias para construir, mantener y operar las iglesias, y para emprender la obra médico-misionera, demostrando el significado práctico del evangelio.

En el Nuevo Testamento Cristo asentó los principios de la verdadera mayordomía cristiana: que nuestros dones sean entregados a Dios en proporción a la luz y a los privilegios que disfrutamos. Cristo asevera: “A todo el que se le ha dado mucho, se le exigirá mucho; y al que se le ha confiado mucho, se le pedirá aún más” (Luc. 12:48). Cuanto más ampliamente sea anunciado el evangelio, mayor será la necesidad de recursos materiales para mantenerlo.

Bendiciones de la mayordomía

Fue para nuestro propio beneficio, y no para el suyo, que Dios nos colocó en la posición de mayordomos. Jacob Needleman, filósofo estadounidense, confirmó una verdad bíblica cuando dijo en una entrevista que para mantener el equilibrio emocional

es necesario cultivar valores humanos, ayudar a otras personas. Y, para ilustrar esa verdad, contó la siguiente historia: “Uno de mis alumnos, en México, tenía un hijo de cinco años. En navidad, un niño pobre llamó a la puerta pidiendo limosnas. El padre le dijo al hijo:

–Dale alguno de tus juguetes.

El niño agarró uno, pero el padre le dijo:

–¡No! ¡Ese no! Dale uno de tus mejores juguetes.

El hijo se resistió, lloró y protestó hasta que, muy triste, tomó uno de los juguetes que más le gustaba y se lo dio al niño pobre. Cuando volvió, estaba radiante y dijo:

–Papá, ¿puedo hacer eso otra vez?

Había descubierto la alegría de dar una cosa de valor” (Revista *Super Interesante*, julio 2001).

Toda fidelidad a Dios será recompensada. Jesús afirmó: “Les aseguro que todo el que por causa del Reino de Dios haya dejado atrás casa, esposa, hermanos, padres o hijos, recibirá mucho más en este tiempo; y en la edad venidera, la vida eterna” (Luc. 18:29, 30).

(Extraído y adaptado del libro *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*).

Para reflexionar

Tú eres un bendecido por Dios. Las cosas más preciosas que ni las mayores fortunas pueden comprar, él te las ha dado en abundancia y gratuitamente. ¿De qué forma eso te ha beneficiado? ¿La fidelidad en los diezmos y en las ofrendas te trae felicidad o es un peso?

Piensa y ora sobre esto durante las próximas 24 horas.



Daniela de Oliveira

CONDUCTA CRISTIANA

☐ Hablar de conducta cristiana hoy en día parece una cosa fuera de moda y socialmente inconveniente. ¿Por qué este asunto tan relevante se volvió tan antipático? Cuando este tema es presentado teniendo como foco al ser humano, realmente es un asunto sin gracia. ¿A quién le gusta ser maltratado por su incapacidad para hacer ciertas cosas?

En la jornada de hoy vamos a aprender que cuando Cristo está en el centro de nuestra vida, naturalmente se manifestará obediencia, integridad, justicia, amor y bondad en todo lo que hacemos y pensamos. La forma en que vivimos, el mensaje que predicamos, tienen una importancia que va más allá de nuestra imaginación. Todo el tiempo estamos diciendo quién está en el control de nuestra vida por aquello que hacemos. La buena conducta no nos salva, pero demuestra si estamos o no viviendo como una persona que es salva en Cristo. Bien, vamos a profundizar este asunto.

El peligro de los extremos

Hace algunos años estuve en una linda y animada iglesia de nuestra División Sudamericana. Durante el programa de Escuela Sabática, en el momento de la confraternización, todos fuimos invitados a saludarnos unos a otros y, así, cada uno buscó saludar a la mayor cantidad de personas posible.

Percibí que entre los adoradores se encontraba una señora llena de joyas y maquillaje, llamando la atención de todos. Enseguida pensé: es una amiga que está visitando la iglesia. Me acerqué con entusiasmo, intentando demostrarle mi alegría por contar con ella entre los adoradores de aquella mañana. Después de los saludos y de la invitación para que vuelva en otras oportunidades, fui sorprendido con la siguiente afirmación: “¡Yo también soy adventista!”

En ese momento me sentí avergonzado. Pensé en decirle: “¡Pero no parece!” Pero no lo hice. Simplemente volví, triste, a mi asiento, meditando en los papeles que podemos pasar cuando nos olvidamos de verificar el punto de equilibrio de lo que hacemos.

La Palabra de Dios dice: “No amen al mundo ni nada de lo que hay en él. Si alguien ama al mundo, no tiene el amor del Padre. Porque nada de lo que hay en el mundo –los malos deseos del cuerpo, la codicia de los ojos y la arrogancia de la vida– proviene del Padre sino del mundo. El mundo se acaba con sus malos deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece

para siempre” (1 Juan 2:15–17).

Supongo que ya percibiste que la explicación del versículo 15 es dada en los versículos 16 y 17. Pero déjame agregar algo más: todo lo que en el mundo político, social, educacional, científico y/o familiar no esté de acuerdo con los principios bíblicos colocados en nuestro corazón por el Espíritu Santo debe ser rechazado. No podemos transigir con principios. En cuanto a lo cultural, tenemos que evaluar a la luz de la Biblia lo que hiere y lo que no hiere estos principios. Lo que dice la Palabra de Dios debe ser el gran divisor de aguas. No podemos avanzar más allá de eso.

Pero cuidemos los extremos. Muchos, hoy, alegan que lo importante es ser salvo y que las obras no tienen importancia. ¿Cómo que no tienen importancia? ¿Cómo es que demuestro que estoy salvo? No somos salvos por lo que hacemos o dejamos de hacer, como dice el apóstol Pablo: “Aquellos de entre ustedes que tratan de ser justificados por la ley, han roto con Cristo; han caído de la gracia” (Gál. 5:4). Por otro lado, Santiago dice que “la fe por sí sola, si no tiene obras, está muerta” (Sant. 2:17).

Graba en tu mente: hago buenas obras porque fui salvo de la condena del pecado, porque estoy siendo salvo del poder del pecado y porque seré salvo de la presencia del pecado cuando Jesús regrese. La gran pregunta es: ¿Cómo mantener el punto de equilibrio?

Vivir en la presencia de Cristo

La Palabra de Dios nos muestra cuál fue el secreto de aquellos que tuvieron una conducta ejemplar y cómo nosotros también podemos tenerla. Acerca de Moisés, la Biblia dice que: “se mantuvo firme como si estuviera viendo al Invisible” (Heb. 11:27); y el apóstol Pablo nos desafiaba: “Por lo tanto, también nosotros, que estamos rodeados de una multitud tan grande de testigos, despojémonos del lastre que nos estorba, en especial del pecado que nos asedia, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante. Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe, quien por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que ella significaba, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios” (Heb. 12:1, 2).

Mi hermano, mi hermana: cuando comenzamos el día en la primera hora de cada mañana y permanecemos en su presencia hasta la última hora del día, él nos mostrará el punto de equilibrio. En la compañía del invisible, él será nuestro tesoro de gran valor, nuestro todo en todo. En su presencia, tendremos el buen

tino necesario como para hacer solamente lo que le agrada a él y, consecuentemente, a nuestro prójimo.

Así tendemos una conducta de glorificación al Padre. “Ustedes son la luz del mundo”, dice Cristo. “Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben al Padre que está en el cielo” (Mat. 5:14, 16). Como discípulos de Cristo, debemos hacer todo mirando firmemente, como quien ve al invisible, y, ciertamente, no tendremos dificultades en vivir una conducta irreprochable en todos los aspectos de la vida.

La preocupación primaria de un cristiano sincero no debería ser luchar por tener una buena conducta. Aun la persona más dedicada va a fracasar en este ideal. La más importante y urgente de todas las preocupaciones es la búsqueda de intimidad con Dios. Eso es lo que nos prepara para tener una conducta semejante a la de Cristo diariamente. Luchar por otra cosa, es luchar por lo imposible. Sin el poder que viene de la Palabra, todos fracasarán. Con Cristo en nuestra vida, desde la primera hasta la última hora de cada día, tendremos el poder para obedecer.

Recordamos una vez más que, “si bien es cierto que nuestra conducta y nuestra espiritualidad están estrechamente relacionadas, nunca podremos ganar la salvación por medio de una conducta correcta. Más bien la conducta cristiana es un fruto natural de la salvación, y se basa en lo que Cristo ya realizó en favor nuestro en el Calvario” (*Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*, p. 313).

Dentro de este contexto de obediencia como resultado de nuestra intimidad habitual con Dios, nos gustaría recordar algunos puntos relevantes de nuestras creencias, con fines educativos.

Puntos relevantes

El cuidado del cuerpo: Es parte de nuestro deber religioso y de nuestra preparación para el encuentro con Cristo. Nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo y “el llamado que Dios hace a la santidad incluye un llamado a disfrutar de salud tanto física como espiritual” (*Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*, p. 314). Dios nos dio ocho remedios para que sean usados como condición para que disfrutemos de salud total cada día.

Cine, televisión, Internet, blog, twitter, música: Estos medios, junto con la música, son importantes medios de comunicación y no podemos descartarlos, pues pueden ser usados para divulgar el evangelio y otras cosas buenas. Pero deberíamos preguntarnos, para no

caer en las trampas del enemigo: ¿Será que lo que estoy viendo o escuchando promueve la inmoralidad, la sensualidad, algún desvío de conducta y/o la violencia? Y, por otro lado, aunque sea seleccionado el material, ¿cuánto tiempo te consume?

Vestuario: “Cómo nos vestimos demuestra ante el mundo qué y quiénes somos, no como un requisito legal heredado de la época victoriana, sino como una expresión de nuestro amor por Jesús” (*Creencias de los Adventistas del Séptimo Día*, p. 321). Por lo tanto, los principios que deben regir nuestra decisión en relación con qué vestir, deben ser la modestia, la simplicidad, la practicidad, la salud, el buen gusto, el sentido común, la adoración, la predicación y la glorificación.

Mayordomía cristiana: Regularidad y honestidad para con Dios y, como consecuencia, también para con los hombres. ¿Cómo será la adoración de un cristiano deshonesto en los diezmos y las ofrendas? ¿Qué se puede esperar de un mayordomo que malgasta los recursos del Señor solamente para sí mismo, en detrimento del prójimo necesitado?

Todos son llamados a ministrar y vivir cada día con la mente de Cristo, de forma ejemplar, en alabanza, adoración y glorificación del Padre.

Para reflexionar:

“No hemos de imitar a ningún ser humano. No existe ningún hombre suficientemente sabio que pueda servirnos de ejemplo. Debemos contemplar al Hombre Cristo Jesús, en quien habita plenamente la perfección de la justicia y la santidad. Él es el Autor y el Consumador de nuestra fe. Él es el Hombre modelo. Su experiencia es la medida de la experiencia que nosotros debemos obtener. Su carácter es nuestro modelo. Por lo tanto, apartemos nuestra mente de las perplexidades y las dificultades de esta vida, y fijémosla en él, para que mediante la contemplación podamos ser transformados a su semejanza. Podemos contemplar a Cristo con un fin elevado. Podemos volvernos a él con seguridad pues es omnisapiente. A medida que lo contemplemos y pensemos en él, él se formará en nosotros, la esperanza de gloria” (Elena de White, *Dios nos cuida*, p. 362).

¿De qué forma este conocimiento de que Jesús es tu modelo de conducta puede mejorar tu vida hoy? Piensa y ora sobre eso en las próximas 24 horas.

CASAMIENTO Y FAMILIA



Se está haciendo cada vez más común que las personas busquen su independencia. No que esa manera de ser sea un problema en algunos casos, pero tal actitud ha llevado a las personas a ser individualistas y eso lleva a una rebelión contra sistemas, instituciones, líderes y familias. Para muchos, esta es la manera de pensar y actuar. Las personas no quieren estar bajo la influencia de un hogar, ni quieren oír consejos y orientaciones. Muchas veces sus decisiones son tomadas por un impulso o por una emoción repentina.

Vivimos en un mundo en el que las personas no quieren ser dependientes. Pero es importante entender que no sabemos todas las cosas y, por otro lado, la experiencia de otras personas –con más vivencias– nos puede ayudar a tomar las decisiones correctas. Nosotros no fuimos los primeros, otro llegaron antes.

Se estima que de los 17 a los 25 años la mayoría de las personas decide con quién se va a casar y cuál será su profesión. Son decisiones muy serias para tomarlas de forma independiente de orientaciones. Tenemos varias fuentes de sabiduría e instrucción para auxiliarnos en este mundo tan complejo. Una muy conocida es la Biblia. Otra es la naturaleza. Los escritos de Elena de White son otra forma de instrucción. Otro recurso que puede ser usado es el consejo y la orientación de los padres. Ese es uno de los primeros medios que el hijo tiene para recibir información. Es al lado del padre que el hijo aprende a caminar. Es jun-

to a la madre que el hijo aprende a hablar. Los grandes conceptos de la infancia son aprendidos con los padres. Elena de White dice que, hasta cierta edad, los padres son los representantes de Dios ante los hijos.

Los padres son enciclopedias vivas del tiempo, con muchas informaciones importantes que, sin duda alguna, ayudarán mucho a sus hijos a lo largo de la vida. Una de las razones por las que Dios creó a la familia fue para que pudiera transformarse en la base, en el apoyo para los menores que están en el proceso de formación de las ideas, los conceptos y los principios. El quinto mandamiento dice: “Honra a tu padre y a tu madre, para que disfrutes de una larga vida en la tierra que te da el Señor tu Dios” (Éxo. 20:12). Aquí se está hablando de la importancia de esa relación para que se puedan tener días largos y felices. En el libro de Proverbios una frase que se repite mucho es: “Hijo, ¡escucha a tu padre y a tu madre!” Ese es el desafío. En general, las personas no quieren oír.

En el libro *Mensajes para los jóvenes*, en la página 462, Elena de White dice: “Mucho antes de llegar a la edad madura, se creen competentes para hacer su propia elección sin la ayuda de sus padres”. El enemigo de Dios sabe que si los hijos estuviesen atentos a los consejos de los padres, serían resguardados de muchos sufrimientos. Entonces, él crea un distanciamiento que hace que los hijos se sientan autosuficientes y así, con poca experiencia y distantes de los padres, él tiene facilidad para engañarlos. Cuando 2 Timoteo 3:2 habla de hijos “desobedientes a los padres” está diciendo que el mundo estaría en una crisis de independencia. Eso no quiere decir que la obediencia deba ser ciega, sino respetuosa y atenta para oír orientaciones que llevarán a un buen desarrollo.

Es importante buscar el auxilio de los padres, incluso con sus defectos, porque Mateo 7:11 argumenta que los padres, a pesar de sus limitaciones, “saben dar cosas buenas a sus hijos”. Entonces, ¿por qué no aprovechar esa orientación bendita? La historia confirma esto. Sansón no quiso oír el consejo de sus padres con relación a su elección de una esposa filisteo. La idea fija de Sansón era: “¡Pídeme a esa, que es la que a mí me gusta!” (Juec. 14:3). Hay un refrán que dice: “Sabio es aquel que aprende con los errores de los demás”. Si alguien ya erró, yo no necesito equivo-

carne. Puedo saltar esa etapa.

Isaac es un gran ejemplo de cómo la vida es una bendición cuando escuchas las orientaciones y los consejos de tus padres. Su vida pasó por dos momentos distintos, y en todos ellos su padre estaba presente. Cuando fue al altar del sacrificio, Isaac creyó que su padre tenía razón y, siguiendo la orientación del padre, estuvo dispuesto a entregar su vida ante Dios. Otro momento importante fue cuando sintió la necesidad de tener una compañera. Nuevamente su padre entra en escena, esta vez para orientarlo en la elección de la futura esposa. Y en los dos casos Isaac salió muy bien. En el altar recibió la promesa que su generación sería una bendición para la humanidad. En el casamiento, fue feliz al lado de Rebeca. Actuó de modo diferente del de su padre, Abraham, y al de sus hijos, Esaú y Jacob, quienes tuvieron más de una esposa. Isaac solo tuvo a Rebeca.

¡Cuánta diferencia marcó en la vida de Isaac su ges-

to de oír las orientaciones paternales! En este momento importante de la vida es el plan de Dios que los hijos escuchen los consejos de los padres. Con el auxilio de la Biblia, de la oración y de los consejos de sus padres, sé un joven diferente a los demás y verás que tus días “serán largos” y bendecidos en este mundo.

Para reflexionar

Tenemos una deuda impagable con nuestros padres. En gran parte, ellos son los responsables por lo que somos. Generalmente son apasionados por el éxito de sus hijos. El consejo de ellos es fundamental para el éxito en la vida, en todos sus aspectos. El hecho de saber que tus padres son tan importantes, ¿te ayuda a ser mejor en la vida en general? ¿Te inspira a cumplir con tus obligaciones como padre? ¿De qué forma la figura del padre como representante de Dios para sus hijos, hasta una determinada edad, puede mejorar tu calidad de vida y la de tu familia? Piensa y ora sobre esto durante las próximas 24 horas.



EL MINISTERIO DE CRISTO EN EL SANTUARIO CELESTIAL



Thiago Lobo

Cuando era un niño me asustaba mucho la idea del juicio. Para completar la escena, escuché a algunos adultos hablar al respecto de la posibilidad de que el juicio ya haya sucedido y que nuestro destino ya esté sellado. Eso no era algo que me alentaba espiritualmente. Generalmente, el Santuario celestial está asociado a la idea de juicio. Lamentablemente, la palabra “juicio” no tiene buenas connotaciones en la cultura occidental. En nuestra iglesia, algunos abusaron de la idea del juicio.

Sin embargo, no tenemos necesidad de temer el juicio, si comprendemos su significado hebreo que es muy diferente al sistema legal que predomina en los países occidentales. El sistema occidental requiere la participación de jueces que, en muchos países, tienden a favorecer a las personas adineradas. No obstante, la *Jewish Encyclopedia* [Enciclopedia judía]

explica que, en los tribunales de justicia, “no había fiscales presentes, eran desconocidos en la legislación”. El código legal judío requería que los jueces “siempre quedasen del lado del acusado, a quien se le debía dar el beneficio de la duda”.

Mientras los testigos del crimen presionaban con su participación, el juez promovía la causa del defendido, influenciando para que saliera libre de culpa en virtud de un veredicto. Pero, al juez también le correspondía ejecutar justicia. En caso que la evidencia de la culpa fuese incontestable, el juez dejaba la posición de defensa del acusado a fin de pronunciar la condena. Lo importante de todo el sistema jurídico, en los tiempos bíblicos, era su predisposición a favor de la defensa y no de la condenación del acusado.

Aunque el concepto sea bonito, nos deja con una pregunta: Si Dios, en el juicio celestial, nos está defendiendo, ¿quién tendría la osadía de contrariarlo? De hecho, el acusador es Satanás, llamado en la Biblia “acusador de nuestros hermanos” y “el que acusaba día y noche delante de nuestro Dios” (Apoc. 12:10).

En ciertas ocasiones, también el juez hebreo designaba un abogado intercesor para que sea el defensor del acusado. La *Jewish Encyclopedia* destaca que, además de esto, el marido podía representar a su mujer en el juicio, con el propósito de ayudar al juez cuando el veredicto pudiera comprometer la defensa de los derechos legítimos del cónyuge.

Tenemos aquí una similitud conmovedora con el juicio celestial. Cristo, el novio de la iglesia, nos compró con su propia sangre. Ahora él, como abogado designado por el tribunal para ayudar a su Padre, es nuestro defensor contra las acusaciones del enemigo.

¡Las noticias son maravillosas! En el juicio Dios está de nuestro lado y contra Satanás. Además de esto, Jesús, nuestro abogado, nos ayuda al interceder por nosotros. Dios dice que en el sacrificio de Cristo fueron satisfechas las exigencias legales para aceptar al pecador arrepentido y considerarnos perfectos. ¡Eso me da la seguridad y la garantía de la salvación en Cristo! Permíteme mostrar cómo Jesús, el juez, puede actuar también como nuestro defensor. No hay conflicto en esta doble función. En realidad, Jesús tiene que defendernos porque es nuestro juez.

Lo que necesitamos saber con respecto al juicio

La Biblia afirma que hay un Santuario en el cielo, el verdadero tabernáculo que el Señor erigió y no el hombre. En este santuario, Cristo ministra en nuestro favor, para poner a disposición de los creyentes los be-

neficios de su sacrificio expiatorio ofrecido una vez y para siempre en la cruz (Heb. 8:1–5; 4:14–16; 9:11–28; 10:19–22; 1:3; 2:16).

Cristo es nuestro gran Sumo Sacerdote e inició su ministerio de intercesión cuando ascendió al cielo. En 1844, al concluir el período profético de los 2.300 días, dio inicio a la segunda fase de su ministerio expiatorio. Esa obra es un juicio investigador, que forma parte de la eliminación definitiva del pecado, prefigurada por la purificación del antiguo Santuario hebraico durante el Día de la Expiación. En el servicio simbólico, el Santuario era purificado mediante la sangre de los sacrificios de animales, pero las cosas celestiales son purificadas mediante la sangre del perfecto sacrificio de Jesús (Dan. 7:9–27; 8:13,14; 9:24–27; Núm. 14:34; Eze. 4:6; Lev. 16).

El juicio investigador le revela a las inteligencias celestiales quiénes de entre los muertos en Cristo, son dignos de participar de la primera resurrección. También deja claro quiénes, entre los vivos, permanecieron en Cristo, guardaron los mandamientos de Dios y la fe de Jesús y están preparados para el traslado. Este juicio vindica la justicia de Dios al salvar a los creyentes en Jesús. Declara que aquellos que permanecen leales a Dios recibirán el reino. Por último, el ministerio de Cristo señalará el fin del tiempo de prueba dado a los seres humanos antes de su segunda venida (Apoc. 14:6, 7; 20:12; 14:12; 22:12).

El juicio: la certeza de la salvación

En el Salmo 27, David presenta la aplicación práctica del mensaje del santuario en su propia experiencia: “Porque en el día de la aflicción él me resguardará en su morada; al amparo de su tabernáculo me protegerá, y me pondrá en alto, sobre una roca. Me hará prevalecer frente a los enemigos que me rodean; en su templo ofreceré sacrificios de alabanza y cantaré salmos al Señor”. David escribió este Salmo mientras huía del rey Saúl. El rey y su ejército (enemigos de David) eran testigos falsos (ver vers. 12), que acusaban a David de insurrección contra el gobierno. Él necesitaba desesperadamente de la protección “en el día de la adversidad”. Necesitaba también de la vindicación contra las acusaciones falsas que le eran hechas. Para David, el mensaje del santuario significaba la promesa de protección y vindicación en el Tabernáculo de Dios.

Ese es exactamente el significado del juicio investigador antes de la venida de Jesús, el cual tenemos el privilegio de proclamar. En la angustia, sea en el tiempo presente o en los últimos días, aquellos que

forman parte del pueblo que confía en Dios recibirán amparo, serán purificados y justificados y recibirán protección al estar escondidos en su Tabernáculo, en su Templo celestial.

Invitación para entrar hoy en el tabernáculo

En este mismo Salmo, David expresa: “El corazón me dice: ‘¡Busca su rostro!’ Y yo, Señor, tu rostro busco” (27:8).

El propósito esencial del Santuario era que el adorador estableciese una relación personal con el Dios del Santuario. Esto quedó muy bien especificado cuando Dios dio las instrucciones para la construcción del tabernáculo terrenal: “Me harán un santuario, para que yo habite entre ustedes” (Éxo. 25:8). El Santuario celestial es el lugar donde Cristo, ahora, está ministrando en nuestro favor. Él nos invita ahora a entrar, por la fe, en los recintos sagrados, para que busquemos su rostro. Nos invita ahora a que nos sentemos en las “regiones celestiales” (Efe. 2:6), en la casa del Señor. El Santuario es más que un objeto bonito, una doctrina verdadera, un comportamiento correcto, un festival ocasional de alabanza. Es la forma de vida en constante e íntima relación con el Amado, en su santa presencia, en los lugares celestiales.

Por la fe podemos entrar ahora. También por la fe podemos buscar la presencia de Jesús, con el propósito de experimentar una relación personal con él, mientras aguardamos el fin de todo.

Para reflexionar:

El hecho de saber que en el juicio previo al advenimiento Jesús presenta su sacrificio como argumento irrefutable para lanzar sobre Satanás mis pecados perdonados, me da seguridad. ¿Cómo me puede ayudar hoy esa realidad a ser un cristiano auténtico?

Piensa y ora sobre esto durante las próximas 24 horas.

LA SEGURIDAD DE LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO

Cierta vez, un padre le dijo a su hijo de cinco años que haría un largo viaje, pero que volvería.

–Volveré!

–¿Cómo voy a saber cuándo vas a volver?–le preguntó el niño.

–Cuando veas la huerta cubierta por las hojas de los árboles, faltará poco para mi regreso –le dijo el padre, después de pensar un poco.

Después de que el padre salió, el niño corría todos los días hasta la huerta para mirar los árboles. A medida que el otoño se fue aproximando, las hojas comenzaron a caer y a adquirir esos típicos tonos rojizos y amarillos. Cierta noche, hubo un fuerte viento. A la mañana siguiente, como hacía normalmente, el niño corrió hasta la huerta y quedó sorprendido al ver que estaba cubierto por las hojas de los árboles. Entonces exclamó:

–¡Papá está volviendo a casa!

La Biblia nos cuenta una historia parecida. Jesús estaba saliendo del patio del Templo cuando uno de sus discípulos declaró con entusiasmo:

–¡Maestro! ¡Mira qué edificios!

La respuesta de Jesús lo dejó confundido:

–¿Ves estos grandes edificios? No quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derribada (Mar. 13:1, 2).

Los discípulos se reunieron a un costado para discutir sobre lo que Jesús estaba queriendo decirles. Cuando llegaron a una conclusión, le pidieron a Jesús que les dijera cuándo sucederían aquellas cosas y qué señal habría de su venida y de la consumación de los siglos (Mat. 24:3).

Entonces Jesús comenzó a enumerar una serie de señales que indicarían la proximidad de su regreso. Presentó señales en los ámbitos políticos y militar (vers. 6, 7), en la naturaleza (vers. 7), en el ámbito social (vers. 10, 12) y religioso (vers. 24).

Es verdad que guerras, hambre, falsos maestros y enfermedades siempre existieron, desde la entrada del pecado en este mundo. Pero la intensidad y el alcance que los caracteriza actualmente nos está enviando una clara señal: Nos estamos aproximando al momento de la segunda venida de Cristo.

Señales de la naturaleza

Veamos, por ejemplo, las señales de la naturaleza. Nadie tiene dudas de que la naturaleza se está comportando de forma extraña. Ciclones y tormentas tropicales, terremotos, *tsunamis* e inundaciones afligen al globo cada vez con mayor intensidad.

En la reunión sobre cambios climáticos, el organismo de la ONU que estudia con mayor profundidad los cambios en la naturaleza emitió su último informe el día 6 de febrero de 2007, en la ciudad de Nairobi, capital de Kenia. En el informe fue señalado que: “La advertencia del sistema climático está equivocada” y advirtieron al respecto de las “consecuencias previsibles y devastadoras del cambio climático”.

Toda vez que Jesús habló sobre las señales de la naturaleza, las vinculó con el hambre y la aparición de pestes y enfermedades (Mat. 24:7; Mar. 13:8). Efectivamente, los cambios climáticos están haciendo que el cultivo de cereales disminuya drásticamente, de manera acentuada en los trópicos. Como consecuencia, esto hará reaparecer el hambre. De hecho, esta es la primera preocupación de la ONU ante la crisis que elevó el precio de los alimentos en los últimos meses.

En relación con las pestes, la OMS (Organización Mundial de la Salud) advirtió que los nuevos patrones de las lluvias, de las sequías y de las tormentas están acelerando la expansión de enfermedades como la malaria, el paludismo y la fiebre, como consecuencia del dengue en varias regiones. El cambio climático está empeorando las crisis de salud en muchos países en los que el acceso a las instituciones de salud no es igualitario. La directora general de la OMS, Margaret Chan, declaró: “Las enfermedades y las condiciones sensibles a los cambios climáticos ya están creando enormes impactos financieros en muchos países. [...] El impacto del cambio climático está actuando como un amplificador”.

Sin embargo, hay más. Después del informe de la reunión intergubernamental sobre los cambios climáticos, de 2007, los científicos de la *Revista de la Asociación de Científicos Nucleares Estadounidenses* decidieron adelantar el “reloj del juicio final”. Ese reloj contiene dos punteros que no se mueven. Uno de ellos, que marca las horas, está permanentemente fijo en el número 12. El otro, el de los minutos, ya fue movido en 19 ocasiones durante la última mitad del siglo pasado.

El reloj fue creado en 1947, para dar a entender cuánto se está aproximando nuestro mundo a la “medianoche”, o sea, a su fin.

Después de interpretar las señales de la naturaleza, los científicos colocaron el reloj marcando cinco minutos para llegar a la medianoche; dando a entender que nos aproximamos rápidamente al fin. Tenemos que considerar que la mayoría de estos científicos son ateos.

Lo que necesito saber con respecto a la segunda venida de Cristo

La segunda venida de Cristo es una bienaventurada esperanza de la iglesia, la gran culminación del evangelio (Tito 2:13; Heb. 9:28; Juan 14:1-3; Hech. 1:9-11; Mat. 24:14).

La venida del Salvador será literal, personal, visible y de alcance mundial (Apoc. 1:7, Mat. 24:43). Cuando el Señor Jesús vuelva, los justos muertos resucitarán y, junto con ellos, los justos que estemos vivos, seremos glorificados y llevados al cielo. Los impíos, sin embargo, morirán (1 Tes. 4:13-18; 1 Cor. 15:51-54; 2 Tes. 1:7-10; Apoc. 14:14-20; 19:11-21).

El hecho de que la mayor parte de las profecías se estén cumpliendo, sumándose a las actuales condiciones mundiales, es un indicio de que la venida de Cristo es inminente. El momento en el que ocurrirá no fue revelado, por eso somos exhortados a estar preparados todo el tiempo (Mat. 24; Mar. 13; Luc. 21; 2 Tim. 3:1-5; 1 Tes. 5:1-6).

La necesidad de preparación

Después de dar las señales que indicarían la proximidad de su regreso, Jesús pronunció la parábola de las diez vírgenes, con el objetivo de ilustrar la experiencia de la iglesia de los últimos días. Las dos clases de vírgenes representan dos clases de creyentes que profesan estar preparados y esperando a su Señor. Son llamadas “vírgenes” porque profesan una fe pura. Sus lámparas representan la Palabra de Dios y el aceite, el Espíritu Santo.

Analizando superficialmente, parece que los dos grupos son semejantes. Ambos salen al encuentro del novio. Ambos tienen aceite en sus lámparas y su comportamiento no parece ser diferente el uno del otro. Todos oyeron el mensaje del pronto regreso de Cristo y lo están esperando. Sin embargo, ocurre una aparente demora. Su fe debe ser probada.

Entonces, a la medianoche, en la hora más tenebrosa de la historia del mundo, se oye un grito: “¡Ahí viene el novio! ¡Salgan a recibirlo!” (Mat. 25:6). Ahora se hace evidente la diferencia entre los dos grupos: uno de ellos está preparado para encontrarse con el novio. El otro no. Esas vírgenes “insensatas” no son hipó-

critas, respetan la verdad, la Palabra de Dios, pero les falta el aceite: no fueron selladas por el Espíritu Santo (ver Apoc. 7:1-3). Se contentaron con una obra superficial, no cultivaron una relación profunda con Cristo.

Cuando el novio llegó, solamente las que estaban listas entraron con él a la fiesta de las bodas y la puerta se cerró. Más tarde, las vírgenes insensatas, que salieron a comprar aceite, volvieron y golpearon la puerta: “¡Señor! ¡Señor! –suplicaban–. ¡Ábrenos la puerta!” Pero el novio respondió: “No las conozco” (Mat. 25:11, 12).

Cuando las cortinas de la historia de este mundo se bajen, solamente habrá dos clases de personas. Lo que realmente va a importar en esa ocasión será el tipo de relación que mantuvimos con Jesús.

Lo que la higuera nos puede enseñar

Jesús les dijo a sus discípulos en su sermón profético: “Aprendan de la higuera esta lección: tan pronto como se ponen tiernas sus ramas y brotan sus hojas, ustedes saben que el verano está cerca. Igualmente, cuando vean que suceden estas cosas, sepan que el tiempo está cerca, a las puertas” (Mar. 13:28, 29).

Evidentemente, la gran “higuera” de la naturaleza nos está gritando: ¡El “verano” se aproxima! Sí, Jesús está a las puertas. El tiempo es corto. El momento de cultivar nuestra relación con él es ahora. Mañana puede ser demasiado tarde. “¡Estén alerta! ¡Vigilen! Porque ustedes no saben cuándo llegará ese momento” (Mar. 13:33).

Jesús nos dice: “Sí, vengo pronto”. Ojalá podamos decir, junto con el apóstol Juan: “¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!” (Apoc. 22:20).

Para pensar y reflexionar

¿Cómo puede contribuir a mejorar tu calidad de vida y la de tu familia la necesidad de estar preparado para el encuentro con Cristo, desde la primera hasta la última hora de cada día? Piensa y ora sobre esto durante las próximas 24 horas.

MUERTE Y RESURRECCIÓN

Marta conoció el evangelio ya en la edad adulta. Cuando fue bautizada enfrentó una fuerte oposición de su marido y de sus dos hijas adolescentes. Con el paso del tiempo, ellos aprendieron a respetar las convicciones de ella, pero ninguno de ellos sentía deseos de ir a la iglesia. Marta se mantuvo fiel a los principios bíblicos y continuó amando incondicionalmente a su familia, sin presionarla para que fuese a la iglesia. Quince años después, quedó gravemente enferma y murió.

Las hijas quedaron desoladas. Su esposo, devastado. Realmente, Marta había sido una excelente madre y esposa amorosa. Sin embargo, antes de morir, dejó una carta con una última exhortación para la familia, para que ellos entregaran su corazón a Jesús.

Con el permiso de ellos, el pastor leyó parte de esa carta en la ceremonia fúnebre. Después presentó la esperanza bíblica de la resurrección de los muertos e hizo una invitación a los presentes para que se entreguen a Jesús a fin de que pudieran encontrarse con Marta en el día de la resurrección. Terminada la ceremonia de la sepultura, el marido y las hijas se acercaron al pastor expresando su deseo de estudiar la Biblia con él. La muerte de Marta había dado lugar a la posibilidad de vida eterna para su familia.

Sí, la doctrina bíblica de la resurrección trae esperanza frente al enemigo más implacable del ser humano: la muerte. Si aceptamos a Cristo como nuestro salvador, tendremos vida eterna. “Y el testimonio es este: que Dios nos ha dado vida eterna, y esa vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida” (1 Juan 5:11, 12).

Lamentablemente, desde el principio, el enemigo de Dios intenta engañar a las personas, creando una respuesta alternativa al problema de la muerte. La misma astucia que empleó para engañar a Eva: “No morirán”, sigue siendo su gran estrategia para engañar a las personas hoy. La idea de la inmortalidad del alma está difundida en todas las culturas. En occidente, la iglesia popular sostiene con énfasis el concepto de la existencia consciente después de la muerte. La intercesión de los santos y la doctrina del infierno son dos ejemplos claros de esta postura.

La “nueva espiritualidad”, que emplea elementos de las religiones orientales y los mezcla con otras creencias cristianas, generó un sincretismo religioso que tiene como abanderada la vida consciente después de la muerte. Hoy, prácticamente no hay película en *Hollywood* que no transmita esa idea. De esa forma, domina ampliamente el concepto de que no importa la forma en que nos comportemos, de igual manera tendremos la vida eterna. Elena de White dice: “El único que prometió a Adán la vida en la desobediencia fue el gran impostor. Y la declaración de la serpiente a Eva en Edén –‘No moriréis’– fue el primer sermón que jamás se haya predicado sobre la inmortalidad del alma. Y sin embargo esa declaración, fundada únicamente en la autoridad de Satanás, resuena desde los púlpitos de la cristiandad y es recibida por la mayoría de la humanidad tan rápidamente como lo fue por nuestros primeros padres. A la divina sentencia: ‘El alma que pecare, esa morirá’, se le da el siguiente sentido: ‘El alma que pecare, esa no morirá, sino que vivirá eternamente’. No podemos menos que admirarnos ante la extraña infatuación que hace que los hombres sean tan crédulos con respecto a las palabras de Satanás y tan incrédulos en relación con las palabras de Dios” (Elena de White, *El conflicto de los siglos*, edición 2007, p. 342).

Es igualmente engañosa la creencia del infierno con su sufrimiento eterno. Dios dijo que el pecado resulta en muerte. Eso no da lugar a la idea del tormento eterno. Sin embargo, la mayor parte de los cristianos aceptó esa creencia. Esa doctrina se destina a desfigurar el carácter de Dios. ¿Cómo puede un Dios de amor torturar por siglos sin fin a un pecador en las llamas del infierno? Un tirano así no debe ser amado, sino temido.

El espiritismo, que propaga la idea de la inmortalidad incondicional del alma, tiene el potencial de ser aún más siniestro. En sus diversas expresiones llegó a ser el movimiento más popular de todos los tiempos. Gracias a las supuestas revelaciones realizadas por los muertos, los crédulos se transforman en presas fáciles de toda suerte de nuevos engaños. “El espiritismo es la obra maestra del engaño. Es la decepción satánica más exitosa y fascinante. Está calculada para atraer la simpatía de aquellos que han dejado a sus amados en la tumba. Los ángeles malignos se aparecen en la apa-

riencia de esos seres queridos, relatando incidentes conectados con sus vidas y realizando actos que estos realizaban mientras vivían. De esta manera hacen creer a las personas que sus amigos muertos son espíritus que pueden estar a su lado y comunicarse con ellos. A estos ángeles malignos que asumen la forma de seres queridos se los idolatra, y su palabra es considerada por muchos más importante que la Palabra de Dios” (Elena de White, *La verdad acerca de los ángeles*, pp. 266, 267).

El espiritismo será la gran arma que Satanás utilizará en el tiempo del fin para hacer que las personas se pierdan: “Merced a los dos grandes errores, el de la inmortalidad del alma y el de la santidad del domingo, Satanás someterá a la gente bajo sus engaños” (Elena de White, *El conflicto de los siglos*, edición 2007, p. 375).

Nuestra doctrina que rechaza la inmortalidad del alma seguramente nos separa del resto de las denominaciones religiosas, y esa diferencia hace que llamemos la atención de las multitudes. Vemos a todas las creencias en el contexto del gran conflicto. Eso quiere decir que Dios es nuestro creador y que la desobediencia es la causa de todos nuestros sufrimientos. También proclamamos que, como Dios es amor, aunque rechaza al pecado, manifiesta su gracia y misericordia para con el pecador. La realidad de un Salvador amoroso (que está cerca de volver y que, debido a su resurrección, llamará a sus hijos a una nueva vida en Cristo) es oportuna en medio de la inseguridad y el temor que predomina en el mundo hostil en el que vivimos.

Las enseñanzas de la Biblia

Las Sagradas Escrituras presentan, con mucha claridad, la muerte como un estado inconsciente de la persona que muere. El muerto no experimenta las delicias celestiales ni tampoco las agonías del infierno. Tampoco vuelve al mundo en otro cuerpo. Simplemente descansa en la sepultura (Sal. 115:17; Apoc. 14:13). Este reposo no será eterno, como cree la mayoría de las personas. Por el contrario, llegará a su fin cuando el Creador llame a sus hijos que murieron para que vuelvan a la vida (Dan. 12:2); sea en la resurrección de los justos, en ocasión de la segunda venida de Cristo, o cuando, después del milenio, los pecadores resuciten para el juicio final (Apoc. 20:4–6).

Solamente Dios posee inmortalidad. Únicamente la Deidad (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo) posee vida de forma innata, original, propia, directa y eterna. Al referirse a Dios, el apóstol Pablo exclamó: “Al único inmortal [...]” (1 Tim. 6:16).

Esa realidad contrasta fuertemente con la naturaleza humana. Diferente del Creador, nosotros somos mortales. Envejecemos y morimos. Eso quiere decir que actualmente no poseemos el don de la inmortalidad.

¿Es independiente el alma del cuerpo?

Muchos aseguran que tenemos una parte inmortal, llamada alma, que tiene la capacidad de existir separada del cuerpo. Sin embargo, ese concepto no está en armonía con lo que afirma Génesis 2:7, cuyo texto es fundamental para la comprensión de las enseñanzas bíblicas referentes a la naturaleza humana: “Y Dios el Señor formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz hálito de vida, y el hombre se convirtió en un ser viviente” (Gén. 2:7).

De acuerdo con esta afirmación del Creador, el alma corresponde a lo que la persona es cuando su cuerpo está dotado de aliento vital. Vale destacar que, al hacer referencia a los peces y a los animales, la Biblia también dice “seres vivientes” (Gén. 1:20, 24). En estos textos son empleadas las mismas palabras hebreas que describen tanto a los seres humanos como a las otras criaturas. La Biblia ni remotamente sugiere la idea que la persona tiene un alma con la capacidad de vivir independientemente del cuerpo. Aquel que pierde el aliento vital, simplemente deja de ser. Diciéndolo de otra manera, ya no es más un alma.

Llegará el día cuando los redimidos recibirán el don de la inmortalidad. Sin embargo, ese momento todavía no llegó. Con toda claridad, la Biblia anticipa lo que ocurrirá el día de la segunda venida de Cristo: al sonar la trompeta de Dios, los muertos saldrán de sus tumbas, los justos serán revestidos de inmortalidad (1 Cor. 15:51–55). Eso acontecerá en ocasión de la segunda venida de Cristo, cuando él se manifieste en gloria y majestad (1 Tes. 4:13–18). Sin embargo, los que recibirán el don de la inmortalidad no serán almas que estarán desprovistas de un cuerpo. No. El apóstol Pablo lo afirma de la siguiente manera: “Porque lo corruptible tiene que revestirse de lo incorruptible, y lo

mortal, de inmortalidad. Cuando lo corruptible se revista de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito: 'La muerte ha sido devorada por la victoria' " (1 Cor. 15:53, 54).

Los impíos jamás recibirán el don de la inmortalidad. Por el contrario, en lugar de perdurar por toda la eternidad, como afirman muchos, el castigo que recibirán tendrá consecuencias eternas, después de haber sido consumidos por las llamas purificadoras al final del periodo de mil años (ver Apoc. 20:9).

Al hacer referencia a la muerte, la Biblia la compara con el sueño (Sal. 13:3; Jer. 51:39, 57). Con respecto a los que murieron, frecuentemente el registro bíblico dice que están durmiendo (1 Rey. 2:10; Dan. 12:2). Jesús tenía predilección por esta figura para referirse a la muerte (ver Mat. 9:24; Juan 11:11-14). Cuando una persona está dormida no tiene idea de lo que sucede a su alrededor. Ninguna parte suya puede desprenderse y disfrutar de cierta forma de existencia separada del cuerpo. Aunque los que están durmiendo desconozcan todo lo que sucede a su alrededor, ni tengan conciencia del tiempo que transcurrió desde que murieron, llegará el momento en el que despertarán a la vida. De esta forma, la metáfora del sueño es muy apropiada para que podamos comprender el tema de la muerte.

Actualmente, los que están durmiendo en los sepulcros no saben ni sienten nada. Sin embargo, cuando el reloj celestial suene, al toque de la trompeta de Dios, semejante a una alarma, los que están bajo el efecto del sueño de la muerte serán despertados.

Anticipo de la resurrección

En los evangelios está registrada una historia que presenta con mucha claridad la verdad de la reacción de Jesús frente al drama de la muerte, y de sus planes para con sus hijos fieles que están descansando en el polvo de la tierra. Se encuentra en el capítulo 11 de Juan. Una repentina tristeza invadió el hogar de Marta y María. Su hermano Lázaro se había enfermado. Muy preocupadas, enviaron mensajeros a Jesús, pidiéndole que viniese inmediatamente. Pero el Maestro demoró varios días para llegar, y Lázaro terminó muriendo y fue sepultado. ¡Cuánto lo extrañaban! Hasta tarde en aquella noche las hermanas estuvieron recordando historias interesantes y otras situaciones agrada-

bles que habían compartido con su querido hermano mientras estaba vivo. Sin embargo, los buenos recuerdos no eran suficientes para sustituir la presencia y la agradable compañía del hermano que tanto amaban. El dolor causado por la separación hizo que lloraran muchísimo.

Estaban pasando por esa tristeza cuando les informaron que Jesús había llegado. Surgió, entonces, en el corazón de ellas, un rayo de esperanza. Finalmente su querido Maestro había llegado. María y Marta no tenían la menor idea de lo que Cristo haría en aquella circunstancia, pero su presencia les dio tranquilidad y esperanza. La verdad es que Jesús nunca abandona a quienes son afligidos por la pérdida de un ser querido. Él sabe muy bien lo que es, pues su amigo Lázaro fue llevado por la muerte.

Después de haber estado con María y Marta, Jesús fue conducido hasta la tumba donde Lázaro descansaba. Al llegar al sepulcro las personas quedaron sorprendidas por el gesto humano de Cristo, cuya reacción fue registrada en uno de los versículos más cortos de la Biblia: "Jesús lloró" (Juan 11:35). Efectivamente, él lloró. Grandes lágrimas rodaron por sus mejillas. Sentía la pérdida de un gran amigo y se conmovió con la angustia que sus amigos estaban sintiendo. En nuestros días, el Salvador resucitado también se compadece en cada funeral. Su corazón queda quebrantado. Él sufre al vernos abatidos por las pérdidas y las aflicciones.

Felizmente, la historia de Lázaro no termina en el valle de las lágrimas. "¡Lázaro, sal fuera!" (Juan 11:43), proclamó Jesús, con voz potente, delante de la tumba de la que habían retirado la piedra que la mantenía cerrada. Del interior del sepulcro fue escuchada la voz de aquel que había estado muerto, pero que volvía a la existencia, sano y con vigor. ¡Qué reunión extraordinaria con los amigos y parientes! ¡Qué abrazos prolongados y apretados! ¡Cuántas lágrimas de alegría! ¡Todos tenían dificultad para expresar tan grande alegría!

El relato no termina con la muerte de Lázaro, ni con la aflicción de la familia y la tristeza de los amigos. Del mismo modo, el último capítulo de la historia de cada hijo de Dios que descansa en Cristo tendrá un final feliz. Ese capítulo todavía está para ser escrito.

La voz que activó los oídos de Lázaro pronto será

escuchada nuevamente con la misma orden: “¡Vengan fuera!” En ese instante, los hijos de Dios que estén reposando, volverán a la vida como resultado de ese llamado. Lo que ocurrió junto a la tumba de Lázaro es una sinopsis, una anticipación en pequeña escala, de lo que acontecerá en un ámbito universal cuando Jesús vuelva y, al sonar la trompeta, ordene: “¡Vengan fuera!”. Las sepulturas se abrirán, y los fieles que duermen en el Señor se levantarán. Entonces también habrá abrazos y lágrimas, al reencontrarnos con aquellos que fueron arrebatados por el poder de la muerte.

Hoy tú te enfrentas con dos decisiones posibles: la primera es entregar tu corazón a Aquel que levantará de entre los muertos a todos sus hijos y vivir con esa esperanza en tu horizonte. La segunda, es quedar sin Dios y sin esperanza en el mundo, teniendo a la muerte como el final de todo.

Sí, ¡Dios tiene la solución para el problema de la muerte! Las personas pueden descubrir cómo relacionarse con Aquel que es el camino, la verdad y la vida.

Para reflexionar:

Jesús presenta diariamente su sacrificio como argumento irrefutable para lanzar sobre Satanás los pecados que tú cometiste, pero que fueron perdonados. ¿Cómo puede ayudarte a ser un cristiano auténtico hoy el hecho de saber que, en el juicio previo al advenimiento, Jesucristo es tu abogado y que ya tiene tu causa ganada?

Piensa y ora sobre esto durante las próximas 24 horas.



EL MILENIO Y EL FIN DEL PECADO

Hay personas que pueden vivir sin respuestas. No soy una de ellas. Soy curioso. Me gusta investigar. Tengo mucha dificultad en seguir mi camino sin solucionar las cuestiones. Pero eso, que en muchas ocasiones es una virtud, puede convertirse en algo perjudicial. ¿Por qué? Hablando francamente, la vida no siempre nos da todas las respuestas que nos gustaría. Incluso hay problemas para los cuales no existen respuestas, humanamente hablando.

Sin embargo, el libro de Apocalipsis nos dice que tendremos mil años para obtener respuestas a todas nuestras preguntas, especialmente las dudas que tenemos con relación al carácter de Dios y su justicia. ¿Será que existirán dudas del otro lado de la eternidad? Veamos un ejemplo.

Imagina que sales de la mansión que Dios te preparó para buscar, supongamos, al pastor que te bautizó y que predicaba tan bien. Tú siempre lo consideraste un cristiano ejemplar. Entonces sales a buscarlo, pero no lo logras encontrarlo, hasta que ves a tu ángel guardián. Este te informa que, lamentablemente, esa persona no está en la Tierra Nueva.

—¿Cómo puede ser? preguntas.

Todavía intrigado con esta noticia, te cruzas con alguien que camina en sentido contrario. Observas detenidamente el rostro de la persona. Sí, es exactamente ese individuo que vivía cerca de tu casa en la tierra. Era un ladrón y asesino que terminó siendo condenado a cadena perpetua. ¿Será que Dios se equivocó? ¿Qué clase de Dios es este que permite que esa persona esté en el cielo, mientras que aquel que predicaba el evangelio y parecía ser un buen cristiano no está allí?

Comienzo del milenio

Cuando Dios proclama: “¡Se acabó!” (Apoc. 16:17), ocurre la séptima y última plaga. A continuación ocurre la segunda venida de Cristo. Los impíos muertos permanecen muertos, y los impíos vivos son fulminados por la gloria de Cristo. Los justos muertos resucitan, y los vivos justos son transformados. Estos dos grupos de justos son arrebatados en el aire para encontrarse con Cristo y ascienden a la ciudad de Dios. Estos eventos marcan el inicio del milenio. Se oyen en el cielo cuatro aleluyas (Apoc. 19:1–8), proferidos en gratitud por la vida eterna. El milenio es, por lo tanto, un interludio, una marca divisoria entre la segunda y

la tercera venida de Jesús; entre la resurrección y la ascensión de los redimidos y la resurrección y condenación final de los pecadores.

El diablo quedará preso

En ocasión de la segunda venida de Cristo, después de la muerte de los impíos, el apóstol Juan observa la aproximación de otro ángel “que bajaba del cielo” (Apoc. 20:1). Luego de prender al demonio, el mensajero lo lanza vivo al abismo y “cierra la puerta”, dejándolo preso durante mil años, período durante el cual el enemigo de Dios estará impedido de relacionarse con otros seres inteligentes, salvo –tal vez– con quienes forman parte de su bando demoníaco. Preso en lo que una vez fue su reino, el diablo y sus ángeles tendrán tiempo suficiente para analizar los actos que los llevaron a la ruina eterna.

En visión, el profeta Jeremías vio la condición caótica en que la tierra quedará durante el milenio. Sin seres humanos, sin aves, sin luz, sin nada. Preso por esa cadena de circunstancias, y con la llave de la cárcel en las manos del ángel, Satanás quedará solo con sus secuaces. Los impíos estarán muertos. Los justos resucitados habrán sido trasladados y estarán disfrutando de la compañía de Dios en el cielo.

Un juicio especial

Apocalipsis 20:4 nos informa que el apóstol Juan vio “tronos”, sobre los cuales se sientan quienes tienen la responsabilidad de juzgar. Estos son descriptos como los que, gracias a Cristo, obtuvieron la victoria sobre el mal. Es la visión del tribunal celestial, que tiene la misión de administrar la justicia de Dios.

Cuando Dios entra en el escenario con el fin de establecer el juicio presentado en Apocalipsis 20, nos es dicho que los redimidos participarán del juicio, ¡como jueces! Será un momento solemne. El sufrimiento que los pecadores tuvieron en ocasión de la segunda venida de Cristo no será nada, si se lo compara con el juicio que enfrenarán, antes de la segunda muerte. La sesión es iniciada con la apertura de los libros (Dan. 7:10). El apóstol Pablo nos recuerda: “¿Acaso no saben que los creyentes juzgarán al mundo? [...] ¿No saben que aun a los ángeles los juzgaremos?” (1 Cor. 6:2, 3).

¿Por qué mil años?

El juicio de los malos será determinado por las anotaciones que se encuentran en los “libros”. En estos registros obtendremos las respuestas hasta la última duda que podamos llegar a tener. Por eso, el juicio contra los pecadores será revisado por aquellos que,

durante el milenio, se sienten en los tronos.

Cuando termine el proceso de revisión individual, la multitud aclamará a gran voz: “¡Verdaderos y justos son tus juicios!”. El veredicto de Dios, con respecto a los pecadores, será vindicado por los redimidos. Entonces el camino quedará limpio para que se concrete el drama final del milenio.

Aniquilación del diablo

Al final del milenio, la segunda resurrección marcará la liberación del enemigo de Dios (Apoc. 20:7), y la resurrección de los pecadores será la “llave” que lo liberará del abismo.

Los recuerdos de sus fracasados intentos contra la raza humana no inhibirán al diablo de continuar practicando sus actos criminales. Organizará un ataque final desesperado, cuando ocurrirá su tercer ataque contra el Salvador. Impelido por sus amargas decepciones y una ridícula demostración de fuerza sin sentido, el Diablo lanza sus fuerzas contra el Salvador y, para alcanzar su objetivo, rodea –con los suyos– el campamento de los santos y la ciudad amada (Apoc. 20:9).

Pero el enemigo de Dios, una vez más, no tendrá éxito. Descenderá fuego del cielo y lo consumirá, junto con sus ángeles y todos los impíos (Apoc. 20:9, 10). La victoria de Cristo será maravillosamente expresada por el himno entonado por los que triunfaron sobre

la bestia y sus huestes. Es el cántico de Moisés, siervo de Dios, y del Cordero (Apoc. 15:1–4).

La pesadilla más temida por el enemigo de Dios se hace realidad, al ser lanzado vivo en el lago de fuego, junto con la bestia y el falso profeta (Apoc. 20:10). Satanás, los ángeles malos y todos los pecadores, serán consumidos por el fuego, sin dejar vestigio alguno (Apoc. 20:9, 15). Esta será la muerte segunda (Apoc. 20:14).

El resultado del milenio, además de vindicar la justicia de Dios, también pondrá en evidencia el profundo significado de los sufrimientos de Jesús, sufrimientos que nunca lograremos comprender plenamente.

De este lado del milenio

Dios es bondadoso para con nosotros. Nos dejó un mapa detallado de los últimos acontecimientos en la Tierra. El milenio mostrará un Dios misericordioso, que concedió repetidas oportunidades a los pecadores. De esa forma, se verá que los perdidos tuvieron la oportunidad de ser salvos también, pero que no la quisieron. Dejaron pasar la oportunidad.

Tal vez en tu mente haya muchas preguntas sin respuestas. Si es así, espera hasta el milenio. Pero de una cosa puedes tener plena certeza: Dios es misericordioso. Su carácter es amor y, antes que todo, él es justo. En el milenio habrá tiempo suficiente para dar respuestas a todas nuestras preguntas. Mientras tanto, podemos descansar en Dios y en su amor.

Para reflexionar:

¿De qué forma el hecho de saber que Dios es amoroso y justo puede ayudarte a tener, hoy, una calidad de vida mejor?

Piensa y ora sobre esto durante las próximas 24 horas.



Shutterstock

LA TIERRA NUEVA

Hacíamos un viaje en automóvil. Mi hija, de tres años, miraba por la ventana en dirección al cielo. Bonitas nubes cubrían el cielo. Después de observarlo por algún tiempo, ella preguntó:

–Papá, ¿cuándo iremos al cielo?

Hacía poco tiempo habíamos estudiado lo que Dios nos preparará en la Tierra Nueva, y ella estaba manifestando su anhelo de estar allí.

El capítulo 65 del libro de Isaías nos da una vislumbre de lo que será la Tierra Nueva. Nos habla a todos nosotros, pero de manera especial a los niños. Mis hijos aman a los animales, y el simple hecho de pensar que, sin miedo, podrán acariciar corderos, lobos, leones y elefantes los hace vibrar, anticipando el día en que estaremos en la Tierra Nueva.

¿Y nosotros, jóvenes y adultos? ¿Qué nos atrae en relación con el cielo? Ya oí muchas veces sobre los placeres que disfrutaremos en la Tierra Nueva. Pero, para ser sincero, lo que más me atrae allí no es si podremos realizar determinada actividad o si tendremos ciertas cosas. Lo que me atrae es Jesús. La Tierra Nueva gira en torno a Jesús. Tal vez esa sea la razón por la que muchos cristianos prefieren seguir viviendo la vida aquí antes de anhelar llegar allá: terminamos por centralizarnos exageradamente en lo que podremos o no podremos hacer, y dejamos de lado con quién estaremos allá.

¿De qué vale el paraíso más soñado, con las comodidades más agradables y las actividades más interesantes, sin nuestro Salvador? Necesitamos hacer un trabajo mejor cuando presentamos la belleza de nuestro Salvador durante nuestra adoración. Si desarrollamos un vínculo tan estrecho con el maravilloso Dios del cielo, ese lugar no podrá ser comparado con nada más. Esa será la mayor alegría de nuestra nueva condición, a saber: “Yo veré el rostro de Jesús”. “¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo” (Apoc. 21:3).

Más allá de nuestros más acariciados sueños

Lo que Dios preparó para nosotros en la Tierra Nueva está mucho más allá de lo que podemos imaginar o pensar. “Ningún ojo ha visto, ningún oído ha escuchado, ninguna mente humana ha concebido lo que Dios ha preparado para quienes lo aman” (1 Cor. 2:9). ¡Sea lo que fuere que nos atraiga en esta Tierra, será

superado por mucho en la Tierra Nueva!

Cuando el apóstol Juan intentó describir la Tierra Nueva, mencionó lo que no habría allí: “Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir, lo mismo que el mar. [...] Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir” (Apoc. 21:1, 4). El pecado habrá desaparecido y, con él, la muerte, la enfermedad y el dolor. Absolutamente todas las consecuencias del pecado habrán desaparecido y el universo habrá sido restaurado a su equilibrio original. Solamente habrá bien y amor.

La paz, la alegría y la plenitud permearán todo en la Tierra Nueva. No será un lugar estático ni carente de emociones y actividades. Elena de White declaró: “Allí se desarrollará toda facultad y toda aptitud aumentará. Se llevarán adelante las mayores empresas, se lograrán las más elevadas aspiraciones y se realizarán las mayores ambiciones. Y aún se levantarán nuevas alturas a las cuales llegar, nuevas maravillas que admirar, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que despertarán las facultades del cuerpo, la mente y el alma” (Elena de White, *El hogar cristiano*, p. 498). Sean cuales sean tus gustos y actividades favoritas, ¡seguramente en el cielo vas a encontrar algo mayor y mejor! ¡Dios pensó en todo!

La Nueva Jerusalén

La Nueva Jerusalén será la capital de la Tierra Nueva. En hebreo, Jerusalén significa “ciudad de paz”. El apóstol Juan hizo lo que pudo, con el lenguaje humano imperfecto, para describir la belleza de la nueva Jerusalén. La ciudad es como una “novia hermosamente vestida para su prometido” (Apoc. 21:2). La “luz” que emanaba de la ciudad fue lo que llamó la atención del apóstol Juan (Apoc. 21:9, 11). La gloria de Dios ilumina la ciudad, haciendo que la luz del sol y la de la luna sean innecesarias (Apoc. 21:23, 24). En la Nueva Jerusalén no habrá calles oscuras, puesto que las paredes y las calles son traslúcidas. “Allí no habrá noche” (Apoc. 21:25), ni “necesitarán luz de lámpara ni de sol, porque el Señor Dios los alumbrará” (Apoc. 22:5).

Dios no ahorró recursos cuando construyó la ciudad. Las paredes son de jaspe cristalino, una piedra muy preciosa (Apoc. 21:11, 18). Los fundamentos son formados por doce piedras preciosas: jaspe, zafiro, ágata, esmeralda, ónice, cornalina, crisólito, berilo, topacio, crisoprasa, jacinto y amatista (Apoc. 21:19, 20). Sin embargo, la mayor parte de la construcción es he-

cha de “oro puro, semejante a cristal pulido” (Apoc. 21:18). Doce puertas, cada una hecha con una sola perla, dan acceso a la santa ciudad, morada eterna de los salvos.

Hay otras pinceladas al respecto de cómo será la Tierra Nueva. El apóstol Juan vio el Trono de Dios en el centro de la ciudad, de donde fluye “un río de agua de vida, claro como el cristal” (Apoc. 22:1). Y con su majestuosa imponentia, en una y otra margen del río está el árbol de la vida. Sus doce frutos contienen el elemento vital que le ha hecho falta a la raza humana desde que Adán y Eva tuvieron que dejar el Edén: el antídoto para la vejez, el deterioro, el cansancio y la muerte (Apoc. 22:2; Gén. 3:22). Los que comen del fruto de ese árbol no necesitan descansar a la noche (ver Apoc. 21:25), porque en la Tierra Nueva no sentirán cansancio.

Jesús prometió que iría a preparar mansiones (Juan 14:1–5). El profeta Isaías adelantó que los redimidos “construirán casas y las habitarán” (Isa. 65:21). La edificación implica la preparación del plano, la construcción, las terminaciones y los muebles, más la posibilidad de remodelar y reconstruir. Esa afirmación del profeta Isaías nos dice que allí serán desarrolladas actividades relacionadas con la vida cotidiana, incluyendo “plantar viñas”.

Reinará perfecta armonía en el universo. La extensión material y temporal sin límites se destina a la felicidad de los hijos de Dios. Este es el párrafo con el que Elena de White cierra su serie de libros “El gran conflicto”: “El gran conflicto ha terminado. Ya no hay más pecado ni pecadores. Todo el universo está limpio. Una misma pulsación de armonía y júbilo late a través de la vasta creación. Del Ser que todo lo creó manan vida, luz y contentamiento por toda la extensión del espacio infinito. Desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más grande, todas las cosas, animadas e inanimadas, declaran, en su belleza sin mácula y en gozo perfecto, que Dios es amor” (Elena de White, *El conflicto de los siglos*, edición 2007, p. 428).

Una perspectiva diferente

Creer en la doctrina de la Tierra Nueva nos da una perspectiva diferente de la vida, un nuevo horizonte. Nos da incentivo para soportar las aflicciones. Cristo mismo, “por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que ella significaba” (Heb. 12:2). El apóstol Pablo renovaba su ánimo contemplando la gloria futura: “Por tanto, no nos desanimemos. [...] Pues los sufrimientos ligeros y efímeros

que ahora padecemos producen una gloria eterna que vale muchísimo más que todo sufrimiento” (2 Cor. 4:16, 17). Pensar en la Tierra Nueva renovada produce la alegría y la seguridad de una recompensa inmortal. Cristo dice: “Alégrense y llénense de júbilo, porque les espera una gran recompensa en el cielo” (Mat. 5:12). Da fuerzas para resistir la tentación. Moisés pudo apartarse de los “placeres del pecado” y de los “tesoros de Egipto, porque tenía la mirada puesta en la recompensa” (Heb. 11:26). La esperanza de morar en una Tierra Nueva nos da una vislumbre de lo que será el cielo. La recompensa del cristiano no está solo en el futuro. Cristo mismo, mediante el Espíritu Santo, viene al cristiano y mora con él, como una prueba o “garantía” de las bendiciones futuras (2 Cor. 1:22; 5:5; Efe. 1:14). Cristo dice: “Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré y cenaré con él, y él conmigo” (Apoc. 3:20). Y cuando Cristo viene, siempre trae el cielo con él. Comunión con él es el cielo en esta tierra, y eso “es el comienzo de la gloria, es la salvación anticipada” (Elena de White, *Review and Herald*, 14 de noviembre de 1854).

Pensar en la Tierra Nueva conduce a una mayor eficiencia

El cristiano que planifica vivir eternamente estructurará su vida con más cuidado y así impresionará, de manera más provechosa, a la sociedad, especialmente a aquellos que creen que son descartables y que la vida de ellos no tiene sentido.

Te invito a vivir hoy con la mente puesta en la Tierra Nueva. Podemos vivir hoy en comunión con Cristo, anticipando la maravillosa experiencia que será verlo cara a cara y disfrutar de su presencia. Vive aquí, en este mundo, como un cristiano total y, muy pronto, la Tierra Nueva será una realidad en tu vida.

Para reflexionar:

Estoy aquí, pero no soy de aquí. Mi ciudadanía definitiva es la del cielo. Todo lo que proyecto o ejecuto aquí lo hago a la luz de la eternidad. ¿Cómo puede mejorar tu vida hoy esta visión estratégica de futuro?

Piensa y ora sobre esto durante las próximas 24 horas.

De la convicción a la decisión en el estilo de vida



William de Moraes

Parte





Parte III – De la convicción a la decisión en el estilo de vida

- 37º día – La verdadera religión se refleja exteriormente
- 38º día – De la convicción a la decisión
- 39º día – Cómo vivir en el Día de la Expiación antitípico
- 40º día – Aguardando preparado la segunda venida de Cristo

Autores

Capítulos

Fernando Lopes	37
Marcos Blanco	38, 39, 40

37° día **LA VERDADERA RELIGIÓN SE REFLEJA EXTERIORMENTE**

Cierta vez me encontré con una hermana que me contó un hecho que la había dejado muy triste. Había conocido a una persona esa semana y, al conversar, descubrió que ella trabajaba en un determinado lugar, donde un joven de su iglesia también trabajaba.

Después de algún tiempo de diálogo, esta persona mencionó a ese joven. Las características físicas, la sección y hasta el nombre encajaban. La hermana entonces dijo: "Él es de mi iglesia".

Admirada, la otra persona preguntó:

—¿De verdad? ¿Usted es creyente? Porque si usted lo es, entonces no estamos hablando de la misma persona. Mi amigo de trabajo puede ser cualquier cosa, menos evangélico.

La hermana quedó tan avergonzada que dijo que podría llegar a ser un engaño. Pero sabía que se trataba de ese joven. Y se entristeció porque él era uno de los líderes de los jóvenes y uno de los cantantes de la iglesia.

Muchas personas no viven auténticamente la fe que profesan o, incluso, no tienen valor para profesar su fe. Su religión es circunstancial, y no corresponde a los patrones del evangelio.

Sello de garantía de calidad

¿Cuál sería la marca de calidad que le da el derecho al cristiano de recibir del Cielo un certificado de autenticidad? Ciertamente, solamente Dios puede juzgar el corazón y las intenciones de los hombres, pero Jesús mismo dijo que "por sus frutos los conocerán" (Mat. 7:20). Por lo tanto, considere lo siguiente:

1. El cristiano hace lo que es correcto porque es cristiano, no para ser un cristiano. Un manzano produce manzanas por ser un manzano, nunca a fin de transformarse en uno. "Del mismo modo, todo árbol bueno da fruto bueno, pero el árbol malo, da fruto malo. Un árbol bueno no puede dar fruto malo, y un árbol malo no puede dar fruto bueno" (Mat. 7:17, 18).

2. El cristianismo no se basa en lo que tú haces, sino en quién tú conoces. "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado" (Juan 17:3). Cuando aceptamos la invitación de Cristo, comenzamos a sentir el gusto de la vida eterna. El cielo es un incesante aproximarse de Dios por intermedio de Cristo. Conocer a Jesús transformará tu estilo de vida, pues al conocer-

lo y amarlo tu vida será transformada a su imagen.

3. La ausencia de actos errados no es evidencia de cristianismo. No importa cuán correcta pueda ser tu vida, no importa la cantidad de buenas acciones que puedas practicar, no importa cuán religioso puedas parecer, tú no serás un cristiano genuino hasta que conozcas a Jesucristo personalmente. Hacer lo que es correcto no te transforma en cristiano, solamente te hace un ser moralmente correcto. Tú puedes estar haciendo lo correcto por afuera, pero lo malo por dentro. Debemos hacer lo que es correcto tanto por fuera como por dentro. Dios no es contrario a la moralidad. En Apocalipsis 3, Dios reprende a los laodiceos porque están intentando sustituir la justicia por la moralidad.

4. Las buenas acciones pueden esconder un falso cristianismo. Es posible ser una persona fuerte, capaz de manifestar un buen comportamiento religioso. Un comportamiento del cual uno pueda sentir orgullo, pero eso puede transformarse en una barrera para tener una relación correcta con Jesucristo. Es verdad que "Las obras no nos comprarán la entrada en el cielo" (Elena de White, *Mensajes selectos*, t. 1, p. 455). "Si bien es cierto que las buenas obras no salvarán ni a una sola alma, sin embargo es imposible que una sola alma sea salvada sin buenas obras" (Elena de White, *Mensajes selectos*, t. 1, p. 442).

La gran obra

Algunos pensadores esotéricos creen en una "gran obra", que consiste en el aprendizaje y el cultivo de la chispa divina que existe dentro del ser, cuyo dominio lo hará capaz de reflejar aquí en la tierra una pequeña fracción del poder y la gloria del gran Arquitecto del universo. Creen que es posible transformar la personalidad, para mejor, mediante el desarrollo de la espiritualidad. Y que, cambiando la personalidad para mejor, todo alrededor se hará mejor también. Se piensa que cuando se lapida el alma con toda labor y persistencia, se eliminan las escorias de la personalidad, representadas simbólicamente por los metales inferiores, y surge lapidado el oro espiritual o la piedra filosofal de los antiguos alquimistas.

Es evidente que la búsqueda interior no es suficiente para transformar a alguien en un cristiano auténtico. "La educación, la cultura, el ejercicio de la voluntad, el esfuerzo humano, todos tienen su propia esfera, pero para esto no tienen ningún poder. Pueden producir una corrección externa de la conducta, pero no pueden cambiar el corazón" (Elena de White, *El cami-*

no a Cristo, edición 2007, p. 11).

“Como la levadura, cuando se mezcla con la harina, obra desde adentro hacia afuera, tal ocurre con la renovación del corazón que la gracia de Dios produce para transformar la vida. No es suficiente un mero cambio externo para ponernos en armonía con Dios. Hay muchos que tratan de reformarlo corrigiendo este o aquel mal hábito, y esperan llegar a ser cristianos de esta manera, pero ellos están comenzando en un lugar erróneo” (Elena de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 69).

Así, ejercicios de mentalismo, oraciones, rituales, palabras de pase, mantras, no son suficientes para atenuar las tendencias psíquicas o los comportamientos disonantes de toda una vida. Solo Cristo, actuando por medio del Espíritu Santo, puede producir este cambio y, como resultado, ocurre la “gran obra” de transformación en el interior del ser humano.

Frutificando

“Y recibirán el don del Espíritu Santo” (Hech. 2:38). Eso es “nacer del Espíritu”. La acción del Espíritu Santo es invisible, pero sus efectos no lo son. El cambio es visto en la vida. Las prácticas pecaminosas son abandonadas: “Inmoralidad sexual, impureza y libertinaje; idolatría y brujería, odio, discordia, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, sectarismos y envidia; borracheras, orgías, y otras cosas parecidas” (Gál. 5:19–21); y los frutos del Espíritu son vistos en la vida: “amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio” (Gál. 5:22, 23). “Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!” (2 Cor. 5:17). ¡Nueva criatura! Así es; el viejo hombre, ladrón, pendenciero, viciado, muere y es sepultado. Al ser resucitado por el Espíritu Santo, refleja el carácter del Hijo de Dios.

Apariencia externa

Existen sistemas religiosos abusivos, que intentan siempre mantener una apariencia de santidad. Se imponen patrones legalistas de pensamiento y comportamiento a los miembros, imposibles de ser mantenidos. Una religión abusiva es, esencialmente, legalismo. La religión abusiva también es paranoica. Los seguidores intentan controlar sus propios pensamientos, por miedo de que puedan estar cuestionando a Dios.

En los sistemas abusivos, todas las bendiciones son vistas como fruto del desempeño propio. El fracaso es seriamente condenado y, por lo tanto, la única alter-

nativa es la perfección. El creyente legalista, aunque cree que está teniendo éxito en mantener los patrones requeridos, normalmente exhibe orgullo, elitismo y arrogancia. Mientras que cuando los tropiezos y los fracasos inevitablemente ocurren, ese mismo creyente muchas veces naufraga en la fe. Aquellos que fracasan en sus esfuerzos son vistos como apóstatas, débiles y, normalmente, son descartados por el sistema.

El amor es la marca registrada del verdadero cristiano

“El amor es un precioso don que recibimos de Jesús. El afecto puro y santo no es un sentimiento, sino un principio. Los que son movidos por el amor verdadero no carecen de juicio ni son ciegos” (Elena de White, *El ministerio de curación*, pp. 276, 277). Los verdaderos cristianos son aquellos que más aman. Los cristianos que más aman son los que más donan. Los cristianos que más aman son los que están más dispuestos al sacrificio. Los cristianos que más aman son los que mejor representan a Dios en su vida.

La santificación vivencial o práctica, cada día, es el testimonio vivo del nuevo nacimiento procesado interiormente en el cristiano, y que se refleja exteriormente en su comportamiento y manera de vivir, como nueva criatura, por el poder del Espíritu Santo y de la Palabra de Dios. Esa transformación exteriorizada, visible como la luz, surge a partir de la transformación interior por el Espíritu Santo. A través de ella, es manifestada la diferencia entre el verdadero y el falso cristiano; entre el “nominal – teórico” y el “verdadero – práctico”. Eso se hace evidente en los actos practicados diariamente, a través de nuestro testimonio.

Guarda en tu corazón:

Es posible parecer sin ser; pero es imposible ser sin parecerlo.

Si tú no haces evidente un cristianismo auténtico, pídele a Dios el poder para vivir tan íntimamente conectado a Cristo, de tal modo que su señorío sobre tu vida sea natural, espontáneo y placentero.

DE LA CONVICCIÓN A LA DECISIÓN

A lo largo de esta jornada tuviste la oportunidad de repasar las creencias fundamentales y el estilo de vida que mantenemos como Iglesia Adventista del Séptimo Día. El deseo de Dios es darte diariamente el poder vivificante y santificador, para que puedas vivir esas creencias, no como una teoría, sino como parte inherente de tu vida. Dios está más que dispuesto a concedernos su poder, que promoverá cambios en nuestra vida, de tal forma que nuestro carácter se vuelva cada día más semejante al de Cristo.

Es probable que durante este estudio tu realidad espiritual haya sido confrontada con la voluntad de Dios. El Espíritu Santo operó en tu corazón, mostrándote las áreas de tu vida en las que deben ocurrir cambios. Si tú tienes la firme convicción de lo que Dios te está pidiendo, ¿cuál es, entonces, el siguiente paso que tienes que dar?

El proceso de cambio en nuestra vida espiritual tiene, por lo menos, dos pasos bien definidos. El primero está relacionado con la convicción. Dios emplea diversos medios para mostrarnos lo que es mejor para nuestra vida y los cambios que debemos hacer. Tal vez esa convicción venga a través de un pasaje bíblico, de un sermón, de la voz del Espíritu Santo en nuestra conciencia, del consejo de un hermano o de actos providenciales de Dios. Llega entonces el momento en el que nos convencemos de que Dios pide un cambio en nuestro estilo de vida o en nuestra forma de pensar. La convicción es, entonces, el primer paso.

Pero la convicción debe ser seguida por la decisión. De nada vale estar convencido de algo si, de hecho, no lo pongo en práctica. De nada vale tener la convicción de que Dios está pidiendo un cambio en mi vida, si no estoy dispuesto a dejar que el Espíritu Santo actúe con su poder, capacitándome para efectuar los cambios necesarios.

Algunos creen que no tiene importancia el tiempo que transcurra entre la convicción y la decisión. Sienten el claro llamado del Espíritu Santo a abandonar algo, pero postergan la decisión. "Cuando yo sea adulto, podré hacer esos cambios en mi vida", piensan algunos jóvenes. "Cuando mi situación financiera mejore, podré comenzar a ser fiel a Dios en la devolución de los diezmos y de las ofrendas", razonan otros. Sin embargo, el caso de Judas nos puede dar una vislumbre de los peligros que corremos con esta actitud.

¿Por qué se perdió Judas?

No nos gusta analizar la vida de Judas. Es más, ni siquiera queremos mencionar su nombre. Toda vez que los escritores de los evangelios mencionan a los discípulos de Jesús, invariablemente colocan a Judas al final, con el calificativo "traidor". Pero no siempre fue así con Judas. Elena de White nos dice que él comenzó como muchos de nosotros, sintiendo el deseo de ser un verdadero cristiano: "Aun así, cuando Judas se unió a los discípulos no era insensible a la belleza del carácter de Cristo. Sentía la influencia de ese poder divino que atraía a las almas al Salvador" (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, p. 173).

¿Qué sucedió, entonces, en el corazón de Judas? ¿Qué determinó que su destino sea tan diferente del de los demás discípulos? En Juan 12, seis días antes de la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén, es mencionado el interesante relato en el que María derramó un perfume valiosísimo sobre los pies de Jesús. Pronto, Judas la reprendió (e indirectamente censuró también a Jesús). El Salvador amonestó a Judas por su reprensión: "Cristo había censurado a Judas. Antes de eso, el Salvador nunca le había hecho un reproche directo. Ahora la reprensión había provocado resentimiento en su corazón, y resolvió vengarse. De la cena fue directamente al palacio del sumo sacerdote, donde estaba reunido el concilio, y ofreció entregar a Jesús en sus manos" (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, p. 339). Así fue forjada la traición de Judas.

Sin embargo, Judas tuvo una semana para meditar sobre su decisión. Debe haber oído predicar a Jesús. Sin duda, el Espíritu Santo trabajó en su corazón. A pesar de todo esto, los momentos culminantes de su decisión ocurrieron en la última cena.

Repasemos los acontecimientos. No podían iniciar la celebración de la Pascua hasta que se hubiesen lavado los pies, que era un ritual tanto litúrgico como higiénico. En el hogar, esa tarea era realizada por un siervo. Pero allí no había siervos. Por lo tanto, alguien debía cumplir esa función. Ninguno de los discípulos se dispuso a hacerla. Jesús, deliberadamente, dejó transcurrir algunos minutos. Después comenzó a lavar los pies de los discípulos.

Judas fue el primero cuyos pies fueron lavados. Imagino con qué ternura y amor Jesús le lavó los pies, aunque sabía que ese discípulo lo iba a traicionar. Cuando Cristo ama, los resultados son inmediatos. "Mientras las manos del Salvador estaban bañando esos pies contaminados y secándolos con la toalla,

el corazón de Judas se conmovió por completo con el impulso de confesar entonces y allí mismo su pecado” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, p. 395). Judas sintió el deseo casi irrefrenable de confesar su pecado. Durante algunos minutos Judas se inclinó hacia esa dirección. “Pero no quiso humillarse. Endureció su corazón contra el arrepentimiento; y los antiguos impulsos, puestos a un lado por el momento, volvieron a dominarlo” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, p. 395).

El Evangelio de Juan dice que después del rito de la humildad, y al participar de la cena, Jesús anunció que uno de los discípulos lo iba a traicionar (Juan 13:21). Juan preguntó quién era el traidor, y Jesús respondió entregándole el pan mojado a Judas. La Biblia dice que: “Tan pronto como Judas tomó el pan, Satanás entró en él” (Juan 13:27). “En cuanto Judas tomó el pan, salió de allí. Ya era de noche” (Juan 13:30).

Con ese acto Judas selló su destino. Elena de White hace un comentario revelador: “Hasta que había dado este paso, Judas no había traspasado la posibilidad de arrepentirse. Pero cuando abandonó la presencia de su Señor y de sus condiscípulos, había hecho la decisión final. Había cruzado el límite” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, p. 401).

Después de que Cristo fue tomado prisionero, acusado por su conciencia y temiendo las consecuencias de su traición, Judas intentó devolver el dinero, para rescatar a su Maestro. Pero fue inútil. “Judas vio que sus súplicas eran vanas, y salió corriendo de la sala exclamando: ‘¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!’ Sintió que no podía vivir para ver a Cristo crucificado y, desesperado, salió y se ahorcó” (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, p. 438).

Peligros en postergar el momento de la decisión

En la experiencia de Judas se pueden ver claramente los peligros de pasar por el momento de la decisión y postergarla. Mientras Cristo le lavaba los pies a Judas, este sintió la convicción de confesar allí mismo su pecado. Pero no lo hizo. No avanzó hasta la decisión. ¿Qué sucede cuando tenemos la convicción, pero postergamos la decisión? Los antiguos impulsos, puestos a un lado por el momento, vuelven a dominar (Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*, edición 2007, p. 395).

Cuando postergamos la decisión, la convicción se diluye y terminamos en una condición aun peor, porque no solamente somos dominados nuevamente por los viejos impulsos, sino que también endurecemos

nuestra conciencia, quedando más insensibles a la voz del Espíritu Santo y apartándonos aún más de Jesús.

Cada vez que pasamos por el momento de la convicción y no tomamos la decisión, nos apartamos un paso más de Cristo. El peligro es que no sabemos en qué momento podremos dar el paso que nos apartará definitivamente de él. Cuando alcanzamos el “punto sin retorno”, el “límite” del que habla Elena de White, quedamos insensibles a la voz del Espíritu Santo y sellamos nuestro destino. Judas cruzó ese límite sin percibirlo. Cuando quiso volver, ya era demasiado tarde, como él mismo lo expresó.

Es por ese motivo que la Biblia insiste en que el momento de la salvación es ahora: “Les digo que este es el momento propicio de Dios; ¡hoy es el día de la salvación!” (2 Cor. 6:2). En lo que respecta a la salvación, no debemos esperar hasta mañana. Hoy es el día de la salvación (Heb. 3:15; 4:7), porque el mañana no nos pertenece. No compramos nuestro futuro. Si hoy oímos la voz del Espíritu Santo, es hoy que debemos tomar la decisión de cambiar.

Si Dios está hablando a tu corazón, no postergues tu decisión. Te invito a caer de rodillas ahora mismo, delante de Dios, y tomar la decisión de cambiar. Él está más que dispuesto a darte el poder para vivir una vida victoriosa.

Guarda en tu corazón:

Cualquier área que esté fuera del control del Espíritu Santo puede contaminar y arruinar toda la vida. ¿Tienes convicción de algún pecado oculto y acariciado, contra el que vienes luchando hace mucho tiempo y no logras abandonar? En oración, habla ahora con el Señor Jesús, exponiéndole las razones que han contribuido a esa debilidad permanente. Clama pidiendo ayuda, y vendrá.

CÓMO VIVIR EN EL DÍA DE LA EXPIACIÓN ANTITÍPICO

Todavía me acuerdo del día en que sería dada la sentencia de una acción judicial realizada contra mi hermano, debido a un grave accidente de tránsito en el que se viera involucrado. El juicio había durado años y en ese día sería dada la sentencia. La espera y la ansiedad fueron tremendas, en vista de lo que estaba en juego.

Un sentimiento mucho más intenso dominaba al pueblo de Israel una vez por año, durante el Día de la Expiación. Esa experiencia era mucho más fuerte y fervorosa debido a lo que estaba en juego: la salvación o la perdición eternas.

El Día de la Expiación

Tal como hemos visto, hay un Santuario celestial en el que Jesús está ministrando. Ese Santuario es el “verdadero tabernáculo levantado por el Señor y no por ningún ser humano” (Heb. 8:2). En él, Cristo actúa como sumo sacerdote “a la derecha del trono de la Majestad en el cielo” (Heb. 8:1). Dios usó los servicios allí realizados para proclamar el evangelio (Heb. 4:2). Los servicios del Santuario terrenal eran como una figura que sirvió de ilustración hasta la primera venida de Cristo (Heb. 9:9–10). Por medio de los símbolos y de los rituales, Dios se proponía captar la atención de Israel y focalizarlo en el ministerio sacerdotal del gran sumo sacerdote, Cristo Jesús.

El santuario ilustra las tres fases del ministerio de Cristo: el sacrificio sustitutivo, la mediación sacerdotal y el juicio final. La primera fase fue cumplida en la cruz, cuando Cristo murió por los pecados de la humanidad. El ministerio de intercesión fue iniciado cuando Cristo ascendió “a la derecha del trono de la Majestad en el cielo” y continúa hasta el presente, pues él vive “siempre para interceder” por nosotros (Heb. 7:25).

El sacrificio sustitutivo y la intercesión eran algo que ocurría diariamente en el santuario terrenal. Pero, una vez por año, el Sumo Sacerdote participaba de la ceremonia del Día de la Expiación. En la segunda división del Santuario, el Lugar Santísimo, se realizaba una ceremonia de purificación del Santuario y del pueblo de Dios.

La purificación del Santuario requería dos machos cabríos, uno para el Señor y el otro para Azazel. El Sumo Sacerdote sacrificaba el macho cabrío para el Señor y hacía expiación “por el santuario [equivalente

al Lugar Santísimo], por la tienda de la congregación [el Lugar Santo] y por el altar [el atrio]” (Lev. 16:20; ver también 16:16–18).

El Sumo Sacerdote tomaba la sangre del macho cabrío para el Señor, que representaba la sangre de Cristo y la llevaba al Lugar Santísimo, para aplicarlos directamente sobre el propiciatorio (la tapa del arca, que contenía los Diez Mandamientos), para satisfacer los requerimientos de la santa Ley de Dios. Esa acción simbolizaba el precio incommensurable que Cristo debía pagar por los pecados del mundo, y revelaba el deseo de Dios de que el ser humano estuviese reconciliado con él. Enseguida aplicaba la sangre en el altar del incienso y en el altar de los sacrificios, que cada día del año había sido rociado con la sangre que representaba los pecados confesados. Así, el Sumo Sacerdote hacía expiación por el Santuario y también por el pueblo, efectuando la purificación de ambos (Lev. 16:16–20; 30–33).

Después, representando a Cristo como mediador, el Sumo Sacerdote tomaba sobre sí mismo los pecados que habían contaminado al Santuario y los transfería al macho cabrío, el de Azazel, que era llevado fuera del campamento. Esa acción purificaba los pecados del pueblo pues habían sido transferidos simbólicamente de los creyentes arrepentidos al Santuario, por medio de la sangre y de la carne de los sacrificios del ministerio diario de perdón. Por ese ritual, el Santuario era purificado y preparado para la obra de un año más de ministerio (Lev. 16:16–20, 30–33). Era de esa forma que se realizaba el ajuste de cuentas entre Dios y su pueblo.

De esa manera, el Día de la Expiación ilustra el proceso de juicio que enfoca la eliminación del pecado. La expiación que era realizada en ese día anticipaba la aplicación final de los méritos de Cristo, que eliminarán, por toda la eternidad, la presencia del pecado y obtendrán la reconciliación plena del universo en un solo gobierno armonioso, bajo la dirección de Dios.

Por lo tanto, los acontecimientos que ocurrían durante el Día de la Expiación ilustran las tres fases del juicio final de Dios: el juicio pre advenimiento, es decir, el juicio anterior al advenimiento de Cristo, el juicio durante el milenio y el juicio ejecutivo, que ocurrirá al final del milenio.

La profecía de Daniel 8:14, junto con Levítico 16 y Apocalipsis 22:10 y 12, nos dice que estamos viviendo en el momento del antitípico Día de la Expiación. La profecía de las 2.300 tardes y mañanas señala el día 22 de octubre de 1844 como el inicio del ministe-

rio sumosacerdotal de Cristo en el Lugar Santísimo. Ese ministerio, como ya fue analizado, era prefigurado por la ministración del Sumo Sacerdote en el Santuario terrenal durante el Día de la Expiación.

Preparación para el Día de la Expiación

La proximidad del Día de la Expiación requería una preparación especial del pueblo de Israel. Dios mismo ordenó: “El día diez del mes séptimo es el día del Perdón. Celebrarán una fiesta solemne en honor al Señor, y ayunarán y le presentarán ofrendas por fuego. En ese día no harán ningún tipo de trabajo, porque es el día del Perdón, cuando se hace expiación por ustedes ante el Señor su Dios. Cualquiera que no observe el ayuno será eliminado de su pueblo. Si alguien hace algún trabajo en ese día, yo mismo lo eliminaré de su pueblo. Por tanto, no harán ustedes ningún trabajo. Éste será un estatuto perpetuo para todos sus descendientes, dondequiera que habiten. Será para ustedes un sábado de solemne reposo, y deberán observar el ayuno. Este sábado lo observarán desde la tarde del día nueve del mes hasta la tarde siguiente” (Lev. 23:27–32).

Ese día era dedicado a una profunda introspección y reflexión. Esto se realizaba con una intensidad especial. Cesaban todas las actividades. El pueblo ayunaba y se dedicaba a la oración, en sincero arrepentimiento. “Toda la ceremonia estaba destinada a inculcar en los israelitas una idea de la santidad de Dios y de su odio al pecado; y además hacerles ver que no podían ponerse en contacto con el pecado sin contaminarse. Se requería de todos que afligieran sus almas mientras se celebraba el rito de la expiación. Toda ocupación debía dejarse a un lado, y toda la congregación de Israel debía pasar el día en solemne humillación ante Dios, con oración, ayuno y examen profundo del corazón” (Elena de White, *Cristo en su santuario*, p. 107).

De la misma forma, hoy vivimos en el gran Día de la Expiación antitípico. Así como era requerido de los israelitas que afligiesen su corazón en ese día, Dios requiere que su pueblo hoy experimente un arrepentimiento sincero de corazón. Todos los que desean mantener su nombre en el libro de la vida deben rendir cuentas con Dios y con sus semejantes durante este tiempo en que se está realizando el juicio de Dios (Apoc. 14:7).

Dios espera lo mismo de su pueblo hoy. Elena de White declaró: “Cristo está purificando el Templo celestial (Heb. 9:23) de los pecados del pueblo, y debemos trabajar en armonía con él en la tierra, purificando

el templo del alma de su contaminación moral” (“The Danger of Talking Doubt”, *Review and Herald*, 11 de febrero de 1890, p. 81).

En consonancia con la purificación que Cristo está realizando en el Santuario celestial ahora, se espera que, por su poder, purifiquemos el templo del alma de toda contaminación moral, de toda mancha del pecado.

Hay creyentes que viven ahora como si la vida fuese una “fiesta”, desperdiciando los recursos y el tiempo en actividades sin sentido, muchas de ellas, incluso, pecaminosas. No hay duda de que debemos experimentar la alegría cristiana en nuestra vida, pero debemos estar plenamente conscientes de que estamos viviendo en el Día de la Expiación antitípico y, por lo tanto, estar “en solemne humillación delante de Dios, en oración, ayuno y profundo análisis de corazón” (Elena de White, *Cristo en su santuario*, p. 41). No hay margen para perder tiempo. No podemos permanecer ajenos a lo que está sucediendo en el Santuario celestial. Nuestro estilo de vida debe estar en armonía con los tiempos proféticos en los que estamos viviendo.

En oración, ahora mismo, tú puedes pedir perdón por tus pecados y reclamar las promesas de Dios. Ante todo, reclama aquellas que prometen el poder de lo alto para vencer todo hábito pecaminoso, todo pensamiento impuro, toda mancha de pecado que pueda estar contaminando tu vida.

Esto es vivir de forma cabal el antitípico Día de la Expiación.

Guarda en tu corazón:

“Ahora necesitamos orar como nunca antes. Estamos viviendo en el gran día de la expiación, y debemos confesar nuestros pecados después de arrepentirnos cabalmente” (Elena de White, *Cada día con Dios*, p. 336).



William de Moraes

AGUARDANDO PREPARADO LA SEGUNDA VENIDA DE CRISTO



La segunda venida de Cristo sigue siendo el centro de la fe adventista. Esa esperanza está presente en todo lo que hacemos y creemos como iglesia. El pensamiento que pronto veremos al Señor Jesús nos da el sentido de inminencia y urgencia que necesitamos para cumplir la tarea que nos fue encomendada por Dios.

Después de instruir a los discípulos con respecto a las señales que anunciarían su segunda venida (Mat. 24:1–42). Jesús se centró en el pensamiento que debemos vigilar, orar y estar preparados para ese momento (Mat. 24:43–51; 25:1–13). Sin embargo, Jesús también dejó claro en que no sería una espera pasiva o improductiva. Enseguida, pasó a narrar varias parábolas centradas en la manera como debemos esperar la segunda venida.

En la parábola de los talentos (Mat. 25:14–30), Jesús enfatizó la obligación que tenemos, como creyentes, de colocar nuestros dones al servicio del Maestro. No debemos esperar sentados a que llegue la segunda venida, ni enterrar nuestros talentos. Jesús quiere que lo sirvamos con todo lo que poseemos: tiempo, dinero y dones.

Nuevamente se menciona que habrá solamente dos clases de personas cuando Cristo vuelva. A los que colocan sus dones al servicio de Dios, Jesús les dirá: “¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel! En lo poco has

sido fiel; te pondré a cargo de mucho más. ¡Ven a compartir la felicidad de tu señor!” (Mat. 25:21). A los que, de forma egoísta, entierran sus dones, Jesús les dirá: “¡Siervo malo y perezoso! ¿Así que sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo donde no he esparcido? Pues debías haber depositado mi dinero en el banco, para que a mi regreso lo hubiera recibido con intereses. Quítenle las mil monedas y dáselas al que tiene las diez mil. Porque a todo el que tiene, se le dará más, y tendrá en abundancia. Al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese siervo inútil échelo afuera, a la oscuridad, donde habrá llanto y rechinar de dientes” (Mat. 25:25–30).

En la parábola siguiente Jesús detalló un poco más lo que significa esperar la segunda venida colocando nuestros dones a disposición de Dios (Mat. 25:31–46). Con la parábola de las ovejas y de los cabritos Jesús aclaró que esta debería ser una espera activa y productiva, centrada en la preocupación por los demás.

Otra vez las personas son divididas en dos grupos. De un lado quedan las ovejas que, al mismo tiempo que velan y oran a fin de estar preparadas para el regreso de Cristo, alimentan a los hambrientos, visitan a los enfermos y visten a los desnudos. Es decir, predicán el evangelio por precepto y ejemplo. Jesús les dirá en su segunda venida: “Vengan ustedes, a quienes mi Padre ha bendecido; reciban su herencia, el

reino preparado para ustedes desde la creación del mundo" (Mat. 25:34).

Por otro lado, aquellos que enterraron sus dones, que no se preocuparon con la salvación de los demás, que no alimentaron a los hambrientos, escucharán de labios del mismo Jesús: "Apártense de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles" (Mat. 25:41).

La enseñanza es clara y directa; solamente hay una forma correcta de aguardar la segunda venida: estar activo en el servicio de Dios mediante la proclamación del evangelio y la preocupación por los semejantes.

Apresurar la venida de Jesús

Al participar activamente en la predicación del evangelio, no solamente estaremos esperando la segunda venida, sino también la apresuraremos (2 Ped. 3:12). Elena de White afirma: "Mediante la proclamación del Evangelio al mundo, está a nuestro alcance apresurar la venida de nuestro Señor. Es privilegio de todo cristiano, no solamente esperar, sino apresurar la venida de nuestro Señor Jesucristo. Si todos los que profesan su nombre estuvieran llevando frutos para su gloria, cuán rápidamente todo el mundo sería sembrado con la simiente del Evangelio. Pronto la última cosecha sería levantada y Cristo vendría para reunir el precioso grano" (Elena de White, *El evangelismo*, p. 505).

La espera activa del pueblo de Dios no solamente tiene el propósito de hacer que los hijos de Dios crezcan espiritualmente y de salvar al mayor número de personas, sino que también colabora para la aproximación, en el tiempo, del reino de Dios. De hecho, la venida del Señor "no demorará más que el tiempo que tome la tarea de presentar el mensaje a toda nación, lengua y pueblo" (Elena de White, *El evangelismo*, p. 505).

La victoria está cerca

Las señales del pronto regreso de Cristo están cumpliéndose a nuestro alrededor. Las profecías nos dicen que tenemos el privilegio de estar viviendo las últimas horas de la historia de este mundo. Pero no fuimos privilegiados para permanecer como meros espectadores. Tenemos el privilegio de ser protagonistas del desenlace final del gran conflicto. Ese privilegio implica responsabilidades. Debemos proclamar los mensajes de los tres ángeles a un mundo que peca en el error.

"Pues dentro de muy poco tiempo, el que ha de venir vendrá, y no tardará" (Heb. 10:37). Se exige de

nosotros que presentemos este último mensaje que sacudirá la Tierra, y después vendrá la victoria.

"La obra pronto ha de terminar. Los miembros de la iglesia militante que han demostrado ser fieles integrarán la iglesia triunfante" (Elena de White, *El evangelismo*, p. 512).

"Ha llegado el tiempo en que, por medio de los mensajeros de Dios, se está desenvolviendo el rollo ante el mundo. La verdad contenida en los mensajes del primero, segundo y tercer ángeles, debe ir a toda nación, tribu, lengua y pueblo; debe iluminar las tinieblas de todo continente, y extenderse hasta las islas de la mar. No debe dejarse dilatar esta obra de gran importancia. Nuestro santo y seña debe ser: ¡Adelante, siempre adelante! Los ángeles de Dios irán delante de nosotros para prepararnos el camino. No podemos deponer nuestra preocupación por las regiones lejanas antes de que toda la tierra esté iluminada por la gloria del Señor" (Elena de White, *El evangelismo*, p. 513).

Este debe ser nuestro pedido diario: "Quiero cumplir la tarea que el Señor me confió. Quiero apresurar su venida. Señor, que pueda recibir poderosamente tu Espíritu Santo en mi vida para transformarme en un heraldo de tu venida. Amén."

Y cuando el Rey de reyes y Señor de señores venga con sus santos ángeles en gloria y majestad, podremos oír: "¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel! En lo poco has sido fiel; te pondré a cargo de mucho más. ¡Ven a compartir la felicidad de tu señor!" (Mat. 25:21).

Próximamente: Seminario de Enriquecimiento Espiritual V: Sacerdotes ministrando en el altar de la familia

Trabajaremos sobre la familia como la institución responsable de generar miembros espirituales. Cómo desarrollar y consolidar el hábito de que soy un sacerdote designado por Dios para ministrar a la iglesia de la familia. Ora para que el Espíritu Santo pueda dirigir la mente de aquellos que están trabajando en este proyecto.

La mayor parte de la iglesia en la División Sudamericana ha sido bendecida por este movimiento.

Tú ¿ya estás integrado a esa mayoría?

En el plano profético, cuando la mayoría busca al Señor habitualmente, el Espíritu Santo es derramado en abundancia.

Quedarte con la minoría es poner en peligro tu destino eterno.

Bendiciones Diarias

*Anota aquí las cosas extraordinarias
que Dios está haciendo en tu vida
a lo largo de la jornada.*

[illegible][illegible]

Bendiciones Diarias

*Anota aquí las cosas extraordinarias
que Dios está haciendo en tu vida
a lo largo de la jornada.*

[illegible][illegible]

Bendiciones Diarias

*Anota aquí las cosas extraordinarias
que Dios está haciendo en tu vida
a lo largo de la jornada.*

[illegible][illegible]

Bendiciones Diarias

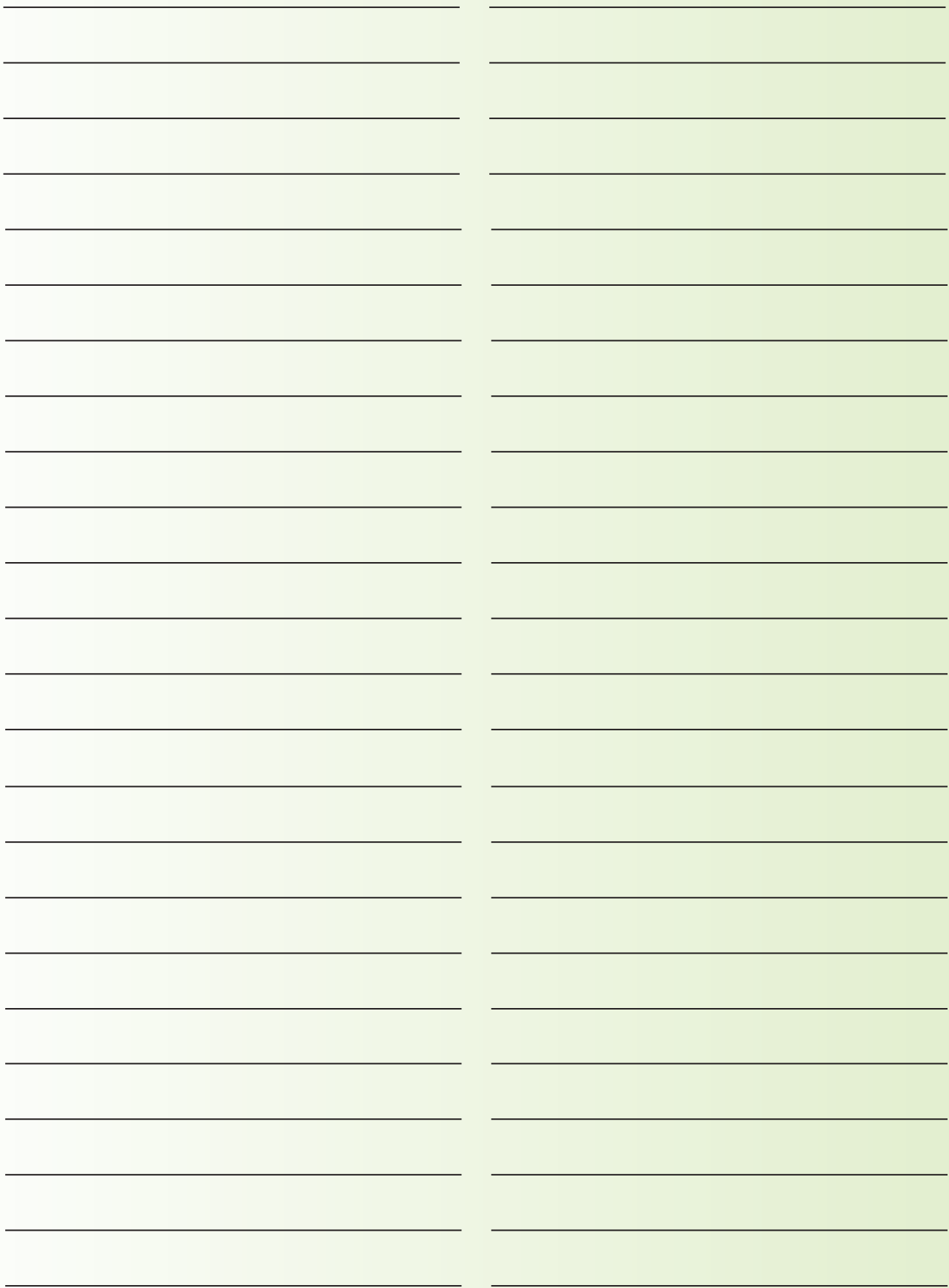
*Anota aquí las cosas extraordinarias
que Dios está haciendo en tu vida
a lo largo de la jornada.*

[illegible][illegible]

Bendiciones Diarias

*Anota aquí las cosas extraordinarias
que Dios está haciendo en tu vida
a lo largo de la jornada.*

[illegible]



Bendiciones Diarias

*Anota aquí las cosas extraordinarias
que Dios está haciendo en tu vida
a lo largo de la jornada.*

[illegible]



Enriquecimiento Espiritual
Todos integrados para salvar
y anunciar que la Esperanza es Jesús

